3 1761 08831754 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/rufinojoscuervoy02fabo

Tomo II

Rufino José Cuervo
y la lengua castellana

L5
C9655
Yf

Fray PEDRO FABO, Agustino Recoleto

Rufino José Cuervo y la lengua castellana

Obra premiada y editada
por la Academia Colombiana

[Vol. 2.]

310117
28.1.35

MCMXII
Arboleda & Valencia
Bogotá

VI

Estatua a Cuervo—Cuartillas del Diccionario—Cuándo y cómo escribió el Diccionario—Cerveza y lexicografía—¿Por qué no acabó de publicarlo?—Se publicará—«Muestra de un Diccionario»—El Diccionario de la Real Academia y el de Cuervo—Magisterio de Cuervo—Diferencias entre la Gramática y el Diccionario. Por qué se llama de construcción y régimen—No es Diccionario general—Aspecto semasiológico—La etimología—Fuentes del Diccionario—Monografías de «adentro» y «bogar»—Otra vez el neologismo—Correcciones e incorrecciones—Publíquese el Diccionario—Sol.

EN coordinar algunos de los apuntes que poseemos sobre el *Diccionario* de don Rufino José andábamos ocupados, para escribir estas páginas, cuando nos llegó el *Diario oficial* que trae el Decreto del Presidente de la República, Decreto en el cual se reglamenta la erección de una estatua al inmortal Cuervo, y se nombra una junta de personajes encopetados que provean lo concerniente al efecto. ¡Muy bien! Y recordamos al punto el Artículo 3.º de la Ley número 1.º de 1911, dada por el Congreso, que pregona así:

> Las obras inéditas de Cuervo, legadas por él generosamente á la República, se publicarán á costa del Tesoro Nacional, á medida que la situación de éste lo vaya permitiendo. Los manuscritos de dichas obras se guardarán, lo mismo después de publicarlos que antes

> de ello, de suerte que en lo humanamente posible queden garantidos contra el fuego y contra cualesquiera otras causas de destrucción ó de simple daño, y se les considerará y tratará como uno de los mayores y más preciosos tesoros de Colombia.

Si fuésemos de los comisionados para ejecutar esto, que, en verdad no es acto de reparación ni de justicia póstuma, porque la patria amó siempre a Cuervo en la medida que Cuervo amó a la patria, daríamos a los manuscritos consistencia vítrea y dentro del pedestal de la estatua los depositaríamos. Pero ¿cabrían por ventura tantos como son? De las obras del fecundo y doctísimo Feijoo alguien profirió con dañado sentido que después de que se le erigiera una estatua, al pie debían ser quemadas todas; de Cuervo podremos insinuar, con sentimientos de veneración, que, publicadas sus obras, lo mejor de lo mejor sería quemar los manuscritos y guardar las cenizas, porque tantísimos originales dificultarán una decorosa y larga conservación. ¡Las cenizas del fénix!

En relación solamente con el *Diccionario* así ponderaba Miguel Cané (1), bien que con estilo poco correcto, la cantidad de las cuartillas:

---

(1) L. cit.

Actualmente se encuentra Cuervo en París metido en su nicho de cartujo, levantando, piedra á piedra, el monumento más vasto que en todos los tiempos se haya emprendido para honor de la lengua de Castilla. Es un Diccionario de regímenes, filológico, etimológico. . . . ¡Qué sé yo! Aquello asusta; cuando Cuervo me mostraba en Bogotá las enormes pilas de paquetes, cada cual conteniendo centenares de hojas sueltas, cada una con la historia, la filiación y el rastro de una palabra en los autores antiguos y modernos. . . sentía un vivo deseo de bendecir á la naturaleza por no haberme inoculado en el alma, al nacer, tendencias filológicas. «Ya están reunidos casi todos los ejemplos, me decía Cuervo; ahora falta lo menos, la redacción». Redactar cuatro ó diez, ó sabe Dios cuántos volúmenes de diccionario. . . .

Del grandor de esta obra de Cuervo afirma un testigo ocular (1) que lo visitó en París:

Leía textos viejos, anotándolos, haciendo índices, coleccionando *fiches*, como dicen los eruditos franceses; y así lentamente, con trabajo imperceptible, llegó á reunir volúmenes de notas, papeletas lexicográficas, como aquellas célebres de don Ricardo Palma, que forman en su Biblioteca larga serie de libros.

---

(1) García Calderón, *Profesores de idealismo, etc.*

Partiendo del principio de que su *Diccionario* ha de ser más extenso que el de Littré, ¿cuántas resmas de papel manuscrito poseería Cuervo, si, cuando se suspendió de publicar el del famoso francés por los azares de la guerra, fueron trasladados los originales de Mesmil-le-Roy a los sótanos de la casa Hachette donde se editaba la obra, en ocho grandes cajas? Otro argumento inductivo: calcúlase que todo el léxico constará de tres o cuatro volúmenes además de los dos que ya alcanzaron la luz. Ahora bien; el primer tomo tiene LXVIII-922 páginas, en 4.º, a dos columnas con caracteres de ocho puntos cada una y con estrecha interlínea; el segundo 1,348 páginas, con las mismas proporciones de forma que el primero; ¿cuánto papel tendrán los originales inéditos? Pues ¿dónde meteremos tantas cuartillas que estén seguras? ¿Quién las preservará de las acometidas del tiempo y de las piraterías bibliográficas? Y cuenta que no sumamos los miles y miles de pliegos concernientes a obras distintas del *Diccionario* y a las en que tenía trazados estudios y artículos diversos para las revistas que le pedían colaboración, como merced al rey.

Empero dejemos estos y esotros cuidados y ponderemos más bien el talento de que el memoratísimo bogotano estuvo adornado, la energía intelectual con que sistematizó el

trabajo, la fuerza de voluntad, cuya eficacia colmó las esperanzas de todo un siglo que veía en el hijo de Colombia la suma de energías eficientes no aventajada por los hijos del mundo europeo.

Y bien, ¿cuándo y cómo puso manos a la obra? ¿Dónde topó con tal acervo de materiales? ¿Con quién compartió la gloria de su triunfo? ¿Cuál fue la causa de que se suspendiera la impresión de los otros tomos, teniéndolos como los tenía a punto de publicidad? ¿Sabremos algún día los secretos de su vida laboriosa, como eremita de la ciencia, y las entradas y salidas que hacía por las bibliotecas en busca de su Dulcinea: la lengua?

Buena estrella derramó sus influjos sobre la cuna de aquel que ya en el aprendizaje de las primeras letras patentizaba aficiones no comunes al estudio, y que desde las auroras del discernimiento racional inclinóse al cultivo de los autores clásicos, con cuya lectura se holgaba muy mucho. Puédese aseverar que Cuervo comenzó sus trabajos preparatorios para el *Diccionario* desde su juventud por manera tan orientada, que a los 38 años de edad tenía coronada la empresa, amén de publicados otros libros y artículos de diversa índole. Tanta fue la fecundidad y precocidad de su ingenio. Littré cobrando pingües sueldos comenzó su obra maestra el año 1859 y la terminó en 1872, mas dé-

bese notar que tuvo siete colaboradores asiduos y muy bien remunerados por Hachette & C.ª; Cuervo, solo y en Bogotá, ciudad silenciosa y empinada como nido de cóndores, a donde casi no llegaban los ecos de la cultura científica del mundo, empero, sintiendo él la vocación del pontificado de la filología y dominado por las ansias tantálicas del saber, logró disponer lo principal de su obra máxima para el año 1882, en que partióse a Europa, donde por septiembre de 1884, dio a la prensa el primer tomo, que vio publicado en 1886. Fue el año 1872 cuando resolvió consagrarse a la construcción de este monumento con asiduidad benedictina, de modo que no soñaba ni pensaba en otra cosa que en sus papeletas.

Empiezan los borradores del *Diccionario* así: Eternae Sapientiae lumine implorato, Petro et Paulo Apostolis auspicibus, opus hoc coepi: si, Deo volente, feliciter absolvam, «non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam».

Bogotae III Kal. Jul. MDCCCLXXII.

En ocasiones llegaban a su habitación de estudio algunos amigos íntimos y hallábanlo rodeado de libros abiertos sobre mesas altas que corrían a lo largo de los muros de espaciosa pieza, libros abiertos sobre el pavimento, sobre la mesa de redacción, sobre los alféizares de las ventanas, libros y cuadernos abiertos por dondequiera, leyendo acá, ano-

tando allá, abalanzándose con pluma en mano sobre éstos, anotando en alta voz lo que decían aquellos, deteniéndose atento sobre alguno, hojeando con precipitación los más, y, como solícita abeja, a todos extrayéndoles néctares recónditos para confeccionar el panal de su *Diccionario*—la gloria y el tormento de su vida—y así como le veían tan embebecido en su estudio, los visitantes no osaban distraerlo, y con respeto profundo se retiraban satisfechos de ser amigos de aquel brujo de la ciencia que hacía a Colombia más famosa por sus libros que todos los militares por la bravura de la espada.

Lo he visto en su sencilla morada, llena de austera vida y de libros raros, Rue de Siam. El hombre es de una modestia desconcertante. Hacerle hablar de su vida, de sus libros, es un problema á cada instante más difícil. Tiene un pudor intelectual raro, casi enfermizo. Es un anciano á quien su biblioteca da el marco conveniente, arcaico. Parece perdido entre ediciones raras, manuscritos, incunables, revistas de todas las lenguas, viejos muebles oscurecidos, severos infolios latinos ó germanos. Y él se mueve allí, como gimnasta entre objetos amigos, saltando de un libro á otro libro, asociando en su memoria prodigiosa dos libros que están en dos extremos de su biblioteca, una noticia alemana, una apostilla de filólogo yankee á

un texto de Berceo, á una estrofa olvidada de Juan de Mena (1).

El escritor Max Grillo no vacila en afirmar (2):

En presencia de Rufino J. Cuervo se sentía orgullo de pertenecer á la especie humana.

Que empleó gran parte de sus haberes en adquirir libros y más libros, mientras vivió en Bogotá y París, que revisó de cabo a rabo todas las bibliotecas, que era como avaro del tiempo, para quien no significaba oro el trabajo, sino una dificultad léxica vencida, es tan cierto como edificante.

Por capricho vamos a apuntar algunos ejemplares de libros curiosos y de valor muy subido que había en su biblioteca.

Relaciones de Antonio Pérez, Secretario de Estado, que fue, del Rey de España Phelipe II. Deste nombre. Impreso en París. Con privilegio del Rey Christianissimo. M. D. XCVIII.

Es edición príncipe muy rara.

Copilación de todas las obras del famosísimo poeta Juan de Mena: conviene saber. Las ccc. con otras xx cc iiij. coplas y su glosa: y la corônació(n) y las coplas de los siete peccados mortales côn) otras cartas y coplas y *canciones suyas. Agora nuevamê(n)te añadidas. M. D. XXVIII.*

---

(1) García Calderón. Lug. cit.

(2) *El Liberal*, 19 julio 1911.

Incunable, según la clasificación española.

Vida de Lazarillo de Tormes corregida y emendada por J. de Luna Castellano, Interprete de la lengua española.

En Paris. En casa Rolet Boutonne, en el Palacio, en el corredor de los presos, cerca de la chancillería. M. *D. XX, con privilegio del Rey.*

Incunable también, según la clasificación española.

Las obras de Xenophon trasladadas de griego en castellano por el secretario Diego Gracian, divididas en tres partes, dirigidas al Serenissimo Príncipe don Phelippe Nuestro Señor. Lo que cada parte en particular contiene se vera en otra parte en esta mesma hoja, con privilegio para los Reinos de Castilla y *de Aragón. Esta tasado en. . . . maravedis.*

No tiene fecha de impresión, pero una nota manuscrita en francés indica que se imprimió en Salamanca en 1552, y que son muy raros los ejemplares de esta edición.

Conseguir estos y otros libros que no mencionamos costábale sacrificios pecuniarios, y así se explica que tuviese cerca de 6,000 volúmenes empastados, exclusión hecha de los libros de asuntos hispanoamericanos. Y ser propietario de esta cantidad de obras en París, donde abundan las bibliotecas y con facilidades para consultar las de otras naciones por sí y por tantos amigos, parécenos un triunfo de biblioteca. Los libros eran su amor.

¿Qué a él con los gustos de cierta clase de la sociedad que se huelga más de eso que llaman confortables pasatiempos, que del cultivo intelectual y de los placeres suavísimos de la lectura, a los que no se aveza la muy frívola? Lo que pasma y maravilla todavía más es que Cuervo adunara el trabajo corporal y el mental, el arte industrial y la ciencia abstrusa con procedimiento muy ordenado, pues entre tanto que escribía las cuartillas para su *Diccionario* introdujo en Bogotá, en unión de un su hermano, la industria de hacer cerveza (1), en la cual tarea descendía a ocupaciones y menesteres de pechero, cuando el caso lo requería, y fue así como acaudaló en ocho años de honrado trabajo lo suficiente para darse a aquel *otium cum dignitate* que corona los esfuerzos de la virtud y del talento.

Dícese que los celebérrimos sabios ingleses John y William Gifford fueron zapateros; el doctor Brown, que dio su nombre al sistema por él inventado, fue tejedor; el famoso matemático Lambert, sastre; el genio de la astronomía, Picard, jardinero; Moratín, aprendiz de relojero; Hartzenbusch, ebanista; José Echegaray, ingeniero de caminos; y todo un Cuer-

(1) En la Exposición de Industria nacional de Bogotá en 1871 mereció este producto diploma de Mención honorífica; aun hoy día es muy apreciado con la marca de *Cerveza Cuervo*.

vo, fabricante de cerveza, pero con la particularidad de que los enunciados sabios dedicáronse a tales oficios antes de conocer su verdadera vocación; lo contrario de Cuervo, que siendo sabio y a pesar de serlo, se ocupó en cuitas de mercantil industria por adquirir medios con qué perfeccionar su *Diccionario* y publicarlo a la faz del universo.

Efectivamente, apenas se vio desembarazado y con holgura de bienes, cogió sus manuscritos—matalotaje de su espíritu—y corrió a domiciliarse en París, ciudad que ha sido llamada con razón cerebro del mundo, si bien para la ciencia que cultivaba nuestro erudito, otra es y no la capital de Francia, la en que tienen asiento las eminencias filológicas del orbe. También el famoso Bopp a fin de preparar mejor su excelente *Gramática de las lenguas indoeuropeas* se trasladó de Franfort sobre el Mein a París. Cuervo solía aplicarse este dístico (1):

Quod si scriptorum non magna et copia apud me
Hoc fit quod Roma vivimus, illa domus.

Hace al caso la frase declamatoria de Antonio Gómez Restrepo (2):

> Iba á Europa en busca de un centro más adecuado, de un horizonte más amplio para el desorrollo de su magna empresa. Iba á per-

(1) E. de Catulo a Manlio. 33.
(2) *Disc.*, etc.

feccionarse en algunos ramos de sus estudios predilectos y á proporcionarse fuentes de información más completas que las que le ofrecían las bibliotecas de Bogotá. Vivió allá, no como tantos otros que ponen su empeño en perder el aire nacional y convertirse en parisienses, sino como el pasajero que reposa un momento en el aduar, mientras llega la hora de continuar el largo viaje. Para una alma como la suya, alejada de los goces del mundo, la gran ciudad babilónica era como un cenobio espiritual. Rodeado de millones de seres, se encontraba solo; y no tenía ojos para ver ni oídos para escuchar cuanto sorprende y fascina á las multitudes y satisface su deseo de placeres frívolos y sensuales.

Hé aquí el fruto de esta soledad y aplicación: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana.* Tomo primero A—B. París. A. Roger y F. Chernoviz, Libreros editores. *7 rue des Grands Agustins*, 7. 1886. LXVIII —922.

Obra larga y difícil es ésta, dice Cuervo (1), y que ni puede ser completa ni quedar exenta de error. El tiempo empleado para llegar á sacar á luz este primer tomo, las dificultades que acompañan la impresión, y los años que pasarán antes que ésta termine, ponen

(1) *Diccion.* Intr. al fin.

á prueba una paciencia y laboriosidad que nadie puede prometerse sean sostenidas por la salud y demás circunstancias que han de hacerlas frustruosas. Si estas consideraciones son parte á infundir temor, la benevolencia con que personas sabias nos han estimulado desde el punto que fue conocido del público nuestro trabajo, nos ha dado aliento haciéndonos creer que efectivamente satisface una necesidad de los cultivadores de la lengua castellana; y asímismo lisonjea las esperanzas de que igual favor no faltará para lo venidero, como sin duda no faltará la gratitud á esta indulgencia y la docilidad á los consejos y correcciones de los bien intencionados.

A los siete años de incesante labor salió a luz el segundo tomo, de iguales condiciones pero con 426 páginas más que el primero. De esta fecha en adelante sepultó su *Diccionario* en no sabemos qué laberintos de Adriadna para no sacarlo jamás. Y ¿por qué? Oigamos respetables opiniones y juzguemos:

La Condesa de Pardo Bazán opina:

No dio cima á la empresa por varias razones, figurando entre ellas la deficiencia de los textos consultados, á la cual no podía resignarse el concienzudo trabajador.

Le descorazonó también, no sólo la convicción de que tendría que rehacer escrupulosamente los dos volúmenes publicados ya y re-

visar de nuevo todos los apuntes tomados para los otros, sino el observar que en España era donde menos interés había despertado la aparición de obra tan importante. . . .

Hay quien crea que la muerte de Angel Cuervo tuvo la culpa de la suspensión del Diccionario. De vivir el que animaba á Rufino en su tarea, por lo menos hubiese hecho gemir las prensas el tercer volumen, cuyos materiales estaban preparados del todo (1).

El aventajado filólogo Pedro de Mujica que se distingue entre los sabios modernos por su ciencia expresada en estilo ágil y naturalísimo, en una crítica que escribió sobre *Tesoro de la lengua castellana* por Julio Cejador, hace cuatro años, después de afear al autor el prurito candoroso de emparentar al eúskaro con el castellano con maridajes imposibles, concluye (2):

Don Julio, déjese de *vascuencerías*, y armas al hombro, y concluya usted la magnífica obra de Cuervo, que él no ha de terminar por falta de entusiasmo en los hispanoamericanos y acaso por haberla hecho imprimir en el extranjero.

Narra a este respecto el Director de *Revista positiva* que:

---

(1) *El Nuevo Tiempo literario*, número 3346.

(2) España y América. Crítica a *Tesoro de la lengua castellana*. 1908.

La Conferencia internacional americana verificada en Méjico á fines de 1901 y principios de 1902 tomó la resolución de que suscribiese, á moción de la Delegación mejicana, la cantidad que fuera necesaria (210.000 francos) para acabar de sacar á luz la obra monumental del ilustre colombiano. Suscribieron 110.000 francos la Argentina, Colombia, Chile, los Estados Unidos y Méjico (partes iguales), y 100.000 Bolivia, Costa Rica, la República dominicana, el Ecuador, el Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, el Paraguay y Uruguay, por parte iguales también. El Diccionario no está todo impreso por no haberlo podido acabar su autor, quien recibió todo linaje de rendimientos, así de las colectividades como de los individuos, que veían en él un raro ejemplo de varón consagrado á enaltecer la cultura de los países de la América latina. Méjico compró ejemplares de los dos primeros tomos de su Diccionario al señor Cuervo y el egregio filólogo bajó al sepulcro, lleno de gratitud á la patria de su colega y amigo el distinguido don Rafael Angel de la Peña.

Hé aquí la proposición aprobada en la sesión de 30 de Enero de 1902:

PROPOSICIÓN

Para que los Gobiernos de las Repúblicas Americanas suscriban francos 210.000, para la edición completa del Diccionario de Construc-

ción y Régimen de la lengua castellana, por don Rufino J. Cuervo.

Las Delegaciones que suscriben considerando:

Que el idioma castellano por conformidad unánime de filólogos americanos y europeos, tiene en el Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana del escritor colombiano, don Rufino J. Cuervo, un monumento que honra altamente la ciencia de América, destinado á contribuír de modo poderoso al mayor conocimiento y perfección del idioma mismo; que la obra ha sido emprendida y llevada á cabo con habilidad, erudición y perseverancia admirables, por un americano que ha hecho ilustre su nombre con numerosos y delicadísimos trabajos de lingüística; que no obstante la aceptación con que la obra ha sido emprendida, únicamente se han publicado los primeros tomos debido al costo que la edición completa alcanza; que los tres volúmenes restantes, prestos para la publicación, forman, al completar la obra, el repertorio lexicográfico más valioso, amplio y metódico existente en dicha lengua; que el autor del Diccionario lo cede con gusto, y ofrece atender gratuitamente á su impresión por extremo laboriosa;

HAN CONVENIDO:

I. En recomendar á sus respectivos Gobiernos que subscriban la cantidad de frs. 210.000, para la edición completa de 1.200 ejempla-

res del Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana. La expresada suma de frs. 210.000, que costará la edición según informes del propio autor, será distribuída entre los países que acepten este convenio, en la forma siguiente: las Repúblicas de la Argentina, Colombia, Chile, los Estados Unidos y México, contribuirán por partes iguales con la cantidad de Frs. 110.000, es decir, con Frs. 22.000 cada una; las Repúblicas de Bolivia, Costa Rica, Dominicana, Ecuador, el Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay contribuirán también, por partes iguales, con la cantidad de Frs. 100.000, es decir con Frs. 10.000 cada una.

II. En suplicar al Gobierno Mexicano tenga á bien encargarse de la realización de este pensamiento, recabando el importe de las subscripciones, suministrando los fondos al autor de la obra y distribuyendo los ejemplares entre los gobiernos contribuyentes.

Por tanto, las Delegaciones que subscriben recomiendan á la Conferencia que, por conducto de la Secretaría general, se digne acordar que se trasmita esta petición al Ministerio de Relaciones exteriores de México, para los efectos indicados.

México, Enero 28 de 1902.

(Firmado) *Antonio Bermejo, W. I. Buchanan, Charles M. Pepper, Volney W. Foster, Lorenzo Anadón, Fernando E. Guachala,* Delegado de Bolivia; *J. Walker M.;* por México,

Rosendo Pineda, Joaquín D. Casasús, Pablo Macedo, F. L. de la Barra, G. Raigosa, Alfredo Chavero; por Costa Rica, *J. B. Calvo;* por Uruguay, *Juan Cuestas;* por Nicaragua, *P. Dávila;* por Ecuador, *L. F. Carbo; Baltasar Estupiñán,* Delegado del Salvador; *Emilio Bello C.,* Delegado de Chile; *Augusto Matte,* Delegado de Chile; por Colombia, *Rafael Reyes; M. Sánchez Mármol,* Delegado Mexicano; *E. Pardo* (jr), Delegado por México; *Cecilio Báez,* Delegado del Paraguay; *Francisco Orla,* Delegado de Guatemala; *Francisco A. Reyes,* por el Salvador.

Sabido es que la proposición elevada a esta Conferencia internacional fue obra del Delegado de Colombia, Rafael Reyes, después Presidente de la República, aunque presentada por los miembros de la Delegación mejicana; con lo cual se demuestra que ni los colombianos ni los hispanoamericanos miraron con indiferencia la obra maestra del más grande filólogo de este siglo. Es de advertir que Cuervo agradeció debidamente esta generosa oferta, pero no la aceptó porque no quería contraer un compromiso que no sabía si podría cumplir.

Proyecto de Ley aprobado por el Senado de Colombia:

Considerando que el señor Rufino J. Cuervo ha contribuído poderosamente con sus trabajos científicos sobre el idioma al desarrollo de la cultura intelectual del país, y que en 1886

comenzó á publicar en Francia su magnífico Diccionario; que esta obra ha sido juzgada por filólogos de los más competentes de Europa y América como única en su género en la literatura castellana, superior á muchas y no inferior á ninguna de las análogas más eminentes de otras literaturas, por lo cual se le debe considerar no sólo como una gloria nacional ó continental, sino de todos los países que hablan español; que aun cuando el señor Cuervo no ha solicitado auxilio en ninguna forma, es costumbre y deber de los Gobiernos estimular con su apoyo á los ciudadanos que como él consagran la vida al cultivo de la ciencia y llegan á sobresalir en su respectiva especialidad. . . .

DECRETA:

Art. 1.º De cada volumen publicado ó que se publique del referido *Diccionario* el Gobierno comprará ejemplares por la suma de seis mil pesos. . . . (1).

Sépase por último lo que el mismo Cuervo manifestó a cierto visitante el año 1909 con acento de águila moribunda (2):

Pregunté á don Rufino Cuervo, después de tratar de estas cosas, sobre su obra futura. Ten-

(1) *Diario oficial*, 25 agos. 1892.
(2) *Profesores de idealismo*, etc.

> go escrúpulos de vieja, me contestó. Es algo morboso que me impide escribir. He reunido muchos materiales, pero encuentro siempre que algo falta á las afirmaciones más sólidas para ser científicas, que el saber, cuánto más intenso, es también más tímido y lento. Para escribir una nota empleo dos meses. Así el *Diccionario* quedará inconcluso. Mi hermano Angel me ayudaba. Hoy, solo, viejo y enfermo, no pienso en obra alguna de aliento. Además, hay un punto esencial á mi obra futura que yo no podré realizar. He confiado como todos en la Biblioteca de Autores españoles, de Rivadeneira, en la erudición de hombres como Durán, como Hartzenbusch. Pues bien, cuando he conseguido textos originales he podido ver que esa edición no es siempre auténtica, que ha habido descuidos de composición, erratas, etc. ¿Cómo fundar en ella un estudio del idioma? sería preciso estudiar todos los textos primitivos, y esa no es tarea de anciano. En la misma edición de Lope de Vega, de Menéndez Pelayo, hay descuidos de forma.

Estas son las verdaderas causas de la suspensión editorial del *Diccionario*, y no otras.

Hoy que todos los originales de la obra son pertenencia del Estado, ¿a quien mejor que a la Academia colombiana se le podrá encomendar la prosecución de una obra que «es la joya más rica de todo el inventario de la literatura

nacional?» (1); que «pasma por la paciencia benedictina que la recolección de materiales exigía, por el enorme talento que su plan y la distribución de las partes demandaban, por la incalculable fuerza de atención necesaria para sacarlo dignamente a luz» (2); «magnífico y monumental Diccionario» (3), que, cuantos más años pasaren menos mérito aparecerá tener, porque otros ingenios se están adelantando al autor inédito. No hay duda que existe en la conciencia de la nación una especie de sentimiento muy levantado que excita y acrece los entusiasmos patrióticos en orden a favorecer todo legítimo esfuerzo del talento, así como también a disimular los desaciertos que caen bajo el dominio de la historia, a prohijar todo lo adaptable al genio nacional y a ofrecer el galardón del aplauso y del apoyo omnímodo a los que pueden ser un día energías positivas del engrandecimiento moral y material de la patria.

Colombia, como pueblo nuevo que es en el concierto de las naciones responsables de sí mismas, distínguese por estas tendencias conservadoras que buscan dondequiera que se hallen y de cualquier sentido político que sean, las figuras históricas, los personajes que merecieron bien de la patria para levantarlos so-

---

(1) Enrique Piñeyro. *Hojas literarias*,

(2) Luis Eduardo Villegas. *Anuario*, etc.

(3) Miguel de Toro y Gómez. *Arte de escribir. Lecc. II.*

bre el pavés, rendirles pleitesía, y proponerlos a las generaciones vivas y futuras como grandes síntesis del patriotismo perpetuadas en forma de estatuas, planchas conmemorativas o biografías y panegíricos estampados a expensas del fisco o de colectividades muy caracterizadas. No conocemos país que ame tanto a sus hijos y abrillante sus glorias como Colombia. Los bosques de laurel y mirto que cultiva la tierra de Caldas, de Santander, de Vargas Tejada, de Núñez, de Ortiz, de Isaacs, de Pombo, de Caro y de Cuervo son tanto más fecundos cuanto imperecederos. Tiene Colombia no sólo conciencia de su valer sino aspiraciones infinitas. Por eso, ahora que se trata de enaltecer la memoria de Cuervo, todos los colombianos, como un solo hombre, se agruparán en torno de la bandera tricolor que ondeará sobre la estatua del gran sabio, y aplaudirán al ver cómo le presta el color amarillo tornasoles de soberanía como a rey de la lengua, el color azul, lampos celestes como al más virtuoso de los sabios modernos, y el rojo, matices de heroísmo, como al patriota más desinteresado.

Antes de volver al *Diccionario*, tocaremos otra producción de Cuervo, compuesta en unión de un ilustre filólogo: Venancio G. Manrique, comenzada a 12 de septiembre de 1863 y publicada en Bogotá en 1871, y que por cier-

to anda algo emparentada con el *Diccionario: Muestra de un Diccionario de la lengua castellana.* Es un cuaderno de 30 páginas y contiene algunos artículos sobre las letras *l* y *o*. Leemos en la *Advertencia* que precede al texto y que va fechada en Bogotá a 31 de mayo del año de la impresión:

> Allegar en un solo cuerpo cuanto sea necesario saber acerca del origen, acepciones y usos de las voces, vivificado todo con ejemplos sacados de los libros clásicos, es el fin á que hemos aspirado en nuestra ardua labor; y rastrear, por la acogida que estas páginas alcancen entre las personas eruditas y discretas, la aceptación que merecería la obra entera, es el objeto de la presente publicación.

La explicación de los nexos que haya entre esta *Muestra* y el *Diccionario* y algunos datos bibliográficos muy atinentes al caso, bríndanoslos el mismo doctor Cuervo en una nota puesta en la introducción del *Diccionario* (pág. III), en que relata que en septiembre de 1863 hablaban don Venancio González Manrique y el autor de esta obra de la falta que hacía un diccionario castellano por el estilo de los de Webster y Bescherelle, que eran los mejores que conocían; y con la intrepidez de los pocos años resolvieron tentar la empresa. Al efecto escogieron dos letras de

mediana extensión y poco más o menos iguales: el señor Manrique tomó la *L* y Cuervo la *O*, cada cual trató de averiguar las etimologías y anotar las autoridades para las palabras que le tocaban, y cuando pareció que había materiales suficientes, se empezó en común la redacción; pero como ésta no se efectuaba en vista de los ejemplos, cada uno introducía después por su parte las modificaciones que aquellos exigían; de esta manera al cabo de algún tiempo las dos letras estuvieron terminadas. Guardando cada cual su trabajo, y habiendo llegado el caso de hacer una revisión final, ni el señor Manrique supo cómo quedó la parte del autor, ni el autor cómo quedó la del señor Manrique. Al prepararse para continuarlo, ocupaciones inesperadas hicieron suspender definitivamente el trabajo. Una muestra de lo hecho años antes se publicó por puro capricho en 1871. El 1872 puso el autor mano en esta obra, y queriendo ensayar su plan con los materiales acopiados por él, vio que eran del todo insuficientes, como que no se habían recogido con igual designio. Echó de ver por otra parte que la letra *O* que él compuso y única que examinó después, no tenía el fundamento científico que requiere el estado actual de la lexicografía, y relegó aquel ensayo entre las *ignorantias juventutis*.

Verdaderamente, fuera del Diccionario clásico o de Autoridades, la lengua castellana no podía presentar al mundo filológico, cuyas orientaciones y conquistas eran tan nuevas, un monumento que recopilase en forma de Diccionario toda su belleza sintáctica, que es grande. Comprendiólo así Rufino José, y primeramente la *Muestra* y después el *Diccionario,* que obedece a un plan más general y científico, aparecieron como la voz de un talento genial que en la oportunidad y en el mérito de la ejecución fincó el éxito. Antes de emprender la tarea creadora del *Diccionario,* cabe decir de las disciplinas léxicas en España lo que decía Byron del mundo caótico que por el vacío flotaba:

A wandering mass of shapeles flame
A pathless comet;

Empero surgió el sol de Cuervo y dejó de ser la lengua de Castilla conjunto de llamas, errático e informe, porque en su *Diccionario* le trazó órbita, y su criterio sirvió como de eje para todo el sistema idiomático. A la verdad, existía desde el año 1611 el *Tesoro de la Lengua castellana ó española* por Sebastián de Covarrubias, que es el primer ensayo de diccionario propiamente dicho; mas, como toda obra que estatuye los principios fundamentales de un arte, resultó fragmentaria e incom-

pleta, y fue quedándose a la vera como primera piedra miliaria de la nueva ruta. Fue por el año 1672 cuando el Padre Noidens aumentó y mejoró el *Tesoro*, que subsistió único en su clase hasta que la Academia española emprendió la redacción de su Diccionario, reinando Felipe V, y bajo la dirección de don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, cuyos esfuerzos fueron coronados por la publicación de la obra en seis volúmenes, que aparecieron de 1726 a 1739. La Academia tuvo por mira «hacer un Diccionario copioso y exacto en que se viesen la grandeza y poder de la lengua, la hermosura y fecundidad de sus voces y que ninguna otra le excede en elegancia, frases y pureza».

Digno es de mencionarse el que uno de los fundadores de la Academia española y redactor del *Diccionario de Autoridades* fue el historiador de Colombia P. José Cassani, español, que vivió en Bogotá muchos años y publicó en 1741 la *Historia de las Misiones de los Jesuítas en el Nuevo Reino*. De él trata el Marqués de Molíns (1):

> R. P. José Cassani, Jesuíta, Calificador del Santo Oficio y maestro de matemáticas en el Colegio imperial, fue uno de los fundadores de la Academia en 6 de Julio de 1713. To-

(1) *Memorias de la Real Acad. Esp.* t. I pág. 82.

cóle en el repartimiento del Diccionario la *A* ante la *I*, *A* ante *M*, y *A* ante *V*. Se encargó de extractar autoridades de Santa Teresa de Jesús; de definir las voces de matemáticas, y de blasón, y de catalogar las voces de tejedores de seda. Presentó compuesta la *Vida de San Estanislao de Kostka*, recien canonizado. Escribió la *Historia de la Academia* que está al frente del Diccionario.

Publicado que estuvo el *Diccionario de Autoridades*, que se llamó también clásico, y contenía etimologías, definiciones con ejemplo o ejemplos de autores acreditados, y correspondencias latinas, pareció voluminoso, demasiado erudito e impopular, y cambiando el intento los académicos resolvieron acometer la empresa de reimprimirlo pero quitándole etimologías, ejemplos y equivalencias latinas. De aquí en adelante el *Diccionario*, que recibió el sobrenombre de *vulgar*, para distinguirlo del clásico o de autoridades, siguió editándose con mejoras y correcciones, bajo los nuevos criterios de vulgarización y simplificación, dejando en sus nacimientos o primera edición el Diccionario clásico que prometía ser monumento grandioso de la lengua, a continuar el desarrollo del primitivo propósito.

Los esfuerzos particulares de los lexicógrafos no tomaron por meta la continuación del *Diccionario clásico* sino la del vulgar; y así,

los diccionarios que veían la luz siempre llevaban por base principal el *Diccionario vulgar*, que iban adicionando y dejando a la altura de los diccionarios similares que se publicaban en países extranjeros, aunque no siempre con resultados satisfactorios.

Un discurso de don Juan de Iriarte patentiza el atraso lexicográfico en que vivía España antes y después de salir a luz estos trabajos académicos.

La lengua, fluctuando en el habla del pueblo, libre de reglas, y perpetuándose en los escritores por tradición literaria, necesitaba de toda necesidad un diccionario más completo que el español-latino de Salvá, que el de Martínez López, y que el de Domínguez, a pesar de sus aditamentos geográficos e históricos, y que el editado bajo la dirección de una Sociedad de literatos. Lo cierto es que en los países de lenguas forasteras florecían los lexicones, como el de los hermanos Grimm en Alemania y el de Webster en los Estados Unidos de América y el famosísimo Zeitschrift de Gröver, y España carecía de uno que anduviese en alas de los descubrimientos lingüísticos. La corporación académica de la lengua, en su empeño de mejorar el Diccionario vulgar, no impulsaba con el debido entusiasmo una empresa o propósito que abrigaba: publicar por separado un Diccionario de etimologías, otro de

sinónimos y otro de autoridades, que figurasen con la denominación y plan de un Diccionario general.

Como obra de relativo mérito, anterior a la de Cuervo y consultada por éste, debemos mencionar: *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana expuesto en el propio y vario uso de sus partículas*, por don Gregorio Garcés, 2 tomos, Madrid, 1791.

Así las cosas, Cuervo apechugó con la gigantesca labor de escribir él solo lo que la Academia española pensaba hacer con el tiempo. Por eso, la aparición del *Diccionario de Construcción y Régimen*, tan bien tratado, tan sagazmente pensado, con tanta erudición y con tal método escrito, fue la revelación de un genio.

El *Diccionario* de Cuervo es un libro tan propio y singular, que ningún otro idioma fuera del castellano posee obra semejante. Propondríase el autor perfeccionar el capítulo que corre en las gramáticas bajo la denominación de régimen, y de ese humilde pensamiento resultó una obra que agobia y humilla, no diré los ordinarios trabajos de esa especie, sino los más completos esfuerzos de la lexicografía. La obra del señor Cuervo es de la calidad de las de Johnson, Webster ó Littré, por su perfección clásica, aunque no sólo las equilibra sino que las so-

brepuja en erudición y en la cantidad de trabajo (1).

Confiesa con razón otro admirador del maestro (2):

> Hé aquí la razón del triunfo del sabio colombiano, que, aun achacoso y enfermo, fundó escuela, y puso á contribución, para servir los altos intereses de la ciencia del lenguaje, todas sus energías, escribiendo libros inmortales, sosteniendo activa correspondencia, aconsejando y estimulando á cuantos á él acudían.

Porque Cuervo, no fue tanto un sabio sino un maestro que estableció la escuela de la filología castellana. Abundando en las mismas ideas, confirma lo dicho Pacheco Segarra (3):

> Los filólogos y los aficionados al estudio del lenguaje, que han estado al corriente de la ardua tarea que hace años trae entre manos el señor Cuervo, aguardaban con no poca ansiedad esta publicación tan interesante, ya por su objeto, como por el alto prestigio que le da el nombre de su eminente autor.

Y sobre todos va el testimonio de la Real Academia que por un oficio de su Secretario Tamayo y Baus dice:

---

(1) Marco Fidel Suárez. *Elogio, etc.*

(2) Agustín Aragón. *Loc. cit.*

(3) *El Globo.* Madrid, 1886.

> La Real Academia española. . . . acordó unánimemente y con íntimo júbilo darle muy fervorosos parabienes por una obra en que juntamente demuestra vasto saber y casi increíble perseverancia.

Si fuéramos a desentrañar la influencia de don Rufino José sobre la lingüística española y aun europea indicando los prólogos y cartas que al frente de muchos libros van impresos, sería un argumento fastidioso por lo prolijo. Apuntemos solamente los que nos vienen a los picos de la pluma sin esfuerzo alguno de memoria: el que puso a *Lecciones de Literatura española* por Jaime Fitzmaurice-Kelly, traducción directa del inglés por Diego Mendoza Pérez; la carta-prólogo que figura en *La lengua de Cervantes, Gramática y Diccionario de El Quijote* por Julio Cejador y Frauca; la carta dirigida al Director del *Hogar católico* con motivo del número extraordinario del 20 de julio de 1910, Centenario de la Independencia; otra al simpático vate Diego Uribe; otra al doctor Clímaco Calderón; otra publicada en *El Quindío* en la cual acusa recibo de la proposición que la *Sociedad Rufino José Cuervo* de Cartago le dirigió en el 3.er aniversario de su fundación: la carta que va al frente del *Ensayo de Gramática hispano-guahiva* por los Padres Manuel Fernández y Marcos Bartolomé; la dirigida a los redactores de la Re-

vista *Trofeos;* la que dirigió a don Januario Henao felicitándolo por la publicación de su último libro, y otras muchísimas con que se engalanan libros escritos allende y aquende el mar; las cuales acreditan la fama de Cuervo, su benevolencia y los altísimos conocimientos de filología que poseía. Así se explica la copiosa correspondencia epistolar que sostenía desde su retiro de París con las eminencias científicas, y por eso también las visitas no tanto de los sabios americanos como de los europeos, y si valiese la palabra, diríamos que de los sabios mundiales. César Cantú deseaba escribir la historia de algunos italianos célebres y de la época, analizando el alma de los biografiados en vista de las cartas por éstos escritas. ¡Ocurrencia hermosa!

¿Qué fuera si se recopilase toda la correspondencia científica de Cuervo? Relaciones muy amplias mantuvo con Foulché Delbosc, Director de la *Revue hispanique*; Gastón París, Director de *Romania*; M. Amadeo Pagés, Profesor de la Rochela; M. Saroihanley, de Versalles; Fastenrath, de Colonia; Pickhart, de Praga; Farinelli, de Insbrück; Monaci y de Sanctis, de Roma; Guarnerio, de Pavía; Consigleri Pedroso, de Lisboa; Costa y Llovera, de Mallorca; Alcover y Aniceto de Pagés, de Barcelona; Juan Palombo, de Cerdeña; los Mires, Fita, Menéndez Pidal y Cejador, de Madrid;

Morel Fatio, Boris de Tannenberg, Hugo Gaisser, Hugo Schuchardt, Trombetti, Dozy, Pott, Angelo de Gubernatis, Alfonso L. Pinard, Körosi Albin, Burnouf, Alejandro Guichot, G. Gröber, Camille Gardelle, A. Hatzfeld, J. Humbert, Karl Vollmöller, Margarite du Lac, A. Dutey, J. Leite de Vasconcellos, G. Baist, F. Blumentritt, Samuel Bond y otras muchísimas eminencias de la ciencia del lenguaje, que a honra tenían comunicarse con el sabio colombiano. Hemos tenido la satisfacción de registrar, aunque muy de corrida y por encima la correspondencia que sostuvo con ellos y ante nuestros ojos asombrados han desfilado las firmas más renombradas del orbe. De las cinco partes del mundo le dirigieron cartas, ora de consulta literaria, ora de amistad, ya de agradecimiento por un servicio, ya de estímulo y aplauso al hombre docto y laborioso. Quien hubiere escrito a Cuervo puede estar seguro de que encontrará la carta guardada con respeto entre los abultados paquetes que regaló a la biblioteca nacional de Bogotá. ¡Cosa rara! ni con una carta hemos tropezado en que se ventilen contiendas personales de mal carácter; y si en el camino de la vida le salieron al encuentro sinsabores y desencantos de amistad, no quiso de ellos guardar constancia. Hemos observado también que no hay ni una sola de amoríos, y las en que se tratan asuntos polí-

ticos de Colombia son cartas de amigos, noticiosas y siempre patrióticas. Coleccionar las más interesantes y publicarlas en tiempo y modo oportuno sería trabajo que glorificaría mucho la excelsa memoria de este hombre, oráculo de la ciencia filológica, modelo de amistad, patriota ecuánime y desinteresado. Negocio más difícil pero incomparablemente más provechoso en orden a conocer con perfección la fisonomía científica de Cuervo, sería poder obtener de aquí y allá las cartas que él contestaba y así formar un Epistolario.

Asistíale sobrada razón, por lo tanto, al Secretario de la Academia colombiana, don Diego Rafael de Guzmán, cuando estampó en el Informe que rindió con motivo de las fiestas centenarias de la Independencia, que Cuervo es «rey en los dominios de la lengua castellana. . . . consultado por los eruditos del viejo mundo, su concepto es respetado por ellos. En materia de doctrina filológica su decisión hace ley».

En la vasta parábola de sus estudios, como hombre de biblioteca y de hondos pensamientos, representa la suprema unidad de esfuerzo y de acción en la concepción de la ciencia del lenguaje; faro giratorio de estas disciplinas, poseyó la misión de un movimiento universal para iluminar a todos: eran lenguas de fuego sus enseñanzas. Por eso la actuación

científica de toda su vida consumó el sacrificio de haber creado un sol, su *Diccionario*, y de guardarlo encerrado para ofrendar su trabajo como el trágico griego, *Al Tiempo*, mientras que iba dejando escapar, en obsequio de los amadores de la ciencia, alguno que otro rayo revelador del concepto que en aquel cerebro bullía acerca de las grandes conquistas de esta ciencia moderna, la magnitud de su talento, lo excelso de su labor, juntamente con lo heroico de su modestia. En la marcha ascendente de sus trabajos lexicográficos fue, es cierto, el gran vencido de la historia editorial, más por ello, como epígrafe de su *Diccionario*, cabe mejor el *victis honor* que el *Vae victis*. Estuvo el relieve histórico de Cuervo, como maestro y conductor de espíritus, iluminado por la visión, la misma visión de la sabiduría que irradiaba al exterior sugiriendo este concepto: seguidme, *Veritas liberabit vos*.

A la manera que las *Apuntaciones críticas* originaron la aparición de muchos trabajos en América y España con marcadas huellas del maestro Cuervo, el *Diccionario* también alentó a los ingenios españoles para romper la rutinaria traza de los léxicos y osar imprimir libros que se inspiraban en la obra monumental del filólogo bogotano. Vimos en el capítulo sobre las *Apuntaciones* la confesión explícita de Cejador y de Mir y Noguera a este

respecto, y otros autores se glorían de exhibirse discípulos suyos en materias lexicográficas. Sirva de prueba el *Diccionario enciclopédico* por Montaner y Simón y el *Gran Diccionario de la lengua castellana, autorizado con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos* por Aniceto de Pagés, famoso catalán que murió en 1902 dejando acabada su obra en varios volúmenes, obra con muchas citas pero no con muy buenas etimologías, y que demuestra ser inspirada y nutrida por el *Diccionario* de Cuervo; así como el *Diccionario de análisis de la lengua castellana* por don Rufino Blanco y Sánchez, y el *Diccionario clásico etimológico español* por el doctor don Francisco A. Commelerán y Gómez, y el *Diccionario del Quijote* por Cotejón, labor sintética, de buen método, substanciosa, pero a la cual le falta la parte etimológica.

El de Cuervo, en muchas cosas aventaja al de Autoridades, y con esto dicho está que sobrepuja a todos. Constituyen el vestíbulo de este monumento filológico LXVIII páginas que introducen al lector en el inmenso pabellón donde están clasificadas las partes de nuestra lengua, desde sus componentes más fundamentales hasta los detalles más afiligranados y nimios. Con manejar el autor recursos de ciencia como ninguno, puso a esta *Introducción* el sello de una sobriedad y una que po-

dríamos llamar timidez de escritor primerizo, que acaso pegará bien con su modestia personal, pero que resulta una especie de engaño, puesto que no corresponde la poquedad de las promesas al derroche del saber lingüístico que despliega en el cuerpo de la obra; si bien en ocasiones permite que se escapen conceptos tan atrevidos, que parecen revelaciones fulgurantes del genio. Comienza por establecer las diferencias entre el carácter de las gramáticas y el de los diccionarios, pues mientras las primeras actúan sobre la estructura general y las leyes del organismo idiomático, los segundos van al fondo individual de las palabras; sus miras son distintas pero no contradictorias, y más bien que paralelas son radios convergentes a un centro: el idioma. El diccionario se limita a definir las acepciones de los vocablos, mientras que la gramática fija las leyes con que deben moverse éstos correctamente; el diccionario define, la gramática aplica las definiciones del diccionario; el diccionario es de suyo etimológico, la gramática obra sobre los principios analógicos. Así es que del *Diccionario* de Cuervo con poquísimo trabajo se podrían sacar los fundamentos más precisos para la gramática, y formar un cuerpo de doctrina didáctica o expositiva, al través de las genialidades características del castellano, en el que campan el

hipérbaton, la elipsis, la atracción y la contaminación analógica y sintáctica, puesto que en este diccionario abundan los componentes que la gramática combinaría, siendo aquel la materia y ésta la forma; aquel, el esqueleto, ésta, el alma vivificadora. Además, el estudio gramatical abre campo para que podamos determinar la marcha y el proceso de la morfología y romper con las arbitrariedades de la costumbre; el estudio lexicográfico tiende a desentrañar la sintaxis particular que modifica cada término en sus distintos aspectos; mas como andan uno y otro tan vinculados recíprocamente, de aquí que se invadan los campos y se confundan las funciones respectivas. Salvá y Bello son en la lexicografía y en la gramática castellana, los mejores, por no decir los únicos, autores que fueron consultados por Cuervo para las construcciones y los regímenes sintácticos de dudosa aplicación el uno, y para los ejemplos de los clásicos el otro. Por donde se ve que su *Diccionario* no es como el *vulgar* de la Academia española, sino de construcción y régimen, ejemplificado hasta la saciedad.

Llámase *Diccionario de Construcción* por la sencilla razón de que en él se estudian los casos de sintaxis general y las reglas y los principios más comprensivos de la lengua; y dícese también de *Régimen*, porque se anali-

za además la sintaxis particular o los casos que no pueden entrar en las generalizaciones. En cada artículo del *Diccionario* pone Cuervo las acepciones generales que tiene la palabra y las explica con ejemplos según los casos, justificando la significación que el uso le dio, ya el modismo legítimo, ya la locución sujeta o regida por complementos que forman una especie de ramificación o familia que se extiende por el organismo del lenguaje. Sobre todo en los casos verbales desenvuelve nuestro autor todas las interpretaciones y les asigna los regímenes complementarios por los cuales están caracterizados, y todo ello queda documentado con autoridades que justifican la serie de locuciones, frases y partículas sometidas a una sintaxis singular.

> Al intentar esta obra—dice el autor—(1) nos ocurrió que bastaba explicar los puntos dudosos comparándolos con ejemplos de nuestros clásicos; pero la experiencia probó que el camino era errado. Debiendo aparecer cada construcción como resultado de la significación etimológica de los vocablos, rastreada cuidadosamente hasta sus más tenues y delicados desvanecimientos, vimos que era necesario hacer cada artículo tan completo como si hubiese de figurar en el Dic-

(1) Intr. III.

> cionario general de la lengua; sin que por otra parte, temiésemos que tal abundancia, en la falta que lamentábamos de un diccionario cual lo exige el estado actual de la ciencia filológica, suscitara en el lector queja ó disgusto.

Según esto, parécenos el nombre de esta obra modesto, porque no sintetiza el plan general tan vasto que informa sus páginas; sus aspectos ideológico, comparativo, etimológico y de autoridades reclaman más amplitud de título. Sin embargo, no se crea que el *Diccionario* abarca el estudio de todas y cada una de las voces del castellano, sino solamente el análisis de las palabras de dudosa y difícil construcción; así es que figuran casi todas las preposiciones, muchísimos verbos, muchos adjetivos, pocos sustantivos, algunos artículos y otras partes de la oración de relaciones sintácticas oscuras y oscilantes. Con las otras palabras de fácil régimen, una vez ejecutado el *Diccionario* sobre la pauta dicha, pensaba Cuervo formar un apéndice complementario.

> Es á la vez monumento imponderable de análisis y obra de síntesis. Nadie conoce como Cuervo el castellano, por qué se puede emplear tal giro ó tal verbo, tal régimen, tal idiotismo; cuántos autores lo han empleado y en qué sentido, quiénes han autorizado el sen-

tido opuesto á ellos; de tal manera que después de leerlo está uno en posesión de reglas de lenguaje, que no sólo son teorías, sino también condensación de usos, de experiencias, de lecturas de los clásicos y de los modernos. En el estudio sobre *leístas* y *loístas* por ejemplo, Cuervo ha probado, con citas, cualitativa y cuantitativamente, cuál es el empleo de *le* y de *lo* que predomina en los escritores de la mejor tradición castellana. La ley gramatical es, pues, en tales estudios, una inducción plenamente comprobada, fundada en un análisis agotador de libros, de usos lingüísticos, de altos principios de analogía filológica.

En este orden es un prodigio, un no igualado prodigio, el Diccionario de Construcción y Régimen, junto al cual la misma obra de Littré parece compilación sin pretensiones. Y cuando se piensa en que ese Diccionario, desgraciadamente incompleto, es el producto de un hablista de América, alejado de las ricas fuentes del habla popular castellana y del casticismo peninsular, la admiración es más profunda aún. En cada artículo de ese Diccionario, Cuervo ha dado pruebas de una ciencia de la lengua, que lo hace emular á los más grandes filólogos de otras razas (1).

Reconoció las acepciones de las voces y aclaró las anfibologías que por la variedad de los

(1) García Calderón, L. c.

significados resultaban, y dióles vitalidad porque fijó la afinidad de los elementos y estatuyó las funciones que ellos ejercen en el cuerpo del idioma. No sólo el sentido literal de las voces sino el valor etimológico y también el metafórico es aclarado: analiza todas las propiedades de las frases y los giros y algunas graduaciones de elegancia, fuerza y propiedad, y apela al uso y acoge sus enseñanzas y las desenvuelve y marca cuando son aceptables o reprobables, vulgares o académicas o poéticas, es decir, trata estos asuntos desde un punto de vista semasiológico, teniendo el mérito de encajar los elementos analógicos con los sintácticos como articulaciones vivientes, y siendo el primero que hace esto con método y resultado admirables. A cada palabra le asigna su función en la construcción del período, y al combinar los términos en todos y cada uno de sus aspectos y acepciones, determina su régimen y carácter propio; si son verbos transitivos o intransitivos, repárteles los casos y preposiciones por los que se siguen, y precísales los predicados en combinación con el régimen especialísimo de cada forma verbal en sentido propio y figurado, una vez conocido el valor fundamental de las partículas, y clasificados los regímenes modales del verbo, y el carácter que representan y las particularidades de los pronombres, ora cuando corresponden a los ver-

bos que rigen nominativos de personas o de cosas, ora clasificando acepciones de verbos reflejos y recíprocos, y sus parientes participiales, desenvolviendo siempre un prodigio de erudición y de agudísimo criterio. Ojalá que como lo hizo Freund, nos hubiera Cuervo indicado siempre la mayor o menor propiedad de las voces y el grado de elegancia de los regímenes, por vía de síntesis y en obsequio de los ineruditos o muy ocupados.

Lo que avalora infinitamente todo ello es el acopio de ejemplos de autores clásicos, con lugares rigurosos y variados, por manera que Cuervo presenta su enseñanza como enseñanza de otros, como si se dijera, parece que nada inventa, porque todo lo comprueba con pasajes ajenos; pero si no es un fabricante, es un zahorí del idioma, y los filones descubiertos por él son auténticos y originales en su mayor parte. Estos testimonios van tomados de todas las épocas, de libros añejos y modernos; la literatura del período anteclásico, o sea el anterior al año 1600, y del clásico hasta el siglo XIX y del moderno, es por él conocidísima; por remontarse, se remonta hasta el siglo XII, y aun más, hasta el período casi latino, con proceso histórico riguroso. Sobre lo cual no debemos insistir por cuanto pusimos al frente de estas páginas el capítulo primero, a modo de fondo general, para no

volver a ponderar la inmensidad de los conocimientos bibliográficos de Cuervo. A modo de curiosidad copiamos aquí este apunte: Cuervo registró, a su sabor, la Biblioteca nacional de Bogotá, fundada por un hijo de Mariquita, Francisco Moreno y Escandón, la cual contaba en 1767, 4182 volúmenes. Pues bien, tuvo la paciencia ultrabenedictina de clasificar así los autores existentes en la Biblioteca hasta el año 1767: Santos Padres, 272; expositores, 432; teólogos, 438; filósofos, 146; predicadores, 573; canonistas, 564; matemáticos, 83; gramáticos, 229; historiadores, 597; espirituales, 424; médicos, 39; y moralistas, 385. Consta todo esto en una hoja manuscrita que está entre el primer catálogo de la Biblioteca.

Por lo demás, conocemos lo exacto y escrupuloso que era él para citar; por curiosidad hemos nosotros verificado numerosos lugares del *Diccionario*, y únicamente hallamos que, al hablar Cuervo del verbo *batir*, página 862, refiérese al *Poema del Cid*, verso número 2618:

Batien los cauallos con los espolones,

y debía referirse al verso 3618. ¡Cuánta razón le asistía para temer las erratas editoriales, de haber continuado la publicación de su obra magna.

Una cosa llama con especialidad la atención cuando uno echa la vista sobre las páginas

de esta obra: la portentosa memoria de que debía de estar dotado el autor para aportar tal acervo de textos. Por esta cualidad puede ser colocado al lado de Alonso de Madrigal o *El Tostado*, de quien se cuenta sabía la *Biblia* de memoria y la *Suma* de Santo Tomás, de forma, que citaba de repente cualquiera de sus pasajes; al lado de Justo Lipsio, que conocía las obras de Cicerón y los cinco libros históricos de Tácito tan bien, que suplicaba a los oyentes le hundiesen un puñal en el pecho si cometía alguna equivocación; al lado del célebre jesuíta Suárez, que llegó a aprenderse, palabra por palabra, las obras de San Agustín, que componen once volúmenes in folio; o al lado de Bossuet, que no sólo podía recitar la Biblia entera, sino a Horacio y a Virgilio. La memoria de Cuervo no era tan sólo, por decirlo así, mecánica, en cuya virtud traía a cuento palabras o hechos, sino que además era intelectual, o memoria que reproducía ideas y asociaba pensamientos esparcidos por millares de libros. Entre otros muchos ejemplos, bastará citar aquel en que platicando varios literatos en tertulia, como a uno le ocurriese citar el pasaje preciso de la adúltera del Evangelio y no supiese, le satisfizo Cuervo, indicándole hasta el número del versículo, con que empezaba la relación. En otra ocasión dudándose de quién era un verso que salió a cuento, Cuervo

declaró hasta el renglón de la página en que estaba.

Con memoria tan privilegiada pudo exhibir la dilatada riqueza del castellano en todas sus transiciones y épocas, de manera que el Fuero Juzgo y las Partidas fraternizan con las páginas de los Leones y Argersolas, y las de éstos con los Moratines, Jovellanos, Meléndez, Zorrillas y Valeras.

Estatuye y diversifica las leyes de sintaxis con precisión matemática, como corolarios geométricos y aun las anomalías e irregularidades de los modos verbales, adverbiales, preposicionales, etc. Océano insondable donde bullían centenares de monstruos sin clasificar, él los somete con honda reflexión y fija las leyes que obran sobre el pensamiento y el verbo. Los tiempos de la conjugación, los cambios de significado al mudar de régimen, los va rastreando con sagacidad, sin que su *Diccionario* resulte filosófico ni siquiera gramatical en el sentido preciso, ya se considere como arte, ya como ciencia del lenguaje, sino obra ajustada a las exigencias de la semántica más refinada. Quedó superada la parte histórica del Diccionario de Littré por la de su contemporáneo Federico Godefroy en su *Diccionaire historique;* empero la labor de Cuervo exterioriza la última palabra en los procedimientos de este ramo tan importante de la filología, porque en uno reunió tres

géneros de diccionario: el de la lengua viva, el de la clásica y la historia de la formación de las palabras.

Muy al caso dijo el famosísimo A. Tobler (1):

> *Für diesen Teil seiner Arbeit hat der Verf, die besten Vorarbeiten mit einer Umsicht, der Wertvolles kaum entgangen ist, mit gutem Urteil benutzt; übrigens fehlt es an beachtenswerten eigenen Aufstellungen auch hier nicht* (s. *arrebatar, arrojar, amagar*). *Bisweilen hat er es für angemessen gehalten, auch über lateinischer Worter indogermanische Verwante etwas beizubringen.*

Además oigamos cómo se expresa el memorado filólogo señor Suárez (2):

> La tarea de reducir á reglas los cambios y accidentes que la frase castellana experimenta al influjo del régimen que unas palabras ejercen sobre otras excede casi las fuerzas de la atención y la laboriosidad y pondría dudas y miedo en el mismo Tostado. Porque la lengua nuestra no es como las antiguas, que sintéticas por su naluraleza expresaban multitud de relaciones por medio de desinencias, sino que indica los matices más varios y los tornasoles más versátiles de las ideas por medio de partículas móviles é inconstantes

---

(1) *Deutsche Litteraturzeitung.* 1887, número 15.

2) *Elogio, etc.*

> que forman algo como un calidoscopio ideológico y gramatical á un mismo tiempo. Vuestro socio ilustre llevó, sin embargo, á cabo la hazaña admirable de cautivar todos esos accidentes y de clasificarlos con la semántica más fina, exponiendo su gradación perfecta, el progreso de las acepciones en la mente y el de las construcciones en la frase. Como era natural, el Diccionario no resultó general, esto es, no pudo abarcar todo el caudal castellano, sino solamente las palabras que pudiéramos llamar dominadoras, cuales son muchos verbos, muchos nombres y todas las partículas. Así resultó un conjunto de monografías acabadas, portentosas, en que se agota la materia y cuyos materiales y labor representan acaso el doble de los Diccionarios de Littré ó de Freund. La sola palabra *A* con que se abre aquel edificio de erudición pasmosa y de sagacidad admirable, comprende cincuenta y ocho columnas de texto y contiene probablemente más de mil autoridades.

Aun tiene más la preposición *de*, pues suben a ochenta las columnas.

Así unificó en grandes síntesis filológicas el bello desorden sintáctico y analógico de nuestra lengua, como lo entrevió Fray Luis de León cuando dijo:

> Se reduzca á unidad la muchedumbre de las diferencias y extendiéndose y como desplegán-

dose delante los ojos la variedad y diversidad, venga y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.

Refiriéndose el doctor Cuervo a la parte semasiológica, a vueltas de querer manifestar la timidez o desconfianza con que presenta sus opiniones, pone de presente, sin quererlo, la originalidad de su obra:

Gravísimas y sobre ponderación—dice (1)—son las dificultades de que está erizado este ramo de la lexicografía, y muy justo por lo mismo el recelo de no dar siempre en lo cierto. Los tránsitos de una significación á otra son á veces resultado de gradaciones tan sutiles que se escapan á los ojos más agudos, y cuando no es perceptible la continuidad de las acepciones, pueden imaginarse combinaciones distintas que darían á un mismo artículo aspectos completamente diferentes. Cabe además el recelo de que el orden mismo que se establece acertadamente en una parte llegue á hacer que se vean los desaciertos, como una línea bien tirada acusa las sinuosidades de la que corre á su lado, y contribuír á que entendimientos sagaces ideen nuevas explicaciones. La tentativa es, pues, tanto más peligrosa, cuanto dado el plan de esta obra, ha sido menos posible ejercitar el *ars nesciendi;* pero como-

(1) *Introd.* Pág. XVII.

> quiera que sea, tiene que redundar en común provecho el que se remuevan puntos tan poco cultivados entre nosotros, si los errores han de provocar los ingenios á su esclarecimiento.

Eso significa que Cuervo triunfó con gloria porque luchó con peligro. Le sobra pues, razón a Bachiller y Morales (1) para proclamar sin eufemismos que «hoy es el primero de los escritores que han cultivado y cultivan el estudio de la lengua castellana».

En cuanto a etimologías, sigue el método que usó el alemán Diez al estudiar las lenguas romances, y a veces es más afortunado, más claro, más sagaz; pone especial cuidado en estudiar la parte fonética de la lengua y sobre todo en el período de su formación relacionada con las lenguas afines. Como si dijéramos, de cada voz forma una monografía, analiza el origen del vocablo y lo va llevando al través de finísimas cambiantes hasta que se extingue o revive, porque también las palabras luchan por la vida. Para etimologizar una palabra en su acepción primitiva se necesita no tanto conocer las lenguas que originaron la castellana, principalmenle la latina, sino también la morfología característica de cada una o la causalidad, por decirlo así, con

---

(1) *Revista cubana*. Tom. II, 1883.

que un vocablo fue adoptando matices tras matices hasta adquirir la actual fisonomía. Ciencia por todo extremo difícil es ésta, cuando en las leyes que la fundamentan pueden influír, y de hecho influyen, las diferenciaciones dialécticas, la tradición erudita y la popular, la contaminación analógica y otras concausas que modifican el curso evolutivo de la lengua, la cual no puede vivir como organismo independiente de la voluntad e inteligencia humanas. Los aciertos etimológicos que nos presenta Cuervo en el *Diccionario* y también en las *Apuntaciones*, están motivados por una amplitud poco común de conocimientos que poseía de los idiomas gótico, italiano, francés moderno, francés antiguo, provenzal, portugués, válaco, alemán, inglés, árabe, malayo, español, levantino, catalán, retorrománico, vasco, y varios dialectos del castellano, como también dialectos americanos: caribe, chibcha, mejicano, quichua y otros; causa por la cual bien podía indicar las infiltraciones y la cognación internacional de los vocablos. Además él no sólo estaba al tanto de la filología comparada según los rudimentos de Hervás, de Cocurdoux, Pictet y Bopp fundados en la paleogramática, sino que seguía de cerca las disquisiciones de los neogramáticos que catalogan las palabras, cotejan formas temáticas, deducen analogías y diferencias, con toda aquella

suma de procedimientos históricos, morfológicos y glotológicos que tienen por base el fonetismo inflexible de sus leyes, y por fundador a H. Paul y posteriormente a los alemanes Brugmann y Delblück, que formaron un cuerpo de doctrina gramatical de la nueva escuela, cuyo mejor intérprete y expositor estuvo representado en el sabio Grundriss (1).

Hay que convenir en que el *Diccionario* de Cuervo, en punto a etimologías, supera con mucho el Diccionario de la Academia, que es harto deficiente en este ramo, a pesar de haberse aprovechado de lo bueno que encierra el *Diccionario de etimologías de la lengua castellana*, obra póstuma de don Ramón Cabrera. Debido pues al conocimiento de tantos idiomas y al estudio de las teorías más modernas sobre filología comparada, podría aplicarse don Rufino José, con menos arrogancia y más verdad lo que de sí afirmaba Lope de Vega (2):

Favorecido en fin de mis estrellas,
Algunas lenguas supe, y á la mía
Ricos aumentos adquirí por ellas.

En lo que toca a las fuentes de este *Diccionario*, además de estar constituídas por el

---

(1) Véanse *Los problemas fundamentales de la filología comparada*, por el doctor A. Amor y Ruibal.

(2) *Obras sueltas*. Madrid, 1776. Tom. I. pág. 471.

caudal corriente que informa el Diccionario vulgar de la Academia, acude el autor al elemento representado por el habla del pueblo en la muchedumbre de términos tradicionales de que se vale para tratar los asuntos de su esfera y que se suelen conservar en la literatura refranesca y en los romances y cantares de uso regional, llenos de enjundia y ajenos a la acción corruptora de las modas literarias.

> Jamás pude saber, dice Octavio Picón (1) tomándolo de Sarmiento, la verdadera lengua castellana hasta que leí entremeses. . . . de Quiñones Benavente y aun los del mismo Cervantes.

Entran al depósito común del léxico de más a más, como parte integral del habla del pueblo, las diferencias locales que llamamos provincialismos. En ninguna parte mejor que en América se fusionaron, como elementos de un patrimonio unitario y tradicional, tales modismos y vocablos, siendo estos países el hogar común de los colonizadores, que, procedentes de todas las provincias de la metrópoli, perpetuaban la vida de su lengua y de sus tradiciones. De aquí la observación político-filo-

---

(1) *Teatro moderno*. Pról. pág. VI.

lógica rebosante de originalidad que apuntó Cuervo (1):

> Acá se oye el antiguo asturiano y castellano *soberado,* allá la preposición navarra y aragonesa *enta*, en otras partes el antiguo salmantino y actual asturiano *trastavillar*, y el catalán *quicho*, y el extremeño *biñuelo*, y dondequiera innumerables andalucismos; demostrando con evidencia que la unión realizada por los Reyes Católicos al abarcar con su corona los antiguos reinos de España, no se hizo efectiva sino en los lejanos hogares del Nuevo Mundo, donde fueron hermanos los hijos del castellano y el catalán, del vasco y el andaluz, del aragonés y el gallego, é igualados en una común suerte dejaron confundidos en su nueva patria restos de su hablar, de sus tradiciones, de sus cuentos y refranes.

Los materiales para un diccionarista más copiosos y aprovechables son los contenidos en el lenguaje escrito, y por lo mismo caben como materia prima de un léxico el tecnicismo de las artes y los oficios y el de todas las disciplinas que caen dentro de la acción del espíritu, ora se consideren los escritos como obra del pueblo, ora como de los poetas y letrados con todos sus neologismos, ora como

---

(1) *Intr.* Pág. XXIX.

expresión de los sentimientos, objetos y acciones que se desarrollan en el seno del hogar, si bien los elementos componentes del habla popular contienen los de la literatura elevada bajo la razón del estilo, que es lo que imprime a los argumentos distintos y variadísimos aspectos según sean las palabras que combine y el espíritu que las vivifique.

Respecto de autoridades y ejemplos, materia de su *Diccionario*, con los que comprueba las deducciones, estamos en que de preferencia escogió los autores príncipes, aquellos que reflejaban mejor el espíritu de las diversas épocas que alcanzó la acepción o la construcción del vocablo; empero no despreció los libros oscuros y manuscritos ignorados que ostentasen el sello de la autenticidad, porque los comprobantes del diccionarista tanto valen cuanto reproducen la historia del lenguaje en documentos fehacientes. Las corruptelas de los copistas y amanuenses y la poca escrupulosidad de los editores son enemigos temerosos de los que desean imprimir a sus citas el cuño de la auténtica probanza. ¡Cuántos fiascos se llevó el escrupulosísimo Cuervo! ¡Cómo amargaban su vida de sabio las erratas de las ediciones que consultaba! El mismo trae, con dolor de su alma, muchos ejemplos de obras mútilas e interpoladas que hubo de verificar para poner en limpio la verdad de los origi-

nales, y otras veces para interpretar debidamente los textos que, aunque auténticos, ofrecían dudas de sentido.

Tal es la obra de Cuervo; mas si por ventura no hemos sido nosotros capaces de indicar su contextura íntima ni sus cualidades de forma, manifiéstenos el mismo autor qué trabajo contienen sus artículos:

> Fijado el carácter gramatical de cada voz—dice—(1), se da al principio, cuando parece necesario, una idea del desenvolvimiento de las acepciones; explícanse luego éstas por su orden, así como las construcciones á que se prestan, y compruébanse y esclarécense con ejemplos, acompañados de la indicación precisa de la edición de que se toman, que es á menudo la Biblioteca de Rivadeneira, no tanto en razón de su mérito (que en ocasiones es bien escaso), como en atención á lo accesible que es á toda suerte de lectores; algunas veces se comentan estos ejemplos ó se agregan las indicaciones filológicas bastantes á asegurar la interpretación. Vienen en seguida las autoridades del período anteclásico dispuestas aproximativamente en orden cronológico ascendente (2), y en segui-

(1) Int. LIII.

(2) Nota: A continuación de las obras pertenecientes al siglo XIII y sin indicación especial van puestas en nuestra ordenación aquellas que se han atribuído al siglo XII; esto á causa de no haber siempre en este punto la certeza que fuera de desearse.

R. J. CUERVO.

da los testimonios sacados de documentos latinos ó cuasi latinos redactados en España antes de ser el castellano idioma oficial. Cierra el cuadro la etimología, ó su discusión cuando no es clara. Además, si las palabras dan ocasión á ello, se anotan los accidentes morfológicos, prosódicos y ortográficos, y en los artículos de verbos, cuando son largos ó complicados va al fin un índice de las construcciones.

Movidos del gran deseo de que sea conocido tal cual es el *Diccionario* por indoctos y doctos, y más por todos los que no puedan adquirirlo, nos resolvemos a copiar unos artículos o monografías que aclaren lo que llevamos dicho.

ADENTRO *adv.* 1. Señalando la dirección del movimiento: *a*) Hacia lo interior. «Yo me voy adentro á hacer los oficios divinos y cumplir los votos que son hechos». Villalobos, *Anfitrión* (R. 36. 478[1]). Los saguntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiraron más adentro». Mar. *Hist. Esp.* 2.9 (R. 30. 40[1]). «Quiero la casa también. / Y entré adentro á verla bien». Lope, *S. Diego de Alcalá*, 1 (R. 52. 520[1]). «Metióse con esto adentro, / Y entrando de uno en uno, / No vieron salir ninguno». Tirso, *El pretendiente al revés*, 1. 12 (R. 5. 28[2]). «Retiraos todos aden-

tro». Mto. *El valiente justiciero*, 1. 13 (R. 39. 337[1]). «¿ Vienes adentro, Isabel?» Mor. *El viejo y la niña*, 2.10 (R. 2. 348). «Vén adentro; que no es bien / Exponerse á que te vea / Mi hermano al volver». Id. *Ib.* 3. 12 (R. 2. 353[2]). «Vé adentro, recoge todos / Mis papeles en la caja». Id. *Ib.* 1. 4 (R. 2. 340[1]). «Vaya usted adentro, niña; usted no debe asistir á pláticas tan indecentes». Id. *La escuela de los maridos*, 1. 2 (R 2. 446[1]). «Conocida la voz de Pedro, fue tanto su gozo, que, en lugar de abrir, corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba á la puerta». Amat. *Hechos apost.* 12. 14 (En la ed. de París, 1852, se lee *á dentro:* ortografía inaceptable). «Suspendieron al salir, y, al revés, se volvieron adentro». A. Galiano, *Recuerdos*, p. 308. «Vamos, vamos adentro. / Oirá usted maravillas». Bretón, *Los dos sobrinos*, 3. 4 (137).—*a*) Júntase á los advervios *acá*, *aquí*, *allá*, etc., para precisarlos. «Vénte conmigo allá adentro». Mor. *El viejo y la niña*, XXX 2. 10 (R. 2. 348[2]).—*b*) Met. «Su rostro mira, y adelante pasa; / Qué importa que penetres más adentro: / Contempla, amando, su beldad sin tasa». Hojeda, *Crist.* 9 (R. 17. 475[2]). —*c*) Se usa para reforzar y especificar ciertos complementos generalmente for-

mados con las preposiciones *de* o *por*. «Hizo Carrizales un sermón encargándoles la guarda de Leonor, y que por ninguna vía ni en ningún modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro». Cev. *Nov.* 7 (R. 1. 173[2]). «Nada bueno le puede entrar de los dientes adentro». Quev. *Visita* (R. 23. 336[2]).—«Juntó un ejército por tierra, y con él rompió por aquellas tierras adentro hasta los bosques de Castulón». Mar. *His. Esp.* 2. 13 (R. 30. 44[1]). «Crecieron las fuerzas de Barbarroja; extendióse por la tierra adentro su poder». Mend. *Guerra de Gran.* 2 (R. 21. 94[2]). «Entrábamos hartas veces por aquellas cuevas adentro, bajando por unos subterráneos muy hondos». Sig. *Vida de S. Jer.* 1. 2. (25).—*a*) Met. «Después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias». Cerv. *Quij.* 2. 53 (R. 1. 517[1]). —*b*) El complemento *de puertas adentro* se usa, así en lo propio como figuradamente, sin que intervenga verbo de movimiento. «La buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe». León, *Perf. Cas.* 18 (R. 37. 241[1]). «Este mal vecino que

tenemos de las puertas adentro siempre está deseando y apeteciendo todo lo que es en derecho de su dedo». Gran. *Orac. y consid.* 3. 1. 3. # 2. (R. 8. 175[1]). «Siendo tantas las contradicciones que tiene la perfección de la virtud de nuestras puertas adentro—¿cuánta fortaleza, cuánta diligencia, cuánta industria será necesaria para resistir á estos enemigos?» Id. *Sim. 4, dial.* 6 (R. 6. 560[1]). «Así sabréis lo que pasa / Desta puerta adentro vos». Lope, *La discreta enamorada,* 2. 11 (R. 24. 116[2]).—*d*) La íntima conexión que en el caso anterior contrae el adv. con el nombre que figura en el complemento, ha sido causa de que asuma el carácter de prep. pospuesta (véase *abajo, adelante,* etc.) «Determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della». Cerv. *Quij.* 1. 41 (R. 1.373[2]). «Fue parecer del marinero que nos entrásemos el río adentro». Id. *Pers.* 2. 11 (R. 1.604[2]). «De allí hacia Lenguadoc la tierra adentro / La quietud saltearon del camino». Valb. *Bern.* 5 (R. 17. 187[2]). «Aquella punta que la mar adentro / De hermosa población rompe cargada, / Es Tarragona». Id. *ib.* 16 (R. 17. 310[1]). «Ya han retrocedido las pla-

yas dejando nuevas ensenadas y ancones, ya han entrado mar adentro formando nuevos cabos y promontorios». A. Saav. *Viaje al Vesubio* (5. 306). «Dejando la ribera, entramos tierra adentro por las cercanías de Pompeya». Id. *Viaje á Pesto* (5. 311).—*a*) La expresión *tierra adentro* ofrece estas particularidades: *a a*) Admite un complemento con *de*. «En balde quisieron persuadirle sus consejeros y capitanes que la devastación del país, la escasez de comestibles, las enfermedades pestilenciales, las continuas correrías del enemigo, la comodidad, conservación y seguridad de su augusta persona exigían se retirase tierra adentro de sus dominios». Clem. *Elog. de Is. la Cat. (Mem. Acad. Hist.* 6. 8). —*bb*) Perdido el sentido de dirección, se toma por el interior de la tierra. «A los venidos de tierra adentro hubo de ser objeto de pasmo y terror espectáculo tan horrible y grandioso». A. Galiano, *Recuerdos*, p. 152.—*b*) *Puertas adentro* se usa igualmente, tanto en sentido propio como figurado, sin que el verbo á que se junta exprese movimiento: En lo interior. «No temeré el perderle, / Si le amo puertas adentro». Tirso, *No hay peor sordo*. . . . 3. 3. (R. 5. 279[2]). «¿Qué más

dicha que vuestra alma / Me estime puertas adentro?» Id. *El amor y la amistad*, 2. 11 (R. 5. 337[2]). «Pues no os permiten los labios, / Dad voces puertas adentro». Id. *Amar por arte mayor*, 2. 13 (R. 5. 433[1]).

2. Denotando la parte en que se halla ó se verifica algo: *a*) En lo interior. «La parte exterior (de la Porta Stuppa en Verona) es más elegante; la que mira á la ciudad es toda almohadillada, de carácter robusto y sencillo, y en mi opinión debería ser al contrario: la elegancia adentro y la robustez afuera». Mor. *Obr. Post.* 1, p. 451. «¿No ves qué serio estoy? Pues no os espante, / La adusta gravedad de mi persona, / Que adentro tengo el alma juguetona». Id. *son.* 11 (R. 2. 598[1]). «Consta que en la Bética, hoy Andalucía, hobo dos pueblos llamados Murgis, el uno á la ribera del mar, que hoy se llama Muxacra, y el otro más adentro en la tierra, al cual hoy llaman Murga». Mar. *Hist. Esp.* 1. 10 (R. 30. 12[2]). «Con gran pertinacia y poco miedo / De morir más adentro procuraba». Erc. *Arauc.* 19 (R. 17. 73[2]).—*a*) Júntase á adverbios como *aquí, allá*, etc., para especificarlos. «Yo le llevo, y de aquí dentro / Al cielo le he de enviar». Monteser, *El caballero de Olme-*

do, 2 (R. 49, 166[1]).—*b*) Puede ir precedido de preposiciones como *de*, *para*, *desde*, pero no de *a*. «La oscuridad densísima de adentro / Era cosa que puso espanto y grima / Al corazón más bravo y más valiente». Villavic. *Mosq.* 1 (R. 17. 554[1]). «Tomad la llave vos misma / Y cerraréis por adentro». Cald. *No hay cosa como callar*, 1. 18 (R. 7. 555[2]). «Saque usted la cabeza, y veamos / Si es bonito ó feo. /— No presumo de mozo gallardo, / Respondió el de adentro, / Y aun por eso á salir á lo claro / Apenas me atrevo». T. Iriarte, *Fab.* 61 (1. 97). «Yo vi en Madrid/ Llevar algunos cocheros / Un cordón de seda atado, / Y tirarles desde adentro / Del coche para llamarlos». M. de la Rosa, *Los celos infundados*, 1. 13 (3. 163.— *Y)* Admite un complemento con *de*, como si se dijera *en el interior de*. «Fue el año estéril, y si estaba mala la Andalucía, peor cuanto más adentro del reino de Toledo». Alemán, *Guzmán*, 1. 2. 2 (R. 3. 219[2]). «Con intento de visitar á su maestro, que estaba muy adentro de Francia, partió para ella». Mar. *Hist. Esp.* 4. 4 (R. 30. 94[1]). «Envió á Firmino, hijo de Firmo, á predicar el evangelio en lo más adentro de Francia». Id. *ib.* 4. 3. (R. 30 90[2]). Pensaron que por falta de vituallas huían

y se retiraban á lo más adentro de la provincia». Id. *ib.* 11. 24. (R. 30. 337[2]). «Tiene algo que la aprieta / Más adentro del cartón». Tirso, *Por el sótano y el torno*, 3. 6 (R. 5. 243[2]).—*b*) Met. Se usa para ponderar la íntima confianza ó entrada que se tiene en alguna casa: El es muy de adentro. Lo dijo persona muy de adentro. «¿De quién lo sabes? — ¿De quién? / De persona muy de adentro». Monteser, *El caballero de Olmedo*, 2. (R. 49. 166[2]). *(Dicc. Autor).* «Si vos / Le asistís (al rey), y es tan adentro / Que me hagáis ser escuchado, / Os deberé mi remedio». Mto. *El valiente justiciero*, 1. 8 (R. 39, 334[1]).

3. Met. Se usa el plural *adentros* (cp. *cercas, lejos, afueras)* para expresar lo interior y oculto del ánimo, en contraposición á lo que se expresa ó aparece fuera. «No respondió Fernando, si bien admiró en sus adentros los bríos de aquel mozo». M. de la Rosa, *H. P. del Pulgar* (4. 26). «Ocioso fuera detenernos á examinar si le pesó á Bonaparte, ó si por el contrario se holgó en sus adentros, de la repulsa que recibió por parte del gobierno británico». Id. *Esp. del siglo*, 7. 12. (6. 174. «Ha sufrido en sus adentros / El martirio. . . . se notaba / Que estaba el

pobre violento». Id. *Los celos infundados*, 1. 3. (3. 150). «Si usted siente en sus adentros / La más leve repugnancia, / Dígalo usted». Id. *La boda y el duelo*, 1. 5 (3. 443). «Haciendo mi examen de conciencia y buscando en mis adentros qué motivo pudo inducirme á jugar con gravísimo peligro mi vida, y mi situación y esperanzas, podría caer en la tentación de reputarme á manera de un *Santo* en lo político». A. Galiano, *Recuerdos*, p. 332.

Per. antecl. Siglo XV: «Pero desta condición de la gente común, que nunca miran mucho adentro, era mucho amado en Sevilla y en su tierra». P. de Guzmán, *Gener.* 14 (R. 68. 706[1]). «Como la goleta fue á tierra, el mar la tornaba adentro». Gonz. Clav. p. 76.—*Siglo* XIV: «Muchas veces avía el rey defendido que ningunos del real non entrasen de la barrera adentro para pelear con los moros sin su mandado». *Cron. Alf.* XI, 305 (R. 66. 369[1]). «Et los del rey llegaron feriendo en ellos fasta que los encerraron por el postigo adentro». (*Ib.* 157 (R. 66. 275[1]). «Llegaron con ellos fasta que los metieron por la puerta adentro». *Ib.* 156 (R. 66. 275[1]), «De llaga que fuere fecha en los pechos, et pasare adentro, lo primero la llaga sea trasquilada». *Mont. Alf. XI*, 2. 12 (*Bibl.*

Ven. 1. 145).—*Siglo* XIII: «Deben asentar la hueste en tal logar que se hayan todavía ante á acercar á los enemigos para apoderarse dellos ó facerles mal, que non meterla primeramente tan adentro que hayan después á tirarla afuera». *Part.* 2. 23. 23 (2. 248). «Debe fincar moiones, e quanto fuer de los moiones adentro deve ser del señorío». *Fuero viejo*, 2. 1. 4 (63). «Yaga encerrado un año de su puerta adentro». *Fuero de Escalona*, año 1226 (Muñoz, F. 490). «Cuando querie adentro entrar, / A riedro la facien tornar». *S. M.* Egipc. (R. 57. 310[2]). «Metiol por la carne adentro la lança con el pendón». *Cid*, 3682 (R. 57. 37[2]). «Los moros de Marruecos caualhan a uigor. / Por las huertas adentro están sines pauor». *Ib.* 1672 (R. 57 19 [2]).

Test. lat. hisp. «Infanzones qui intrarent en termino de Ucles de los moiones adentro tales foros habeant quomodo alios vicinos de Ucles.» *Fuero de Ucles*, año 1179 (Llor. *Prov. Vasc.* 4. 241). «Et de sua porta adentro si habuerit homines—De sua alizaz adentro».—*Fuero de Marañón*, año 1130 (?) (Muñoz. *F.* 497).

Etim. Comp. de á, que expresa la dirección del movimiento, y *dentro*. Port. *adentro;* it. *adentro*, *addentro*. Pudiera creerse que

es compuesto de *ad* y *entro;* pero como *dentro* es vos antigua también, la composición es análoga á la de *afuera, adelante.*

BOGAR. v. *a*) Mar. Remar. *a*) *Intrans.* «Si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas». Cerv. Quij. 1.22 (R. 1. 303[1]). «Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales». Id. *Ib.* 1. 39 (R. 1. 363[2]), «Los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna». Id. *Ib.* 1. 41 (R. 1. 371[2]). «Con admirable diligencia bogaban la vuelta de poniente, que era el propio viaje de Orán y adonde la nave caminaba». Céspd. y Men. *Esp. Gerardo,* 2 . 2 (R.18. 245[1]). «Dejada esta materia aparte, / Volveré con la priesa prometida / A la barca de chusma y gente llena, / Que bogando embistió recio en la arena». Erc. *Arauc.* 36 (R. 17. 131[2]). «Allí bogar a los remeros manda, / Y ellos su mandamiento no obedecen». Villav. *Mosq.* 5 (R. 17. 590[1]). Obedeciéndole él y ella bogando, / Por los despeñaderos de aquel río, / Más recio

va que el agua á su navío». Valb. *Bern.* 9 (R. 17. 235[1]).—*a a*) *Bogar á cuarteles, por cuarteles ó cuarteladas:* estar en acción parte de los bogadores, mientras otros descansan, ó remar alternativamente con los remos pares ó impares. *Dicc. Marít.* «Bogando á cuarteles, y alzando de cuando en cuando alegres voces y gritos, se iban llegando al puerto». Cerv. *Nov.* 2 (R. 1. 132[2]). «Dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo». Id. *Quij.* 1. 41. (R. 1. 371 [2]).—*b b*) Hállase á menudo en nuestros clásicos *bogar al remo.* «Este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del gran señor, catorce años». Cerv. *Quij.* 1. 40 (R. 1. 365[1]). «La demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo». Id. *ib.* 2. 63 (R. 1. 540[2]). «Se ahoga / El que al remo bien no boga». Castillejo, 3 *Vida de corte* (R. 32. 218[1]).—*b*) *Trans.* También se ha dicho *bogar el remo* (it. *vogar il remo*). «Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores». Cerv. *Quij.* 1. 41 (R. 1.370[1]). «Allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá ó á como

por ensayarse de burlas á lo que pensaba hacer de veras». Id. *ib.* 1. 41 (R. 1. 368[2]).—*b*) Mar. Montar ó contar tantos ó cuantos remos la embarcación. Así lo comprueba la frase muy usual en este sentido: «Boga tantos remos». (*trans*). *Dicc. Marit.*—*c*) Navegar, andar, surcar. *a*) *Intrans.* «Si algo las deidades justicieras / Pueden, cuando más próspero bogares, / En escondido escollo, de repente / Te estrellarás». Maury, *Dido* (R. 67. 179[2]). «Tú haces la vida dulce de dejar, / Y tú puerto seguro das al hombre, / Que errante boga por incierto mar». Hartz. *La muerte* (402).—*b*). *Trans.* «Ya el bajel bogando iba / El piélago de cristal». Cald. *Casa con dos puertas*, 3. 3 (R. 7. 142[2]).

Per. antecl. (Nótese la acepción Conducir remando, mover). *Siglo XV:* «Quien içaba, quien bogaba, / Quien entraba, quien salía». *Canc. de Stuñ.* p. 322. «Los vientos pluviosos las nubes bogaban». Santill. p. 97. «La mi obra çia, é la vuestra boga / Por los altos mares, con gloria mundana». Id. p. 323. «La fermosa compañera / De Tithon se demostrava, / E las sus fustas bogava / Contra las nuestras riberas.» Id. p. 332. «Partieron las galeras de Talamon á la segunda guayta de la noche, bogando todavía con la cre-

ciente de la mar». *Cron. P. Niño*, p. 90. «Pero en esta arte ffecunda / Sy mas fonda non se funda, / Çiará por bien que bogue». *Canc. de Baena*, p. 266.

Etim. Port., prov. *vogar;* fr. *voguer;* it. *vogare:* del ant. al. *wagon*, al. medio *wagen*, moverse, corrupto en *wogôn;* da apoyo á esta conjetura el al. moderno *wogen*, flotar.

No bien recibimos *El Romancero español* que nos enviaba don Ramón Menéndez Pidal, estábamos hojeándolo con la avidez que despiertan todas las obras de este portentoso humanista, cuando se nos presentó en la habitación cierto joven amigo, de esos que son una esperanza para las letras, poeta de fácil y ardiente inspiración, que comenzaba sus vuelos líricos con aplauso de los entendidos. Mostrámosle el libro, hablamos de los trabajos filológicos de don Ramón, admirador de Cuervo, y vino a caer el discurso sobre el filólogo bogotano y su *Diccionario*. No tuvo empacho el poeta en manifestarnos que más de una vez había intentado leer esta obra de don Rufino, pero que se le había caído de las manos por lo abstrusa: no comprendía el genio de tamaña labor, quería él labor simplificada. Nosotros cogimos el *Diccionario*, que a la mano estaba, y abriéndolo por las primeras páginas de la in-

troducción, apuntamos con el índice. El vate leyó:

> Siendo el objeto de este libro muy diverso del que tiene el diccionario vulgar de la lengua, el autor reconoce sin apremio que no ha hecho una obra adecuada á correr en manos de sabios é ignorantes, antes muy bien pudo ponerle por epígrafe el *Contentus paucis lectoribus.*

Así como en la última reimpresión de las *Apuntaciones críticas* mostró Cuervo un criterio amplísimo respecto de admitir en el depósito de la lengua galicismos y neologismos en general, del mismo modo se manifiesta tolerante en el *Diccionario*, cosa por cierto que le han afeado algunos escritores, más amantes de las glorias problemáticas de la lengua, que de aquellos procedimientos que a paso seguro aunque lento conducen a la posesión del terreno en que se amistan las más encontradas opiniones. El P. Juan Mir y Noguera, pongo por caso, que en esto de intransigencias con los galicismos de palabras profesa las teorías de Bartolomé José Gallardo, quien apostrofa (1): ¡Maldita escuela gabacha, que nos ha corrompido la lengua, las cabezas, entrañas y todo!, no puede contener el mal humor que le causa la actitud condescendiente de Cuervo ante ciertas

(1) *El Criticón*, número 2.°

prácticas y olvidándose de los sentimientos de admiración hacia él, quéjase (1):

Cuervo con su negra afición á conciliarlo todo. . . .

Dentro del cuerpo del *Prontuario* escribe mayores intemperancias. No negaremos que en ocasiones delinque nuestro autor por exceso de indulgencia, de esa indulgencia con que miran y respetan los talentos superiores el juicio ajeno, porque comprenden la flaqueza y poquedad del entendimiento ante las muchas cosas arcanas y que estarán muchos años por saberse; convengamos, sin embargo, en que las tildes de Cuervo son como los claroscuros del cuadro, reveladores de la luz vivísima que alumbraba su cerebro. En todo caso, no se parapetaba tras la contumacia; poseía virtud suficiente para desdecirse con ecuanimidad, comprobado que viese su desacierto. Tampoco es exacto que el autor de este Diccionario diga *ancha Castilla* para recibir todos los ecos de allende los Pirineos; muchas veces, por lo contrario, da el grito de *Cervantes y cierra España*, y arremete contra los invasores; véase en *acusar* (2), cómo rechaza por galicismo, al igual de Baralt, el uso metafórico de este verbo en sentido de *servir de prue-*

(1) *Prontuario, etc.* Pág. 175.
(2) Tom. I, pág. 173.

ba o indicio, descubrir, manifestar; y al verbo *afrontar* (1), equivalente de *hacer cara, arrostrar, desafiar, combatir,* llama galicismo inaceptable; sobre el sustantivo *amor* construído con la preposición *por,* v. gr. amor *por la lengua, amor por la patria,* él cita a Tomás de Iriarte y a Baralt, quienes lo dan por galicismo, calificación que le parece un tanto exagerada y por eso añade (2):

> En lo moderno es harto frecuente, pero siempre será más acertado arrimarse á la práctica más genuina y autorizada. *Amor por* quiere decir *amor en favor* y es por tanto expresión impropia.

En el tomo segundo hay, como en el primero, no pocas pruebas de la imparcialidad y serenidad de juicio en este punto (3).

Si corren opiniones sobre una cosa, Cuervo acepta la que le parece más razonable o expone unas y otras, y prosigue su camino. Esto último sucede en la locución *apenas si,* que él implícitamente admite. De origen muy reciente, como que comenzó a ser empleada por Martínez de la Rosa y por Ochoa, hoy en día casi todos los traductores del francés la estampan, patrocinados por Bello que dice (4):

---

(1) Id. pág. 247.
(2) Tom. I. pág. 439.
(3) V. Págs. 492-512-721-783-1264.
(4) *Gramática.* Cap. L.

No creo deba desecharse, porque se ajusta bien á la significación de los elementos que la componen, y la elipsis que la acompaña es natural y expresiva.

Y por Baralt, que añade (1):

Hé aquí un galicismo perfectamente usado y autorizado por Martínez de la Rosa y por otros: «Acercándose el ejército a la sorda, *apenas* si se oía el confuso rumor de los pasos ». *V. de H. P. del Pulgar.* Salvá (Gram) dice que *sí* es pleonástico en esta frase. Sí será, aunque no lo creo; pero estoy cierto de que es francés. *(A peine s'il nous regarde; C'est a peine si vous m'avez salué*, etc). Francés puro, pero felicísimamente adoptado.

Algún purista atacó a Martínez de la Rosa en su tiempo por este neologismo, y hoy no faltan quienes rompen lanzas contra tal práctica.

A don Rufino le han reprochado también algunas cosas: su transigencia con los verbos *asignar, aludir, consecuente con, algo de*, etc. *El Diccionario de Autoridades* admite a *caer* con la acepción de *derribar, tirar*, y reconoce que este sentido es corriente en Salamanca y Extremadura; nuestro autor lo patrocina como tal, cosa que alguien le improbó. Nosotros no-

(1) *Dicc. Galic.*, pág. 49.

tamos en la provincia de la Rioja y en alguna de Aragón, que los campesinos empleaban este verbo en el sentido adoptado por Cuervo; v. gr.: «El mozo cayó del hombro el baúl». «En el otoño los árboles caían la hoja».

Léese en el *Diccionario, acostumbrar* (1):

> Se usa como intransitivo construyéndose con infinitivo precedido de *á*. Pudiera creerse que este uso procede de una abusiva asimilación con el reflexivo *acostumbrarse;* no obstante se encuentra autorizado desde los primeros tiempos de la lengua. Ni la Academia ni Salvá mencionan este régimen, y parece lo más acertado suprimir la preposición.

En seguida trae muchísimas autoridades en favor de la *á*. ¿Cómo, pues, aconseja se suprima esta preposición?

Otra distinción que no hemos llegado a comprender es la que ofrece en *bajo* (2):

> Se dice muy bien estar bajo la dominación de alguien; pero se invierten monstruosamente los términos poniendo: estar bajo la obediencia de alguno. «Eran (sus fines) que la Sicilia se pusiese bajo de su obediencia sin oposición». Quint. *R. de Lauría.* (R. 19. 227[2]). «Mantuvo la Provincia bajo la obediencia

(1) Tom. I, pág. 154.

(2) Tom. I, pág. 843.

de su primer descubridor». Id. *Pizarro*. (R. 19. 362[1]). Aquí debió decirse *reducir a la obediencia, poner, mantener en la obediencia.*

Se nos figura que Cuervo halla antitéticas las voces *obediencia* y *bajo*, porque *bajo* supone un término de superioridad, y *obediencia* es todo lo contrario de superioridad. Con la venia del maestro, apuntaremos algunas autoridades en que se ve que obediencia significa lo mismo que autoridad:

La indiferencia y resignación que acabamos de decir, habemos de tenerla también para cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos quisiere poner (1).

En tus manos, Padre, encomiendo este mi espíritu obediente, y ahí le pongo en las manos que me gobernaron, y cuya obediencia reconocí y cumplí hasta esta la última hora (2).

Ora seas profesor que ocupes ínfima ó superior cátedra; ora predicador nombrado por la obediencia.... si te dejas regir por la obediencia, siempre aciertas (3).

Y su razón motiva era decir: esto me manda la obediencia, y debo ejecutar lo que se me manda (4).

---

(1) A. Rodríguez. *Ejercicio de perfección*- Trat. oct., cap. XIV.

(2) Tomé de Jesús. *Los trabajos de Jesús*. Trab. X.

(3) Fr. Miguel Ugarte. *Retiro santo*. Plat. sobre la Ob,, pág. 229.

(4) Fr. Diego de Santa Teresa. *Historia general de los agustinos recoletos*. Dec. 7, Lib. I, Cap. 5.

Demás de esto, hemos sido informados de que en algunas religiones o comunidades religiosas llámase *obediencia* a las letras o al documento que el superior da a algún religioso asignándole conventualidad u otro deber. De donde se infiere que estar bajo obediencia o vivir bajo obediencia equivale a estar o vivir bajo ley, vida, estado, virtud de obediencia, admitida una elipsis muy obvia.

Al propio tiempo no entendemos por qué rehusa como inadmisible galicismo (1) *apercibir, apercibirse,* en la acepción de observar, advertir, caer en la cuenta, descubrir, cuando él nos brinda testimonios de que Quevedo, Capmany, Clemencín, Quintana, Martínez de la Rosa y Ochoa usaron el verbo en este sentido; mayormente si se considera que en la última edición de las *Apuntaciones críticas* trae la explicación del participio *apercibido* con significado de caer en la cuenta, advertir, etc., y lo confirma con varios textos, entre otros con el de *Vida de Santa María Egipciaca* y su correspondencia francesa, añadiendo:

> Tenemos, pues, que en su origen nuestro verbo correspondió en el sentido etimológico con el francés *apercevoir;* pero desde el siglo XV se fijó en el sentido que arriba expusimos, y sólo de principios del siglo XIX

(3) Tom. I, pág. 533.

acá, por imitación servil del francés, han vuelto á aparecer aquellas acepciones.

Obró como verdadero sabio el autor del *Diccionario* cuando en el artículo *bajo* (1) rectificó el dictamen expresado en la edición segunda de las *Apuntaciones críticas*, diciendo ahora:

Alguna vez se considera el punto de vista con respecto á la situación del objeto observado, y no á la del observador, y en tal caso no es impropio el uso de *bajo*, en cuanto presenta á aquel en una posición inferior al punto de que puede mirarse.

Esto, sin duda, obedece a las observaciones que hizo a las *Apuntaciones críticas* el señor Merchán en el artículo *Estalagmitas*, publicado en el *Repertorio colombiano*, en el cual concluía que «*desde* satisface en todos casos, pero no excluye la propiedad de *bajo* en muchos». En las ediciones siguientes de las *Apuntaciones* ratifica su rectificación en estos términos:

Punto de vista es aquel donde precisamente ha de colocarse uno para ver bien un objeto, y también aquel donde ha de hallarse el objeto para ser bien visto. De suerte que el observador ha de ver un objeto *desde* el

(1) Tom. I, pág. 884.

punto de vista, y el objeto ha de estar *en* su punto de vista. Sólo considerando al objeto en un lugar elevado, podría decirse que ve un objeto *bajo* ese punto de vista; pero como éste no es el caso más ordinario, ni *bajo* indica con respecto al observador una relación tan directa como *desde*, siempre es más seguro el uso de éste.

En fin, no sacamos a relucir otras notas marginales que en el *Diccionario* tenemos puestas, por evitar lo muy difuso; mas conviene declarar que los reparos y las dudas que en el decurso de esta obrecilla aparecen, los exponemos, como decía en caso análogo al nuestro el crítico R. M. Merchán (1):

Con desconfianza, y sobre todo con respeto, porque á un autor como el señor Cuervo, que está en primera línea entre los más grandes filólogos, y que, en mi concepto, conoce la lengua castellana como nadie en ambos mundos, no se le deben de otro modo dirigir observaciones. El hecho mismo de dirigírselas no arguye atrevimiento, pues es seguro que él, con toda la conciencia que de su superioridad ha de tener, rechaza la admiración servil, que no merece otro calificativo que el de adulación; y más satisfecho quedará con el aplauso razonado, hijo del cri-

(1) *Revista literaria, Estudios de castellano.* Bogotá, mayo 15 de 1891.

terio que examina y aprueba, pero que también, aun cuando no sea sino en raras ocasiones, se detiene y vacila, y controvierte ó á lo menos pregunta.

Ignoramos si se ha dicho por escrito, pero de boca de un ilustre crítico literario oímos la inconsiderada idea de que el *Diccionario* de Cuervo era un centón de ejemplos encasillados, que confirmaban lo establecido por los lingüistas castellanos, sin originalidad ni novedad alguna. Error muy craso que arguye o ganas de levantar polvaredas de escándalo entre los sabios o incapacidad de comprender a derechas la erudición de Cuervo, el cual no es simplemente laborioso recopilador de textos, sino inventor muchas veces de conceptos nunca oídos, rectificador de ejercicios rutinarios y genial maestro de la lengua. Vaya de ejemplo, escogido entre ciento, de su doctrina sobre la palabra *conforme*, en que clasifica las acepciones más sutiles y deslinda todos los matices semasiológicos con siete preposiciones, de las cuales sólo tres registra en su Gramática la Academia, mientras que él ilustra su hallazgo con ejemplos de Fray Luis, Santa Teresa, Quintana, Lope de Vega y otros clásicos indiscutibles; de más a más no se contenta con asignarle carácter de adjetivo o adverbio de modo, según lo hace la Academia, sino que enumera variadas acepciones adjetivadas, y nos

da *conforme* como adverbio modal, y de tal suerte lo va estudiando, que manifiesta la transición gradual hasta formarse adverbio relativo y también el uso elíptico de este vocablo que funciona con carácter de preposición, acepción muy usada en el *Quijote* y por el historiador Mariana. Dígase lo propio del verbo *coadyuvar,* que lo tiene recibido la Academia como activo únicamente y el doctor Cuervo lo exhibe comunísimo entre los clásicos antiguos y modernos con el uso de intransitivo.

Llámese, por lo tanto, al autor de este Diccionario rebuscador de citas, pero no se le niegue su carácter meritísimo de etimólogo, de semántico y en el terreno de las originalidades sintácticas juez indiscutible.

Del cargo que alguien le ha hecho, es a saber, que trata con blandura a la Academia española, cuando endereza los desaciertos de ésta, repetiremos lo que tiene consignado en la introducción de su *Diccionario*:

> La Academia misma mejora diariamente su obra, como que, salida de manos de hombres, no puede al cabo ser perfecta; cuando ha errado, la vanidad individual no cierra las puertas á la modestia que lima, corrige y acoge gustosa toda cooperación; si cede alguna vez á teorías dudosas de alguno de sus miembros, pronto el tiempo, de que es dueña, lo subsana sometiéndolas al examen de otras inteli-

> gencias. Por lo mismo creemos que los reparos que de cuando en cuando, y aun en estas mismas páginas, hacemos á las obras de la Academia, merecerán, si fueren acertados, su aprobación, y, en el caso de no serlo, la indulgencia á que tiene derecho quien, lo mismo que ella, trabaja guiado por amor de la verdad; tanto más que con ingenua gratitud reconocemos que, á no haber tenido la base de sus trabajos, encontráramos en los nuestros dificultades que no hubiéramos logrado vencer nunca.

Este es el lenguaje de los sabios de buena casta. Por lo demás, de la Academia española no podía esperar ni temer nada, porque todo lo que podía darle aquella Corporación se lo había dado, sin abreviar su mano en ningún linaje de honores y alabanzas. Nunca él hubiera apelado al estilo satírico,

Que á infames premios y á desgracias guía,

como diría Cervantes. La destemplanza usada por el autor de *Fe de erratas del Diccionario de la Academia* y por el de *Maraña del diccionario*, no se avenía ni con su educación ni con su carácter. Siempre contendrá muy grande fondo de verdad el consejo de don Quijote a Sancho al aproximarse el tiempo de la gobernación de la ínsula Barataria:

No es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Y bien, dos volúmenes del *Diccionario* nada más, van estampados; el segundo, dicho sea de camino, está poco divulgado a causa de la edición corta que de él hicieron. Boris de Tannenberg, hablando de la suspensión editorial de esta obra, aplicó aquello de Virgilio: *pendent opera interrupta.* Hoy todos claman por la aparición pronta del *Diccionario-sol* que iluminará los ámbitos del mundo científico.

Hemos llegado al cabo del capítulo. Sugiérenos el *Diccionario* atracción de abismo; al asomarse uno al borde de este insondable piélago, nota la ilusión óptica con que se reflejan los objetos como a flor de agua, pero al tiempo siéntese atraído con la magia de un arcano profundo. Será mucho de temer bucear en el fondo; el abismo nos absorbería. Nos retiraremos pues a los valles repuestos y deleitosos de la admiración, despidiéndonos del genio de la filología de esta suerte:

¡Salve «maestro excelente y superior del habla de Castilla» (1).

Por lo demás, si Alejandro Magno no titubeó en dar sus riquezas a los éfesos con tal de que perpetuasen famosamente su nombre escribiéndolo en los muros del templo de Diana, y Eróstrato pasó por la vileza de ser incendiario a trueque de aparecer célebre, y

---

(1) Juan Valera. *Cart. amer.* Ser. prim. pág. 149.

Frine se resolvió a costear la reconstrucción de los muros de Tebas a condición de grabar en ellos su nombre, el *Diccionario* es un memoratísimo monumento de ciencia, que durará por los siglos de los siglos, y en cuya portada formó Cuervo un modesto timbre con esta leyenda: *Veritas liberabit vos.*

VII

Calculistas y literatos—Cuervo, literato y crítico—«Nueva traducción de Virgilio» por Caro—Otra vez Cuervo y Caro. Méritos de la crítica de Cuervo—Vindica Cuervo a Virgilio—Dificultad de traducir en verso—Literatura e historia—Cuervo, historiador—«Vida de don Rufino Cuervo»—Veracidad y utilidad de esta obra—Prólogo biográfico a un libro de Angel Cuervo—La Academia nacional de la Historia.

IMAGINAOS aquí delante de vosotros á un artista y á un comerciante. . . . El artista no sería artista si no fuera entusiasta, y el comercianta no sería comerciante si no fuera calculador. Mirad bien esas dos caras, y entre las dos lanzad la palabra fatídica *dinero* . . . . observad la transformación repentina de las dos fisonomías. Manifiestamente esos dos hombres no han comprendido la misma cosa; pues el uno hace un gesto desdeñoso, y el otro abre de par en par sus ojos inflamados de concupiscencia. Pronunciad la palabra *gloria*. . . . Cambia la decoración; el artista se inflama, el comerciante, impasible, frunce el ceño con displicencia: ¿Qué es lo que vale la gloria? ¿Pruduce algo eso?—Mostrad al comerciante el alma del artista sin velo alguno, y abrirá desmesuradamente sus ojos desvanecidos, no comprende allí nada, y mo-

viendo la cabeza, exclamará: ¡Pero esta es el alma de un loco!

Mostrad al artista el alma del comerciante, tampoco comprenderá allí nada, y con una compasión irónica y desdeñosa, dirá:—¡Oh, este es un hombre vulgar, pero muy vulgar! . . .

Contemplad, señores, desde sus fuentes misteriosas, ese inmenso río pasando sobre las generaciones humanas sus olas niveladoras. . . Y observad que sobre esa ola, que recubre cual lienzo mortuorio toda la historia, sobrenadan algunas sombras, sobreviven algunos nombres y recuerdos que el olvido no ha podido destruír. Brillan en esa noche universal, y toda la profundidad de los siglos acumulados no extingue su gloriosa luz. Contadlos. . . . son tan pocos. . . . Escuchad sus nombres. . . . entusiastas y exaltados: todos son nombres de exaltados y entusiastas.

De esta guisa tan ondulante y gaya abre las páginas de una de sus conferencias Van Tricht (1), ese mago de la fantasía y del sentimiento que con aparente frivolidad estudia problemas de levantada psicología e instruye deliciosamente, para cantar un himno a los artistas, a los que tienen alma de trovadores, a los enamorados de la belleza y la ilusión.

Y bien, ¿Cuervo pertenece a los calculadores y egoístas o a la falange de los divinos ilusos?

---

(1) *Obras amenas. Entusiasmo.*

Quien, al recorrer las páginas de su *Diccionario* atiborradas de citas, no fijare bien la consideración en el espíritu que las informa y vivifica, a buen seguro que dará en juzgar a Cuervo como un jornalero mecánico de la lengua y nada más. Y no es así; que el maestro de los estudios filológicos sentía la belleza y la expresaba, y no de una manera superficial, sino que apuraba la copa de los deleites en los festines de la literatura. No pretendemos afirmar que cultivase con asiduidad el gay saber ni otras disciplinas que caen directamente bajo el dominio de los cánones literarios: no fue poeta pero tenía alma de tal; no fue cuentista, novelador, periodista (1), viajero a lo Alincourt, Amicis, Loti, mas reveló grandes capacidades artísticas en los estudios de crítica que ponía a los libros prologados por él, v. gr. el de *Ecos perdidos*, que es una miniatura de arte, en *Noticia biográfica* de don Angel Cuervo, estudio de historia y literatura sumamente original, en *Dos poesías de Quevedo a Roma*, trabajo que apareció en el tomo XVIII de *Revue hispanique*, y sobre todo en las páginas consagradas a *Una nueva traducción de Virgilio*. Por más que abismaba a la continua su espíritu en lucubraciones entre la atmósfera polvorienta y sombría de las bibliotecas, solía airearlo en las

(1) Cofundó *El Tradicionista* y fue miembro de la Junta directiva, pero no escribió sino artículos literarios.

laderas primaverales del Olimpo, conducido por Virgilio como Dante o por un coro reidor y caricioso de musas que se encargaban de sacarlo del templo de Minerva. Hablando de sus viajes por Europa manifiesta lo siguiente (1):

> Quien una vez ha saciado el espíritu contemplando la Gioconda, y la Venus de Milo, y San Pedro, y el Partenón, y la Alhambra, siente, al pensar que acaso nunca los volverá á ver, tal nostalgia de arte y de belleza, que renunciar á ello le costaría tristeza y soledad capaces de acabar con la vida del sentimiento.

En otro lugar (2) deja ver sus aficiones estéticas discurriendo acerca de las bellezas de estilo, por esta comparación:

> Es cierto que la antigüedad es venerable, pero se entiende de la antigüedad verdadera, no de la ficticia: porque las injurias del tiempo en la *Cena* de Leonardo de Vinci produzca una impresión de profundidad indefinible en el ánimo del que la contempla, no se deduce que un pintor moderno alcance á lograr el mismo efecto fingiendo menoscabos en su tela ó haciéndolos reales.

Otra prueba de que Cuervo apreciaba los primores poéticos (3):

---

(1) *Cómo se evapora un ejército. Noticia biográfica.*

(2) *Dicc.* Intr. XXIV.

(3) *Dicc.* Intr. XXXIV.

> Hay escritores privilegiados que adivinan en cierto modo el habla que dominará años después, otros guardan religiosamente las tradiciones de su infancia; y al cabo, el desenvolvimiento general del idioma es paulatino, si bien en algunas circunstancias parece aligerarse. Jorge Manrique, por ejemplo, produjo, en 1476, versos de una suavidad comparable á la de Garcilaso, mientras que Gonzalo Fernández de Oviedo, nacido en 1478, escribía á mediados de la centuria siguiente con poca diferencia como el cronista de Fernando é Isabel.

A cierto admirador que visitó a Cuervo en París, díjole éste como resumen de la conversación:

> Para hallar algo bueno en la poesía mística es menester remontarse hasta Fray Luis de León y descender hasta don Belisario Peña.

En cambio, este altísimo poeta le escribía a 1.º de Abril de 1904 desde Quito los siguientes conceptos:

> He dejado para lo último hablarle de la viva impresión que me hizo esa delicada alusión de usted, al hablarme de la hoja que cayó del árbol que sombrea el busto del insigne Bellman, hoja que recogió usted para evitar que se volviera polvo. ¡Qué corazón tan dulcemente delicado es el de usted! ¡Qué alma de poeta la que tiene silenciosa para el canto

por estar abstraída en el océano de la ciencia! El brillo de su imaginación se descubre en todas sus obras; pero esta historia me ha revelado cuan grande es el mundo de sensibilidad que se atesora en su corazón. Bendito sea Dios en sus magníficas obras.

«El verso, por más importancia que se le dé a la forma, no es toda la poesía», escribió Cuervo respecto a la *Nueva traducción de Virgilio;* fórmula que explica cómo las prosas poéticas actúan en el espíritu tanto como las estrofas más rimadas y ritmadas.

Reproduzcamos una de las últimas cartas suyas:

Paris, 16 de Febrero de 1911—18 Rue de Siam.

Señor don Diego Uribe—Bogotá.

Señor mío y de mi mayor respeto:

Muchos años há que el nombre de usted me es gratísimamente conocido, y recuerdo con particular agrado los ratos de placer que me proporcionaron algunas composiciones de *Margarita*, que me mostró nuestro pobre amigo Buitrago, cuando se estaba imprimiendo el volumen. Ahora que las vuelvo a ver en el ejemplar que ha tenido usted la bondad de enviarme, con tan afectuosa dedicatoria, se recuerda aquella impresión, y muy de veras doy á usted el parabién de haber empleado tan noblemente sus altas dotes de poeta y de escritor.

También he leído ya parte de *Hielos*, hallando la misma mano diestra que graba en estrofas de alabastro pensamientos, ya tiernos, ya severos, siempre propios de un alma tan sensible como elevada.

Gracias mil por el precioso obsequio; y cuente usted con la ya inútil amistad de su antiguo admirador y servidor devotísimo,

RUFINO J. CUERVO.

Echaráse de ver por esto que poseía una de las cualidades principales del crítico, el sentimiento del arte, el conocimiento de los valores literarios y el mérito de la forma que guían al hombre de talento a emitir juicios en materia de literatura artística mediante una técnica sentida, que así evita las arideces de la ciencia como se mueve con amor hacia los tesoros de la justicia y de la imparcialidad. Tratándose de arte, el arte reclama prominente lugar, y si conviene no estar desposeído de lo trascendental y profundo, se necesita de toda necesidad sentir el perfume de lo bello, percibir el lampo de luz lejana, recoger el eco de la sinfonía armonizada en los secretos del tiempo en combinación con el sonido; y por eso, aunque Cuervo no era versificador, conocía la poesía del alma, la emoción divina del pensamiento, porque tenía en la lira de su corazón fibras lu-

minosas, impalpables, que sabían tañer el himno de la belleza.

Refrendemos por fin nuestro desopinado juicio con el de un hijo mimado de las musas, el tan mentado Gómez Restrepo:

> Como crítico, su estudio sobre el Virgilio del señor Caro y los juicios literarios que ocasionalmente formula en trabajos de otra índole, demuestran que en este género hubiera podido dejarnos algo tan bello como el libro que Littré tituló *Literatura e Historia.* Era poeta por el sentimiento, y no desconocía la técnica del arte, pues también, a semejanza de Littré, tomó más de una vez la lira en sus manos, aunque la pulsó con timidez. Se solazaba con la lectura de los grandes poetas. En alguna ocasión me escribió que para descansar de sus faenas habituales iba a pasar algunos días en el campo, llevando en la maleta, como compañía, las obras de Leopardi y las de Sheley, para leerlas y compararlas una vez más. Su afición al arte era tan profunda, que en más de una ocasión le oí decir que si tuviera que alejarse de Europa, uno de sus mayores motivos de pena sería el considerar que no volvería a apacentar sus ojos con la contemplación de la Gioconda y de la Concepción de Murillo, de la Venus de Milo y de las catedrales góticas.
>
> El estilo del señor Cuervo tiene esa suprema sencillez, llena de elegancia, a que sólo

pueden aspirar los escritores próceres. Su palabra era exacta expresión del pensamiento; y éste se movía, con porte señorial, en los amplios períodos, feliz unión del estilo clásico y del giro moderno.

Cuando lee uno la introducción al *Diccionario* o el prólogo de las *Apuntaciones*, le parece ver dilatarse el curso de uno de esos magnos ríos, de aguas serenas, no enturbiadas por el tributo tumultuario de corrientes impuras, y que en su majestuoso giro fecundizan la tierra, copian las sinuosidades del camino y reflejan el esplendor del cielo.

El señor Cuervo ponía el sello de perfección en todo cuanto escribía, fuera un estudio filológico, un trabajo crítico o una carta familiar. Si su correspondencia íntima se publicara, se encontrarían allí preciosas perlas de sentimiento; ideas profundas expuestas como al desgaire; rasgos llenos de sal, en una palabra, modelos de un género que no es de los más favorecidos en la historia de las letras españolas.

Recuerda el señor Cuervo, como prosista, a los grandes maestros del siglo XVIII, en cuyas obras se admira la ponderación del pensamiento y de la forma; la nitidez y precisión de los juicios; una sencillez aristocrática, que a veces se roza con lo familiar, pero que deja una impresión de nobleza: tal es la prosa más intelectual que imaginativa, de Capmany, de Forner, de Quintana y del gran Jovellanos, que me parece

fue uno de los autores predilectos de nuestro bogotano.

Traté de cerca al señor Cuervo, hace cosa de veinte años, cuando él estaba en los umbrales de la edad madura y yo podía hablar con pleno derecho de mi juventud. Antiguas relaciones con mi padre me dieron fácil entrada en la casa del sabio, quien me acogió con cariñosa benevolencia, y después de colmarme de atenciones, se empeñó en que yo le franquease mis ensayos poéticos, casi infantiles, para publicarlos en un pequeño volumen. Y no sólo se encargó de dirigir la edición, que resultó, como era natural, un primor tipográfico, sino que se dignó enlazar los hilos de oro de su estilo a la tosca trama de mis versos, y los autorizó con un prólogo, todo benevolencia, que considero como un timbre de mi vida literaria. ¿No pintan estos rasgos el alma de un hombre?

Recuerdo, con esa dulce melancolía que nos inspira el bien que no ha de volver, los días que pasé con él en la estación veraniega de Aix-les-Bains, cerca del lago de Bourget, inmortalizado por Lamartine. Iba él allí por prescripción médica, y yo por buscar su compañía y también por ese entusiasmo romántico que nos impulsa a recorrer los sitios que han hecho célebres el amor y la poesía. En el gran Casino, único centro de reunión en aquel pintoresco rincón de Saboya, solíamos pasar las horas del medio

día y las primeras de la noche. Llegaba el señor Cuervo siempre sonriente y con una palabra de agrado en los labios; buscaba un sitio algo retirado y allí departíamos largamente, junto con don Angel y otros dos compatriotas, sobre temas y recuerdos de la amada Colombia. Entre tanto, en aquel vasto y espléndido recinto, se agitaba el enjambre humano que acude a estos lugares de veraneo. . . . Cuervo permanecía extraño a esta agitación febril. . . . Sólo se interesaba cuando había algún espectáculo artístico; como en cierta ocasión en que se celebró un concierto, bajo la dirección del célebre Thomas, el autor de la ópera *Mignon*.

Ni sobre el idealismo de Cuervo ni sobre los caracteres predominantes de su estilo cabe ya añadir algo que sea nuevo. Por lo demás, acerca de las incorrecciones y los galicismos que perpetra, al decir del P. Mir y Noguera, llevamos dicho lo suficiente en su descargo. Todos lamentamos las irrupciones modernas de los bárbaros; empero, debido a la verdad que entraña el dicho de Aldrete (1): «Las lenguas son como los imperios», delinquimos todos. El mismísimo Menéndez y Pelayo, quien declamaba (2), «la lengua castellana padece por novedad frases horribles», es arrollado por

(1) *Origen de la leng. cast.* Lib. 2, cap. 6.
(2) *Discurso académico* de 1866, pág. 65.

la fuerza de la novedad; sólo que unos delinquen con ciencia y otros sin conciencia; unos en las voces, otros en el régimen y la construcción. En todo caso, como haya cosas que ignoramos, conviene y convendrá ser benignos. Mir y Noguera, el nunca bien ponderado filólogo, rival de Cuervo, incansable rebuscador de bellezas lingüísticas, pone de vuelta y media por incorrectos a muchos, muchísimos escritores del siglo pasado; a Selgas le critica, v. gr., que en unas pocas líneas de la página 35 de *Luces y sombras* repite el verbo *ser* diez y ocho veces, y él no cae en la cuenta de la inarmonía con que empieza su *Prontuario de hispanismo y barbarismo:*

> *In*troducci*ón*—*Inten*to pr*in*cipal—Qui*en* haya puesto los ojos *en* la portada de este libro, no habrá podido menos de p*en*sar *en*tre sí (?) como *en* nuestra edad *en* que *tan* favorecido *an*da el castizo l*en*guaje....

Otra prueba de que Cuervo gustaba de la literatura nos la suministra Antonio Rubió y Lluch (1):

> Como íbamos diciendo, uno de los escritos con que acreditó don Rufino José sus dotes de literato es el encaminado á realzar las bellezas que Caro produjo en la traducción de

(1) *Carta al director de La Nación.* Febrer. 1889.

las obras virgilianas: *Obras de Virgilio traducidas en verso castellano, con una introducción y notas,* por M. A. Caro. Bogotá, Tomos I y II. 1873. El III fue publicado en 1876. Como tributo de sincera amistad y más que todo como acto de justicia al mérito, analizó el señor Cuervo la obra de su amigo, sorprendió en ella y nos reveló notables bellezas y tuvo el acierto de publicar su extenso juicio crítico en el *Anuario.*

Habla un ilustre publicista (1):

Apareció con el mote de *Una nueva traducción de Virgilio* la ponderada y sin duda más profunda crítica de la versión del Mantuano coronada por don Miguel A. Caro en 1873: un Arcade para otro Arcade. Ni Saint Beuve ni Macaulay volarían con más vuelo.

Bríndasenos otra vez la ocasión de ver en las páginas de nuestro trabajo unidas las dos figuras literarias más excelsas de Colombia: Cuervo y Caro. En el eminente pedestal de la gloria destácase éste como concepción sumaria del numen, y dentro de los lineamentos generales del grupo, aparece Cuervo coronándolo con la corona triunfal de los elegidos y traduciendo con una sonrisa de aplauso la placidez sublime de su espíritu que celebra la apoteosis del verbo hecho Caro. No se envidiaron, antes al contrario, se ayudaron

(1) Obdulio Palacio Muñoz. *Anuario*, t. II, pág. 341.

a ser grandes; por eso predomina la nota de la alabanza mutua en sus obras, y mucho más en su correspondencia privada: si Cuervo le ofrenda este trabajo crítico de alabanza, y en la introducción del *Diccionario* afirma que, después de haber tratado su amigo del *uso* del lenguaje, le da miedo tratar el mismo asunto, y manifiesta que Caro le había dado bondadosamente muchos apuntes y notas; Caro, en cambio, pregona en *Gramática.... parda* que «Cuervo.... es lumbrera de la filología no sólo en América sino en Europa; y lo decimos a boca llena, con convicción profunda, no sólo sin pesar, por lo que a nuestra pequeñez toca, sino con legítimo orgullo, porque esta estrella fija que sobrevive a los meteoros y a las luciérnagas es nuestro amigo, es nuestro compatriota, y esa gloria científica es gloria de Colombia». Además, ningún lector de las obras de don Miguel Antonio desconoce que *Traducciones poéticas*, libro estampado en 1889, lleva impresa en la primera página esta dedicatoria:

Al señor don Rufino José Cuervo con el deseo de hacerle por este medio compañía en horas de descanso robadas a su labor monumental, como recuerdo de amistad y testimonio de gratitad, dedica y envía este Florilegio

EL AUTOR.

Con el título de *Apoteosis de Caro y Cuervo* salió en la *Revista del Colegio mayor del Rosario* un artículo que dice:

El Cuerpo legislativo de la Nación, por medio de dos leyes distintas, ordenó la erección de sendos monumentos en la capital á las memorias agregias de MIGUEL ANTONIO CARO y de RUFINO JOSÉ CUERVO. Jamás se había mandado honrar con el homenaje supremo del bronce á hombre alguno tan á raíz de la muerte. Es esta la primera vez que se alzan estatuas, á costa del tesoro público, á ciudadanos no revestidos de glorias militares. . . .

Los nombres de Caro y Cuervo son inseparables en la mente y los labios de todo colombiano, de todo americano letrado, de todo el que conozca la literatura castellana. De niños, los aprendimos á leer juntos en la portada de la *Gramática latina;* inseparables son en todo estudio filológico ó literario, y cuando se trata de ensalzar las glorias de la amada patria colombiana; como andan pareados en todo libro español los nombres de los Luises, los de Rioja y Rodrigo Caro, los de Lope y Calderón. . . .

. . . . Identificados anduvieron en ideas, en creencias, en opiniones, en labores, admirando cada uno los méritos del otro, olvidando los propios. Más tarde, el monstruo de la política los vino á separar, y eso que tenían una misma fe religiosa, unos mismos

principios en lo tocante al régimen del Estado.

Poco antes de que partieran de este mundo, reanudaron relaciones cordiales, como si hubieran presentido la muerte y se hubieran dicho: no podemos andar divorciados en vida, puesto que en breve nos han de unir dos glorias: la que nos tributará la patria agradecida en la tierra, y la que nos concederá Dios justo y misericordioso en el cielo (1).

Séanos permitido acotar un artículo de *La Sociedad* debido a R. Jiménez Triana (2):

Los colosos. Los señores doctor Rafael María Carrasquilla, doctor Nicolás Esguerra, doctor José Vicente Concha, doctor Hernando Holguín y Caro y don Julio Caro forman la Junta encargada para proveer lo conveniente para la erección del monumento al traductor de *Virgilio*, y los señores don Marco Fidel Suárez, doctor Rafael Pombo, doctor Eladio C. Gutiérrez, doctor Miguel Abadía Méndez, doctor Emiliano Isaza y doctor Carlos Cuervo Márquez constituyen la encargada del monumento que ha de erigirse al autor del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. . . .

Caro y Cuervo, á la vez que el resumen de las condiciones espirituales de un pueblo; á la

(1) Abril 1.° de 1912.

(2) 12 de febrero, 1912.

vez que perfecta cristalización de la potencia psíquica de una raza, son un alto ejemplo de lo que pueden el amor á un ideal y una lección elocuente del poder irresistible de la voluntad educada en las severas disciplinas de la ética cristiana.

Para Caro y para Cuervo la vida tuvo un noble objeto, la actividad un fin determinado; el deseo un punto de mira muy por sobre las voluptuosidades del egoísmo, muy por encima de las miserias dolorosas de la envidia.

Uno y otro se impusieron á la veneración y al amor agradecido de compatriotas y extraños, con el solo desenvolvimiento de sus energías, y uno y otro fueron á tocar al templo de la inmortalidad en la honrosa soledad de sus méritos. Cuando en la gloria del bronce se alcen majestuosas y proceras las venerables figuras de Caro y Cuervo, ante ellas desfilarán con respetuoso cariño las generaciones futuras. Cuando ya la página del tiempo haya dado tintes legendarios al perfil romano de Caro y al perfil teutón de Cuervo, los descendientes lejanos, de quien tan sólo para rendir culto á la memoria de esos grandes hombres no somos impotentes, contemplarán asombrados las estatuas de aquellos colosos.

Virgilio apostrofó a Niso y a Euríale, que se amaron heroicamente hasta morir:

Fortunati ambo: Si quid mea carmina possunt
Nulla dies unquam memori vos eximet aevo.

Hé aquí también la última palabra sobre la constelación más amable y resplandeciente del cielo de las colombianas letras.

Pues bien, don Rufino José, al proponerse analizar la obra de Caro, llevaba las mejores disposiciones y una preparación literaria que lo capacitaban para llegar a recibir de manos del dios-éxito la palma de los inmortales: nos referimos a su alma noble, a su corazón de artista y al conocimiento profundo de los poetas latinos, griegos y castellanos. «Para gustar la sencillez clásica de Homero y Fray Luis de León hemos tenido que prepararnos con muchos y variados estudios».

Da principio al trabajo por estudiar el hecho contenido en el verso de Campbell.

This distance lends enchantment to the vierw,

y la poca veneración con que miramos lo nuevo, que reputamos fugaz y engañoso «como los aparentes lagos del desierto», al contrario de lo antiguo, con cuyo recuerdo se apacienta nuestra fantasía viendo «risueñas perspectivas en lo venidero». Las obras de arte antiguo brindan particular deleite, y «en la ruina de esperanzas e ilusiones que nos circundan se asemejan a aquel laurel, *veterrima laurus*, a que se acogió la familia de Príamo, y que

presenció la caída del infortunado rey, después de haber sido testigo de las grandezas de sus mayores». Cada época y cada pueblo tienen su modo de concebir la belleza y expresarla, y por eso «no ha podido menos de suceder que sus obras salgan a luz, como los rebaños de Jacob, con los colores que las rodearon al engendrarse». «Por aquí se echa de ver con cuánta razón se ha dicho que saber dos lenguas (literariamente se entiende) es tener dos almas, y se comprende cómo los poetas antiguos no pueden llegar a ser populares».

Luego entra a notar uno a uno los primores de la traducción «del rey de nuestros modernos traductores de Virgilio», según frase de Menéndez y Pelayo (1), y aduce algunos lugares selectos de poesía bucólica con los cuales se demuestra de paso que Cuervo tenía *gusto* literario:

¡Oh anciano muchas veces venturoso,
Tú en medio reclinado
De estas fuentes sagradas conocidas,
Gozarás en reposo
Airecillos fragantes a deseo;
Mientras la flor de salce en el cercado
Libando, en torno del panal hibleo,
Las doradas abejas

(1) *Adiciones a «Horacio en España». Traductores americanos.*

Con zumbido te duermen regalado:
Dará a los vientos su cantar, subido
El podador en la vecina loma;
Y desde el olmo con sus blandas quejas
Tórtola amante halagará tu oído,
Y con sordos arrullos la paloma. (Egl. I).

En seguida aparta un trozo del elogio de la vida campestre tomado de las *Geórg.*, lib. II, y otro del lib. III.

Acabando de copiar estos bellísimos lugares —dice—en que campean la frase y la verisificación castellanas en toda su gallardía, empiezo á dolerme de no haber citado otros, pues especialmente en las Geórgicas la traducción tiene tanto mérito que no sabe uno qué trozo es más feliz.

Después de ensalzar el acierto con que Caro traduce la *Eneida*, contenida en el tomo II, hace alto y pónese a defender a Virgilio de los cargos que le dirigen como plagiario y falto de originalidad.

Recuerdo que Cantú cita tres idilios, uno indú, otro griego, otro árabe, de iguales proporciones, en que se desenvuelve un mismo pensamiento; y si entre poetas de naciones que ninguna comunidad inmediata de ideas han tenido, se hallan sorprendentes coincidencias, ¿Qué mucho que Virgilio, formado en el estudio de los griegos, acostumbrado á sentir y pensar como ellos, brotase inconscientemente bellezas de la misma escuela?

Inmediatamente desenvuelve atinadas razones sobre la originalidad, y exorna lo dicho así:

> La imitación servil y estéril es la que merece el ceño de la crítica: nadie tildará de plagiario al que ideó el capitel corintio por ver el canastillo de flores entre las hojas de acanto, ni habrá fuerza de eruditos gigantes que arranque á Rafael su aureola de gloria porque imitó á Giotto en la Transfiguración.

Si don Rufino José hubiera criticado la obra completada con el volumen tercero, hubiera visto lindezas y vindicaciones oportunas sobre el vate latino, porque Caro dotó este tomo de una introducción amplia, perspicaz, soberbia, en la que, aprovechándose de las investigaciones críticas de Ribbeck, de Conington y de otros autores, analiza y aclara puntos de las obras de Virgilio relacionados con la vida del poeta, encadena con vínculos cronológicos y morales las *Eglogas*, la *Eneida* y las *Geórgicas* y estudia las relaciones entre el poeta y Octavio, su Mecenas. A veces disiente de Ribbeck y Conington y por su propia cuenta discurre, y como el señor Caro es perseguidor de la perfección científica, por eso no vacila en corregirse y ampliar el *Estudio preliminar* que puso en el tomo primero.

Gran complacencia debió de sentir con el reconocimiento que hacía de su ardua tarea

un sabio como Cuervo al confirmar lo sentado por el Brocense (1) acerca de que tiene más mérito el traductor bueno que el autor: *maioris esse semper crediti diligentiae aliena scripta retexere quam nova propio Marte componere.*

Don Miguel Antonio declaró (2):

> El arte de traducir en verso, á cuya perfección concurren dotes de naturaleza, activo ejercicio y reflexiva observación, no obstante ser ramo importantísimo de la literatura y de la poesía, ha sido de ordinario mirado con desprecio, como servil y mecánico, ó con indiferencia, como entretenimiento enteramente caprichoso.

Ni queja de interés personal ni menos ansias solapadas de aplauso motivó esta frase escrita en 1889 por aquel hombre tan ponderado diez y seis años antes por la del doctor Cuervo y por las más levantadas plumas de Europa, sino que es la declaración de un hecho que han experimentado los que a esta laya de trabajos hanse dedicado para recibir después por pago el desdén cuando no la recriminación, piedra pómez de las letras que esteriliza los brotes del talento. Cuervo justifica esta sentencia explanando las causas que suelen dificul-

(1) *De auctoribus interpretandis.*
(2) *Traducciones poét.* Intr.

tar el éxito de las traducciones, mayormente cuando se trata de lenguas cuyos cultivadores manejan procedimientos distintos. En efecto, «saber una lengua es lo mismo que saber las ideas, la historia de una nación», y Virgilio fue la personificación de un pueblo cultísimo.

Las metáforas del lenguaje figurado tienen en cada país su genio y fisonomía: entre las polvaredas de estruendosas hecatombes del latín nació nuestro idioma.

Pero esta dificultad, que al cabo no reside sino en ciertos pasajes, es insignificante comparada con la que resulta de la diferencia orgánica de las lenguas: sintéticas las clásicas, dicen mucho en pocas palabras, condensan el pensamiento, y á veces sólo producen en el alma como una vibración que, multiplicándose, magnifica; analítica la nuestra, como lo son sus congéneres, todo lo define y particulariza, presentando la idea cual en un espejo para que en la mente de los demás se refleje ni más ni menos que se concibió en la de su autor; por lo cual hay el riesgo de desvanecer en castellano un cuadro que en latín ó en griego es vigoroso y enérgico, tal como si la misma cantidad de color se extendiese en mayor espacio de lienzo.... Sucede además, que las lenguas sintéticas ofrecen de por sí mayor campo á la exornación, y por eso es necesario muchas veces al pasar de ellas podar sabiamente el

texto, no sea que en la traducción aparezca el pensamiento original ahogado entre un vicioso follaje.

A continuación aclara esto con pasajes tomados de los traductores Iriarte y Hermosilla, y concluye con lo de que «una extremada fidelidad es una extremada infidelidad».

Advierte el crítico que «el verso, por más importancia que se le dé a la forma, no es toda la poesía», y de aquí origínase nueva dificultad y nuevo éxito para los traductores que han de ser no sólo versificadores sino poetas en el sentido comprensivo del vocablo; el metro y la rima son lo que el rocío a la flor, pero el rocío sin un rayo de luz que lo irise no cobra mérito. Cabe otro engaño: se nos antojan los originales de lengua extraña más bellos que traducidos en la nuestra; «cosa naturalísima, pues no estando familiarizados con sus expresiones, ni estando éstas desgastadas para nosotros en el uso cotidiano, nos parecen mucho más expresivas y vigorosas; sin que deje de influír el particular deleite que, tras el fastidioso estudio de los elementos gramaticales, nos causa entender un pasaje, lo cual lo esculpe gratamente en la memoria, lo mismo que sucedería a un amante con la primera sonrisa que su amada le dio en pago de largos obsequios».

Luego parangona trozos vertidos por Caro con los de otros traductores y pone de manifiesto la superioridad del literato de Colombia; elogia también su lenguaje como rico, variado, puro y matizado de arcaismos y neologismos discretos.

> ¡Envidiable dicha—termina—la que con tamaña laboriosidad y grandeza de alma ha logrado nuestro compatriota! Yo por lo menos no adivino otra mayor que salvados apenas los términos de la juventud, ganar un nombre que, apareado con los de León, Delille, Dryden y Voss brillará por siempre en el monumento que la admiración de los siglos ha levantado al más dulce, al más cristiano poeta de la antigüedad gentílica.

¿Virgilio poeta cristiano? Cuando Cuervo lo afirma, no es a humo de pajas.

Su crítica se orienta en un sentimiento religioso profundísimo, de donde le vino la justicia con que documenta las afirmaciones en honor del autor y del traductor de la *Eneida*, pues Virgilio, viviendo en las sombras del gentilismo, tenía el alma iluminada por un rayo de luz que procedía del Verbo, del Verbo que causa toda belleza, inspira el arte y mueve el ritmo interno del verso, y en la *Eneida* se manifestó el gran poeta precursor de muchos conceptos fundamentales de la moral del Evangelio, con criterio espiritualista, y como aisla-

do en medio de una atmósfera pagana; así es que cabe se le llame poeta cristiano a lo Byron, Leopardi y Sully Prudhomme, a pesar de su irreligión, y de aquí la simpatía de Cuervo por aquel monumento épico de la antigüedad tan magistralmente vertido por Caro, monumento que algunos sabios como Boisier, Guillermo Ferrero, Saint Beuve y Shairp, califican de epopeya religiosa, y al protagonista Eneas como un símbolo de la elevación futura del hombre, a la manera que el *Quijote* encarna el pensamiento de una nación llamada a ser en lo moral lo que el Imperio de los Césares en lo político; y por eso también que no emplee Cuervo criterio de gramático sino de filósofo, esto es, que se deje llevar de las bellezas internas de la versión, más que de la versión misma.

Y bien, ¿cómo recibieron los literatos la crítica sobre esta traducción virgiliana? Responde por todos el señor Menéndez y Pelayo (1):

> La traducción de Caro ha sido ampliamente juzgada en dos estudios *notables*, uno de don Rufino José Cuervo, *egregio latinista*. . . . y otro de don Juan María Gutiérrez.

Aun tiene el doctor Cuervo otro punto de vista en que puede ser estudiado por sus admiradores: sus obras de carácter histórico,

---

(1) *Homenaje de «La Nación» al señor don Miguel Antonio Caro*, pág. 55.

que son *Vida de Rufino Cuervo y Noticias de su época* por Angel y Rufino José Cuervo, y también *Noticia biográfica de don Angel Cuervo.*

A la manera que los literatos y los calculadores no se entienden, así los historiadores y los poetas se bienquieren con legítima correspondencia. Hase observado que la poesía anda de morro siempre con las matemáticas, de modo que la historia muy raros casos nos brinda de varones ilustres en quienes compartan la hegemonía entrambas disciplinas; un literato que brille en la ciencia del cálculo, resulta un fenómeno que vive fuera de la normalidad de los hechos experimentados; la fantasía y el sentimiento son dos alas que transforman al trovador en ave canora; el cálculo y el negocio son dos ruedas del carromato de la prosa. Para un Echegaray, ingeniero muy perito en cálculos y números, profesor de ciencias físicas, que ha logrado el premio de Nobel por sus triunfos literarios, y para un Rafael Pombo, ingeniero también y el primero de los vates coronados en Colombia, existen mil poetas y novelistas y críticos de arte, de mérito sobresaliente, para quienes los elementos aritméticos son jeroglíficos que aprendieron y retienen por la necesidad de no poder menos. Como el escafandro con que se arma quien bucea en el océano, así es para el poeta la ciencia con que obra el matemático y algebrista: al contrario, de bracero van por

esos mundos de la gloria la historia y la literatura; el que empieza por poeta siente presto vocación de historiador y vive y muere cantando y descubriendo en los anales de la humanidad argumentos de recóndita psicología para desarrollar el programa de levantado magisterio que a todo vate le ha tocado en suerte. Hay muchos Littrés, muchos Macaulays, muchos Galdós, porque la literatura y la historia son dos primas hermanas nacidas reinas de la humanidad, que se reencarnan en algunos corazones para perpetuarse mientras el mundo necesite de la ilusión como estímulo de la vida, y de la historia como ejemplo de nuevas heroicidades.

No queremos recontar aquí los no pocos descubrimientos históricos que Cuervo realizó por medio de la bibliografía a causa de los cuales ha merecido bien de la cultura española y latina en general; solamente y por vía de muestra, copiamos lo que dice el cubano Enrique Pineyro *(Hombres y glorias de América)* en el estudio titulado *El Centón epistolario y la crítica americana.*

> Gayangos previó en sus ediciones á la traducción de Ticknor que el día que algún crítico se pusiese á estudiar los giros y modismos del *Centón,* analizar su sintaxis y compararla con la de otros escritores de la época, tendría que caer por tierra el principal argu-

mento de los admiradores tenaces del falso físico del rey don Juan.

Nadie en España á pesar de la oportuna sugestión se animó á emprender lo que sin duda había de ser ímproba tarea. En nuestros días, por fin, un sabio hispanoamericano no se ha arredrado ante la dificultad y la ha vencido definitivamente, aunque de paso y como simple incidente de empresa más grande y complicada á que estaba consagrado.

Preparando el señor Rufino José Cuervo los materiales de su admirable y único *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, consideró de previo y especial pronunciamiento, para usar el término forense, el punto de aceptar ó rechazar como lengua literaria corriente del siglo XIV los vocablos, giros y modismos de que no se conociera otro ejemplo que el texto del *Centón epistolario*. La opinión de Amador de los Ríos debía, no obstante su evidente superficialidad, detener á un lexicógrafo escrupuloso, y decidió prudentemente instruír el proceso y ventilar la duda. El fallo queda pronunciado en estos términos concluyentes: «Para cualquiera que lo examine con detenimiento, el *Centón* es un zurcido de voces y locuciones de distintas procedencias....

.... La supuesta edición príncipe de Burgos, 1499, fue indudablemente impresa en Italia por cajistas italianos que cayeron en multitud de errores característicos. Resulta más: que el autor de la falsificación debía también vivir

en esa región y practicar corrientemente la lengua italiana; así fue que al aplicarse á estudiar el habla antigua de Castilla con objeto de imitarla y urdir *su pasticcio*, confundió de la manera más curiosa palabras italianas contemporáneas con voces antiguas castellanas, acabando por no distinguirlas entre sí, y por formar con unas y otras la trama de su lenguaje, que viene á parar en ser la cosa más extraña y abigarrada del mundo. De esos italianismos, innecesarios y nunca vistos en otro libro español del siglo XIV ni de los siguientes, cita Cuervo más de cuarenta ejemplos dispuestos en orden alfabético. Descubre, además, multitud de locuciones y construcciones completamente ajenas de la propiedad castellana, y copia también un buen número. Entre ellas es de notarse el uso del *ka*, que llamó desde el principio la atención de Ticknor, que Amador de los Ríos defendió, de que reúne Cuervo más de una docena de muestras para probar que es giro peculiar del fingido bachiller de Cibdarreal, incompatible con el uso de Castilla.

También ha cotejado cuidadosamente el distinguido filólogo colombiano la Crónica de don Juan II con el Epistolario, y aparece de ese careo, como dice, que la Crónica misma con la naturalidad de su estilo denuncia las clases extrañas, impropias é incorrectas á que el zurcidor ha tenido que apelar para disimular un poco el origen de lo que iba copiando. El *Centón*, por consiguiente, es pla-

gio de la Crónica; así puede afirmarse después del análisis de Cuervo con pleno conocimiento del asunto, sin haber lugar para reserva ó atenuación alguna en el pronunciamiento.

Es un antiguo vacío en la historia de la literatura que ahora queda perfectamente lleno. El señor Cuervo ha vertido abundante luz sobre un punto que para algunos, á causa de Amador de los Ríos, podía ser aún materia oscura y controvertible. Quizás no falte todavía quien discuta si fue ó no don Antonio Vera y Zúñiga el que fabricó el texto espurio, ó si lo mandó fabricar, ó si algún otro lo maquinó figurándose complacerlo; cuestión de importancia mucho menor, aunque la verdad es que todos los datos y las más lógicas deducciones concurren á convencer del cargo al susodicho personaje. Pero nadie deberá creer en la existencia de un bachiller de Ciudad Real antor de las cartas que durante más de dos siglos corrieron bajo su nombre, ni mucho menos forjarse la extravagante ilusión de hallar en ellos «el carácter vago, indeterminado y contradictorio» de la corte del rey don Juan II, sobre todo si se tiene á mano la Crónica auténtica para conocer mejor la historia de aquellos tiempos calamitosos, y descubrir que lo uno no es más que pálido trasunto de lo otro, con numerosas equivocaciones y mentiras por añadidura.

Pero Rufino J. se presenta a la posteridad como historiador en el sentido más estricto. En la *Vida de Rufino Cuervo*, publicada en París en la casa de A. Roger y F. Chernoviz, año 1892, y que forma dos volúmenes de X-506 páginas el primero y 576 el segundo, trazó con mano maestra y en colaboración con su hermano Angel la vida de su padre, que actuó en una época de trascendentales agitaciones políticas y de transición, cuando se buscaba en las entrañas de los hombres sangre para bautizar nuevas instituciones. El prólogo pregona que este personaje «tuvo parte no pequeña en los sucesos de su época, y su nombre aparece por más de veinticinco años entre los defensores de una libertad moderada y razonable fundada en el orden legal, y entre los conservadores e iniciadores de casi todo lo bueno y útil que recibió en herencia la generación a que nosotros pertenecemos. Figuró como poderoso auxiliar en la organización de la Nueva Granada y estuvo siempre pronto a apoyar o plantear toda idea de progreso; promovió con ardor la educación pública, creando establecimientos de educación primaria y secundaria, e introduciendo en todos sus ramos las más benéficas reformas; como escritor público empezó joven todavía a propagar sanos principios en literatura y en política, combatiendo la dictadura con la misma entereza que en sus

últimos días los atropellos de la demagogia; a su patriotismo más que a ninguna otra cosa debe la República la conservación de una de sus provincias; su desprendimiento, cultura y amenísimo trato, con la constante disposición para agradar, obsequiar y servir, le granjearon dilatadas relaciones, y han traído hasta hoy su memoria vivificada con sentimientos de gratitud y aprecio».

Aquel es buen historiador que dice la verdad, toda la verdad. Angel y Rufino José muy bien la dicen, y, aunque desenvuelven con amplitud lo encerrado en el lacónico párrafo que acabamos de transcribir, y se espacian estudiando las ideas y los hombres contemporáneos de su padre, y el amor filial les tira de la lengua para que ensalcen demasiado al biografiado, van paso a paso por el camino de los hechos públicos interpretándolos con sano criterio y sin torcerlos un ápice. Dieron gran desarrollo al plan ya para delinear a su sabor la figura principal «como piadoso homenaje», ya para poder tratar de otras figuras que, aunque secundarias, no debían quedar confundidas y borrosas, sino con proporciones monográficas al tenor de los méritos de cada una; es decir, desprendieron a su padre de la historia general, haciendo que la historia general le sirviera de fondo. Al cantar las proezas del progenitor, dejan que se entreoiga algo

así como el himno nacional. Originan la abrumadora veracidad que informa esta obra los documentos inéditos consultados, ya que prometieron los autores reunir la copiosa correspondencia inédita de su padre, y con esto formar el epistolario que saldría como tercer volumen de la *Vida*, pues los periódicos políticos de oposición abultan y deforman las cosas, la prensa amiga del mandatario no puede revelar muchos detalles y circunstancias, y de ahí que uno de los instrumentos muy fehacientes de las biografías sea la correspondencia epistolar auténtica.

Así, para aprovechar esto, como los demás documentos, hemos procurado pesarlo todo y comprobarlo con desapasionada crítica, llevados por el particular designio de dar á conocer lo que pensaron nuestros mayores y las causas que los movieron, más bien que lo que pensamos y opinamos nosotros. Al llegar á este punto y releer las páginas antecedentes, nos sentimos como sobrecogidos de espanto, viendo el pavoroso cuadro que hemos trazado, y nos acomete el temor de que alguien nos acuse de haber faltado al candor histórico, dejándonos arrebatar por el empeño de acriminar á un partido político, hasta el punto de no poner sino sombras y olvidar los puntos luminosos. Sin embargo, serena nuestra aprensión el convencimiento de no haber escrito cosa alguna que

no esté apoyada en documentos fehacientes, con el testimonio de los que presenciaron los sucesos y con nuestros recuerdos personales. Por otra parte, visibles quedan aun las ruinas que atestiguan el gran desastre que entonces padeció nuestra patria; y al escribir la historia, no es culpa del historiador si sólo se ofrecen á sus ojos escenas de abatimiento, anarquía y destrucción (1).

Entre los manuscritos de Cuervo legados a la biblioteca nacional existen varios volúmenes de cartas coleccionadas que formarán el tomo tercero de esta *Vida;* entre ellas hay curiosidades muy importantes, como las relativas a asuntos diplomáticos y las del famoso Mosquera.

No leve interés entrañan las páginas de esta obra para la historia patria, que está todavía por hacer, o merece sea depurada para bien de todos; pruébanlo las muy eruditas y sensatas monografías sobre diversos temas que van publicando los Guerras, los Pérez, los Posadas, los Ibáñez y otros miembros y no miembros de la Academia de la Historia (2), a las cuales pudo valer de norma la que ahora estamos alabando por su novedad y veracidad, y que servirá a los historiógrafos de todos los tiempos como

(1) *Vida*, etc. T. II, cap. XVIII.

(2) Véanse *Documentos históricos de los hechos ocurridos en Pasto en la guerra de la independencia.* Pasto, 1912.

obra de consulta y fuente de muchos detalles propios de aquella época.

> No me toca á mí, afirma don Rufino José (1), decir el éxito de esta obra, ni enumerar los juicios benévolos que mereció á escritores americanos y europeos. En nuestra patria produjo viva impresión la imparcialidad con que vieran narrados, conforme á documentos irrefragables, sucesos casi olvidados, poco gratos ora á un partido, ora á otro, lo que tajó tanto el aplauso como el vituperio; con excepción de algunos amigos que la juzgaron favorablemente.

Vaya la nada sospechosa opinión de don Miguel Samper, quien analizó a conciencia y despacio estos volúmenes en una epístola dirigida al doctor Benigno Barreto, en la cual consigna (2):

> La obra es una de las más serias é importantes que se han publicado por nuestros compatriotas sobre la historia contemporánea de nuestra patria; que ella es al mismo tiempo, monumento de amor filial y de sincero patriotismo, puesto que presenta á nuestra juventud un modelo de hombre público tal como lo necesita nuestra pobre patria.

---

(1) *Noticia biográfica de don Angel Cuervo*, pág. 25.

(2) *Rep. col.* Julio de 1899.

Importa refrendar lo dicho con el testimonio de un académico de la Historia, Pedro M. Ibáñez, quien además de haber estampado en *El Celaje*, número 8,407, de Bogotá, un juicio crítico, sereno y amplio, le escribió en carta particular de 25 de agosto de 1892 lo que sigue:

> Esta obra será leída con deleite y provecho en todo el país y en las vecinas repúblicas. Muy cordialmente lo felicito á usted y al señor don Angel por el nuevo servicio prestado a la historia nacional. Si no provecho pecuniario, difícil de obtener entre nosotros con la pluma, sí alcanzará usted merecidísimos elogios de todas las inteligencias cultivadas, por fortuna no raras en nuestra Colombia, y gozarán de la satisfacción de hacer popular y querida la memoria del benemérito doctor Cuervo, la que admiro yo desde muy niño porque mi padre fue ahijado de bautismo y su admirador y me enseñó á estimarla en todo su valor.

En un largo estudio de don Lorenzo Marroquín, *Reminiscencias políticas*, publicado en la *Revista nacional* hallamos citada e interpretada la obra que analizamos; y nos satisface saber que los dos tomos lucen en todas las bibliotecas de los periodistas, historiógrafos y sabios de Bogotá y de los departamentos, y que es consultada con frecuencia. *La Sociedad* por marzo próximo pasado reprodujo el capítulo *Ruinas y parodias.*

Arduo resultaría el trabajo de deslindar acertadamente la participación que tuvieron los coautores en esta empresa, porque muy bien curaron de uniformar los estilos y borrar toda huella delatora; no obstante, hemos creído ver en algunos capítulos descripciones y toques psicológicos de don Angel, y capítulos serios, fluídos, como los componía don Rufino José; es el estilo de Angel menos académico pero más colorista y metafórico que el de su hermano, así como el de éste resulta más atildado y con sabor a antigüedad; las influencias de una cultura más gaya y múltiple descúbrense en el primero, en el segundo prosa más pulida, como mármol pentélico, con la cual no riñen por cierto la erudición literaria y las galas de la fantasía, según lo hemos observado en los fragmentos atrás copiados. Conjeturamos, y no a bulto, que don Rufino José fue autor principal de los dos volúmenes, y más del primero que del segundo; pero como se situó en lugar secundario, dejémoslo así en el templo de la historia, abrazado a su hermano, a quien reverenciaba y amaba con ternísima delicadeza.

«Al privarme el cielo de este apoyo humano y de estos ejemplos confortadores, he sentido que me falta la mejor parte de mí mismo», decía en la *Noticia biográfica* que le dedicó el año 1899. *La mitad de su alma* llamó Ho-

racio a un su amigo; con más propiedad pudo decirlo él de su amantísimo hermano.

Ramillete de perfumados afectos, estuche de sentimentales recuerdos, ofrenda de gratitud al bondadoso compañero que le alentó en los desmayos, le confortó en las horas negras de la vida y le ayudó en el trabajo material del *Diccionario*, mejor que *Noticia biográfica*, merecen ser llamadas las páginas con que prologó Cuervo un librito de su hermano: *Cómo se evapora un ejército* o sea *Recuerdos personales de la campaña que concluyó el 18 de julio de 1861 con la toma de Bogotá por los revolucionarios.*

Prólogos de esta naturaleza no se escriben con tinta sino con sangre del alma; a vueltas de querer mostrarnos a su hermano como todo un caballero, patriota, literato, escritor, revélanos él su propio espíritu, sensible a los goces del amor fraternal, conocedor de las literaturas novísimas, y recto en todo.

De este trabajo afirmó Calvo y Soto en carta a don Rufino José:

> Es la corriente cristalina al través de la que parecen los objetos dotados aun de mayor cuerpo y esplendor. Sus ideas sanas, sentidas y hermosas parecen más bellas al correr de sus castizos, limpios y facilísimos párrafos. Gracias por el deleite que me ha proporcionado usted. Lástima que siga usted el sistema homeopático.

Por dos razones no ahondamos más en el análisis de una y otra obra histórica: por rehuír el estudio de estas materias políticas que tratadas por nosotros resultarían impolíticas, y porque en el capítulo siguiente hablaremos aún de los personajes biografiados por Cuervo.

La Academia nacional de la Historia de Bogotá, de la cual era miembro honorario, lo aclamó por meritísimo en la sesión solemne de 12 de Octubre de 1911, con el *Elogio* del encargado para ello; y el presidente, don Ernesto Restrepo Tirado, en el discurso inaugural dijo:

> La Academia al celebrar hoy su sesión solemne anual, ha querido dedicarla á honrar la memoria del más virtuoso y el más sabio de sus socios, de aquel titán del saber que llevó el nombre de Rufino José Cuervo.

Y Cuervo quedó coronado como historiador.

VIII

Biografía de Cuervo—Rasgos generales—Nacimiento—Ascendientes distinguidos—Su padre—Los primeros años de Rufino José—Sus hermanos y parientes—Cuervo, en la intimidad—Sus virtudes—Cuervo patriota—Argumentos de su patriotismo—Su catolicidad—Su testamento—Ultima enfermedad y su muerte.

HASTA aquí hemos visto al sabio: dedicaremos ahora unas páginas al hombre, al hombre bueno, al ciudadano cumplido, al patriota acendrado, al católico íntegro, cuya vida se deslizó escondida entre los velos de una modestia peregrina y entre las refulgencias deslumbradoras de su ciencia. El relieve histórico del escritor quedaría imperfecto si no estuviera abrillantado por un matiz de vida humana y real que nos lo hiciera amable, porque la ciencia magnifica a los sabios, pero la virtud, sin rebajarlos ni apocarlos, los aproxima aun al más pequeñuelo, bañados en ondas de suavísima simpatía. Si fue don Rufino más virtuoso que docto, o si en su pecho brilló el sentimiento de la sabiduría más que el de la

honradez, no osamos averiguarlo; ni culparemos a los sabios del mundo porque estimaron en él más el saber que los hechos, con haber sido tan excelentes y meritorios: nosotros ahora por manera sencilla extenderemos ante los ojos de quien leyere, un velo níveo, tejido con virtudes, que sirva de fondo a la muy resplandeciente figura del filólogo. Durante su vida toda desarrolló la concepción grandiosa de la justicia bajo la norma suprema del cristianismo; y parece que en las pupilas de su fe fulguraba la imagen del honor con proporciones y modalidades desvinculadas de todo linaje de reato; el ritmo interior de su alma manifestábase en obras de misericordia y de civilización que tendían al mejoramiento del individuo y de la sociedad, bien que sin pretensiones de restauración ni de conducción de espíritus; tenía la pasión de ser sencillo, y claro está que la sencillez se hermana con la grandeza, así como el orgullo es padre de la ridiculez; al practicar la religión católica ni se ruborizó ni necesitó en tiempo alguno que reaccionase públicamente su conciencia en el sentido de la justificación, porque fue de aquellos que empiezan y acaban bien. Goethe se avergonzaba de orar ante la imagen de Jesús; dícese, sin embargo, que en ocasiones ante una de Júpiter que había en su escritorio, murmuraba sus votos; Cuervo, hijo de una educación severa y no-

ble, fue noble en todo, y más en el cumplimiento de los deberes religiosos.

No se deslizó su existencia en una atmósfera agitada y llena de reclamo sino en medio de la monotonía silenciosa, propia de los hombres de biblioteca, y por eso su biografía anda destituída de los embelesos de movimiento bullicioso y de esos toques anecdóticos que tanto cautivan.

Nació en Bogotá el 19 de septiembre de 1844, hijo de Rufino Cuervo y de María Francisca Urisarri, y fue bautizado en el oratorio arzobispal por el Ilustrísimo señor Mosquera.

A fin de que con el revolver de los siglos no desaparezcan los documentos, y se anule el blasón de ser hijo de tan famosa ciudad, y vengan otras a reclamarlo por suyo, como abundan ejemplos en la historia, ponemos aquí al pie de la letra la partida de bautismo, que existe en la parroquia de San Pedro.

En Bogotá á veinte de Septiembre de mil ochocientos quarenta y cuatro, el Ilmo. Sr. Arzobispo Manuel José Mosquera bautizó solemnemente en su Oratorio á Rufino José, que nació el diez y nueve corriente: es hijo legítimo del Dr. Rufino Cuervo y la señora María Francisca Urisarri. Abuelos paternos los señores José Antonio Cuervo y Rojas y Nicolasa Barreto y Escobar: Maternos: los señores Carlos Joaquín de Urisarri y Elispuru

y Mariana Tordesillas y Torrijos. Padrinos el Dr. Andrés María Pardo y señora María Dolores Roches. Fue confirmado por S. Ilma., y su padrino fue el mismo Dr. Pardo. Les impuso de sus deberes. Conste. Dr. Juan Crsmº. García.

Cuna de ascendientes notables en los destinos de la colonia que agonizaba y de la república que nacía, meció a Rufino José, quien al par que de tal prosapia era realzado en su valía por la sangre española con mezcla de portuguesa que en sus venas llevaba, pues vínole por la rama paterna ser tataranieto del capitán Esteban Barreto, portugués, que entró en Colombia por el año 1694 y se radicó en Somondoco para desarrollar el negocio de unas minas de esmeraldas, y biznieto de don Isidoro Cuervo, oriundo del Ferrol, que vino acá en el siglo XVIII y casó en Tunja; y por la rama materna, tener por abuelos a don Carlos Joaquín de Urisarri y Elispuru, natural de Vergara, vasco, y a doña Mariana Tordesillas y Torrijos, de Castilla.

Entre los miembros ilustres de la parentela deben contarse éstos (1):

Fray Mateo Miguel fue religioso de San Agustín en Bogotá y murió siendo provincial. Don Nicolás, educado por los jesuítas, no bien se

(1) *Vida de Rufino Cuervo*. Cap. I, págs. 12 y 13.

ordenó de sacerdote fue nombrado, con don José Celestino Mutis, notario del concilio metropolitano de 1774; regentó las cátedras del latín, filosofía y sagrada escritura en el Colegio de San Bartolomé, contando entre sus discípulos al insigne predicador don Francisco Margallo y Duquesne; después de administrar varios curatos fue rector del mismo Colegio, cuya biblioteca aumentó con gran número de obras encargadas á Europa, y mejoró notablemente el edificio dándole más luz y distribuyendo con mayor comodidad las piezas. De medio racionero en el coro metropolitano ascendió á las dignidades de maestrescuela, chantre y arcediano. Su nombre aparece en el acta de la Independencia, pero fue sobre todo desde 1819 cuando ostentó su patriotismo coadyuvando como Provisor y Gobernador del Arzobispado al gobierno republicano para alentar el espíritu público y destruír las preocupaciones que los realistas sembraban contra la causa americana. . . . Si los buenos ciudadanos le mostraron su agradecimiento eligiéndole senador para el primer congreso constitucional de Colombia y colmándole siempre de miramientos, los fieles veneraron su austeridad, su mansedumbre y su caridad inagotable. . . .

Demás de estos, es famoso en los fastos de la santidad y de la ciencia el nombre de José

Romualdo Cuervo, de quien dice Laverde Amaya (1):

> El Presbítero José Romualdo Cuervo nació en el pueblo de Guachetá, Estado de Cundinamarca, el año 1801. Fueron sus padres el señor Antonio Cuervo y la señora María Rubiano. Hizo sus estudios en Bogotá, en el Colegio de San Bartolomé, y dedicándose á la carrera eclesiástica, se ordenó de sacerdote en 1828. Desde 1850 hasta poco antes de su muerte escribió en algunos periódicos de la ciudad relaciones de viajes y de correrías á los llanos de San Martín y Casanare; excursiones á las cuales era aficionadísimo y las que emprendía siempre con toda resolución y constancia. Tenía predilección por el estudio de la botánica, y en su casa conservaba, además del jardín y del cultivo de las flores, un acopio de objetos raros y curiosos; colección que, en su mayor parte, se encuentra hoy en el Museo Nacional. Falleció en Lenguazaque el 2 de agosto de 1871.

Acerca de este benemérito personaje hizo un estudio largo y con amor el literato José Caicedo Rojas, que se publicó en *Repertorio colombiano*, en agosto de 1878, del cual recortamos estos párrafos:

---

(1) *Apuntes sobre bibliografía colombiana*, pág. 23.

Por fortuna vino en auxilio suyo una circunstancia que le favoreció en extremo para no hacer estériles sus afanes. Durante todo el tiempo de sus estudios vivió alojado en el convento de la Candelaria, donde un tío suyo, el R. P. Fray Pedro Cuervo, religioso entendido y ejemplar, le suministró constantemente los alimentos, vestidos y libros que necesitaba, todo parco y modesto, pero lo suficiente para que no se viese forzado á cortar su carrera por falta de medios como acontece con frecuencia á los estudiantes pobres.

Luego se extiende en ponderar su ejemplar vida, su celo por las almas y por las ciencias naturales, y añade que en Bogotá la sala de su vivienda «fue convertida en museo de curiosidades: paquetes de innumerables semillas, multitud de plantas raras, desecadas o *esqueletadas*, de todos los climas; muestras de palmas diversas, variedad de musgos y helechos, todo clasificado y numerado; minerales infinitos, cristalizaciones bellísimas, cuarzos coloreados, como si dijéramos la esmeralda en crisálida, diversidad de amonitas, conchas, petrificaciones, incrustaciones y fósiles diversos; aves de todos tamaños y colores preciosos, disecadas y vueltas a una vida aparente; serpientes enormes y espantables, que se conservaban enteras, o bien las pieles de temibles boas; insectos y reptiles rarísimos, y muestras, en fin, de cuanto producen en nues-

tras regiones los tres antiguos reinos de la naturaleza. . . . Ya eran por otro lado mantas, *guayucos*, *corazas*, hamacas, armas, adornos, instrumentos y utensilios de que se servían los antiguos aborígenes; ya eran ídolos de todas formas y tamaños varios, hechos de arcilla, de piedra o de oro macizo, momias halladas en los sepulcros, resinas y otras sustancias de que usaban los indios».

Después habla de que el patio y el huerto eran como un jardín botánico, y relata sus correrías por Andaquí, Carare, Casanare, Orinoco, San Martín, territorio este que visitó cinco veces; examinó también el *Hoyo del viento*, sito a cuatro horas de Vélez, departamento de Santander, el puente natural de Pandi y la cueva de Tuluní, departamento del Tolima; al salto de Tequendama descendió varias veces, entre ellas una con el varón Gros, Ministro plenipotenciario de Francia, y con Adams, Encargado de negocios de Inglaterra, cuando paseó alrededor del recipiente en que cae la cascada y donde dejó una botella corchada.

«Reunido todo lo que publicó en periódicos desde el año 1850, fuera de un Tratado separado sobre el cultivo de las flores, podría formarse un tomo considerable», dice el citado articulista.

Cuéntase que, al decirle alguno que costaba mucho conseguir la gloria, el contestó:

—No busco la de este mundo, aunque sí la de mi patria.

En el cementerio de Lenguazaque consérvase este epitafio:

Consuelo en la aflicción, del pobre egida
Sacerdote ejemplar, modesto sabio,
Hizo en su santa y meritoria vida
A muchos beneficio, á nadie agravio. . . .
Fueron sus días largos y serenos
Y su muerte, la muerte de los buenos.

Queda mencionado el Padre Pedro Cuervo de la Trinidad, como benefactor de este sabio y buen sacerdote, pues sépase que él también fue en la comunidad de los Padres Agustinos recoletos excelente sujeto, docto escritor, predicador y celoso misionero en Casanare.

Muy de grado hemos dejado correr la pluma trayendo a escena a los personajes notables de la familia Cuervo para que se vea que la sabiduría y la bondad de Rufino José tuvieron antecedentes y que no fueron caso aislado, de modo que los amadores del atavismo y de la herencia psíquica, si quieren entretenerse en disquisiciones, puedan hacerlo con desembarazo.

En su padre principalmente hallarán materia estas averiguaciones, puesto que como escritor, hombre de carácter, gran repúblico y católico descolló en la historia de Colombia. Hemos visto que algunos forasteros enredan

lastimosamente ciertos hechos de la vida de don Rufino José, porque confunden los nombres de padre e hijo. Fue la cultura intelectual del padre esmerada, pues se graduó de bachiller, luego de doctor, y por último de abogado con famosísimo lucimiento; cultivó de joven la poesía, en el Colegio del Rosario fue profesor de latinidad, influyó con insistencia y cooperó para que el laborioso Vergara y Vergara publicase su *Historia de la literatura*, etc.; redactó en *La Miscelánea*, en *Argos*, *La bandera tricolor*, *El eco del Tequendama* y en otros periódicos y revistas; fue cofundador del periódico *El Catolicismo*, estuvo al frente de la universidad colombiana como rector; también ejerció el profesorado de Derecho; gobernador de Bogotá; Encargado de negocios en Quito; Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Bolivia y el Perú; en 1842 propuesto para vicepresidente de la república, desempeñó la cartera de Hacienda; en 1845 figuró como candidato para la Presidencia, y, al ausentarse el general Mosquera, ejerció el supremo poder en calidad de encargado; en 1849 figuró otra vez como candidato.

Además de muchos escritos aislados, publicó:

Códigos de Organización judicial y procedimiento criminal.

Cuadro sinóptico del Derecho de Gentes.

Compendio de urbanidad para señoritas.

Defensa del Ilustrísimo señor Arzobispo doctor Manuel José Mosquera.

Documentos oficiales para la Historia y la Estadística de la Nueva Granada.

En el hogar, sumamente honrado, de este eminente personaje se deslizaron los primeros años de don Rufino José, que perdió su padre a los siete años de edad, teniendo que recibir la educación al lado de su piadosa madre, quien no ahorró ningún esfuerzo por hacer de él y de sus cuatro hermanos ciudadanos intachables.

Rufino José demostró desde la niñez afición a los ejercicios de trapecio y gimnasia y a los libros, y muy en particular a los de gramática y literatura, cuyos cursos practicó en el colegio del doctor Lorenzo Lleras, y luego en el del doctor Santiago Pérez. Cuenta un testigo ocular que en la casa de Cuervo, por la noche, se reunían los varones más ilustres en las letras, como Vergara y Vergara, Ricardo Carrasquilla, Fallon, Venancio González Manrique, Caro, César Guzmán, Marroquín, José Joaquín Borda, etc., en agradable tertulia, la cual terminaba muchas veces por presenciar los ejercicios gimnásticos con que les obsequiaba el amable jovencito.

Además de los colegios supradichos, recibió instrucción en otros centros bajo la direc-

ción de especiales institutores, por ejemplo, de M. A. Bergerón, notable profesor francés, traído para el colegio militar, y profesor de matemáticas de los Cuervos, magnetizador, uno de los que coadyuvaron a implantar acá las doctrinas de Allan-Kardec y otras de la misma ralea; por cierto que Rufino José y sus hermanos, inducidos por tales delirios, dieron en la flor de que en ciertas habitaciones de la planta baja de la casa había un cuantioso tesoro enterrado que podían fácilmente sacar, y como excavasen con pueril afán, a hurtadillas, y los sorprendiese en la faena su padre, díjoles éste, con amable imperio, que desistiesen del empeño, y que en adelante buscasen las riquezas tan sólo en el trabajo honrado. Hizo notar Rufino José en la *Vida* de su padre que precisamente en aquellas habitaciones se instaló años después la cervecería.

Educado el señor Cuervo, primero por las enseñanzas paternales y luego por las lecciones de los jesuítas, fue pronto un sabio adolescente á causa de su precocidad intelectual y de su aplicación á los estudios. La honra, el placer y el provecho que coronaban esa vocación se acompañaron de cierto espíritu de asociación literaria y científica, que fue la causa de la amistad que lo ligó desde temprano á otros jóvenes con quienes formó un grupo de ingenio y de

saber, fundado en la semejanza de sus talentos y en su consagración á los más encumbrados ramos de las letras humanas. Ese grupo de jóvenes bogotanos dedicaron su bella juventud, así como sus nombres ilustres y sus privilegiadas facultades, al cultivo de la más acendrada literatura y forman en nuestro pasado una especie de Arcadia amable y hermosa, donde se refresca y serena el espíritu que contempla nuestra historia política (1).

Los hermanos de nuestro biografiado, todos más o menos, se distinguieron entre sus conciudadanos por las letras o por la milicia; en aquel hogar se respiraba amor al estudio, honradez y grandeza republicana; el padre había sido por espacio de medio siglo uno de los más conspicuos e influyentes en la política del país, y a pesar de estas influencias, no legó a sus hijos ni un odio ni una sola enemistad. Las guerras intestinas, no obstante, dieron al traste con la herencia paterna, y de tanta grandeza solamente quedó el recuerdo, sobre todo a causa de la revolución de 1860, que arrastró en la ruina del Gobierno legítimo a aquella familia. Alguno de sus hermanos se enroló en las filas legitimistas; pero Rufino J., el menor de ellos, más aficionado a las caricias

---

(1) M. F. Suárez. *Elogio*, etc.

de Minerva que a las de Marte, continuó metiéndose de lleno en la lectura de los clásicos. Cuando menos lo pensaron sufrieron el desconsuelo de ver que no había ni con qué sustentar a su madre, la noble matrona bogotana, que tanto había lucido en la sociedad. Oigamos cómo salieron de la pobreza, según relato de Rufino José en la *Noticia biográfica* de que atrás hablamos; bien entendido que en este asunto se esconde tras su hermano, a quien atribuye la iniciativa y el progreso, cuando es lo cierto que el motor principal de la industria fue él mismo. Por ser de tal pluma y por narrar intimidades de familia con exquisito colorido, damos holgura de dimensiones a la cita:

> Vuelto á la casa paterna (Angel), se encontró con que muchos días no se contaba en ella sino con la miseria que producía la venta de algunas botellas de vinagre que hacía nuestra madre, y él mismo se vio varias veces imposibilitado de salir por carecer de ropa decente. Entonces ocurrió la idea de hacer cerveza, y aquí comienza la época de más conflictos de su vida, y aquella en que su constancia y sus talentos favorecidos singularmente por la Providencia, como él diariamente lo reconocía, habían de alcanzar merecido premio. No tenía él por qué saber de semejante fabricación, y le fue preciso acudir á los libros; pero éstos enseñan la

teoría científica, los efectos de laboratorio ó á lo más resuelven las dudas del que ya sabe; no comunican el tino para la manipulación de los materiales ó para acertar el punto de los caldos, ni mil otras cosas que sólo con la práctica se aprenden. Para adquirir esta práctica fue menester una larga serie de ensayos, cuyos pormenores se apuntaron día por día y cuyos resultados no fueron regulares sino después de algunos años. Salía bien una operación, se ponía el artículo en venta, gustaba, y cuando se pensaba que la siguiente sería igual, resultaba mala la fermentación en las botellas, y era preciso recoger la cerveza de noche y tapada en los establecimientos que la habían aceptado, y al mismo tiempo hacer comprar en otras partes de la buena que quedaba para no perder los otros parroquianos. Al fin se logró asegurar una buena producción constante, y comenzó la lucha para darle entrada en las mejores fondas y en las tabernas más concurridas; en lo cual ayudó mucho la cooperación de buenos amigos. La escasez de recursos no permitía tener empleados ni obreros suficientes, y Angel mismo lavaba botellas y barriles y ejecutaba todas las demás faenas sin descanso días tras de días. Cuando comenzó á prosperar la empresa, dejé yo otros quehaceres y fui á ayudarle. No necesitábamos menos fortaleza corporal para esta ruda labor, que filosofía para desdeñar á los que decían: Vean en lo que han parado los hijos

del doctor Cuervo, y para ocuparnos nosotros mismos en el cobro de cuentas, yendo por las fondas y tabernas aguardando y volviendo una y más veces. Iba Angel á un conocido hotel cuyo administrador no estaba visible sino en acabando de almorzar; en un canapé de la entrada estaban ya esperando el carnicero, la revendedora de papas y otra gente de la misma estofa; él se sentaba con ellos, y cuando salía el otro con gran bata y gorro bordado de oro, saludaba á cada uno de los aguardadores de su turno, y concluía: Ustedes se volverán mañana, ú otro día, porque hoy me es imposible contentarlos. Angel se hacía cargo de que no iba á ver á tal sujeto sino á recibir su dinero, y volvía á que se repitiese la misma escena. El consumo fue creciendo, los mezquinos elementos que bastaron á los ensayos, fueron insuficientes; con la experiencia adquirida, renovamos dos veces la fábrica ensanchándola, sin acudir á ingenieros ó arquitectos. No por eso quisimos que se nos disminuyera nuestro trabajo confiándonos del todo á manos de empleados; éstos y los obreros se aumentaron, pero la mayor parte del cuidado se la reservaba Angel, que á todo atendía y á todos enseñaba; bien sabía que nadie enriquece con mano ajena. Satisfacción causa ver el fruto del trabajo; pero ninguna pudo ser más íntima que la que experimentamos el día que los dos pagamos hasta el último centavo de una deuda que gravaba la casa pa-

terna donde teníamos la fábrica, y que con los intereses montó á más del doble del valor primitivo; habíala contraído nuestra madre para ayudar á sus dos hijos Luis y Antonio. Era un interés módico para aquella época, y después de muerta nuestra madre nos aguardó largo tiempo. No sé decir la efusión con que fuimos los dos á darle las gracias.

Tales fatigas no consentían descanso, pues cabalmente los días en que todos ó los más huelgan, eran los que más actividad nos demandaban. No había fuerzas humanas que resistieran, y al aproximarse la Exposición de París de 1878, decidimos visitarla, dejando la fábrica en manos amigas.

Regresaron a la patria en 1879 y continuaron con mayores empeños las tareas de la industria cervecera para facilitarse la retirada de aquel negocio en que no fincaban ideales de avaricia sino de decente subsistencia, la cual fue obtenida con holgura:

Así pues—continúa don Rufino José—á los tres años de agrio trabajo y también de agrias desazones, se ofreció buena ocasión de deshacernos de la fábrica, y aprovechamos para volver á Europa a trabajar con no menos actividad en otra esfera.

Habiendo logrado formar—afirma la muy autorizada persona del General Carlos Cuervo Márquez, quien nos facilitó algunos datos—un capital de consideración, resolvió con su her-

mano don Angel fijar su residencia en París, halagado sin duda por las facilidades que en esa ciudad encontraba para continuar sus estudios y sus labores filológicas. Al principio viajó por toda Europa, y por la Tierra Santa, Egipto y Arabia; después permaneció en París, llevando la vida modesta, sencilla y de estudio que tanto amaba. Todos los días se le veía por la mañana oyendo misa en la iglesia vecina de su casa y al medio día no faltaba jamás en las bibliotecas y archivos, entregado a la lectura y al estudio; á las cuatro de la tarde se retiraba á su habitación y por la noche jamás salía de la casa.

Antes de proseguir, y para que se vea cuán distinguida ha sido la familia Cuervo por los muchos sabios que ha tenido, esbozaremos la figura de los hermanos de don Rufino José y la de algunos de sus parientes más cercanos para que se vea más cómo en la sangre de Cuervo bulle el germen del talento.

Luis María Cuervo, el mayor de los hermanos, recibió en Inglaterra esmerada educación y fue un cumplido caballero; dedicado a los negocios, puso su cuantiosa fortuna al servicio del Gobierno legítimo del doctor Ospina, y triunfante la revolución del general Mosquera, se vio envuelto en la ruina de la legitimidad. Hombre de alto espíritu público, la ciudad de Bogotá le debe varias de sus más importantes mejoras; fue el alma de la Junta de patriotas

que promovió y llevó a cabo la erección del parque del Centenario; notable educacionista, bajo cuya dirección se formaron ciudadanos que honran a su país. Colaboró en varias publicaciones políticas y científicas, y como miembro que fue del Gran Consejo universitario, prestó importantes servicios a la universidad nacional.

Antonio B. Cuervo desde muy joven hizo con provecho estudios de literatura y de jurisprudencia hasta recibir el título de doctor en Derecho. Dirigió varios colegios de enseñanza; militar distinguido, por riguroso escalafón ascendió a General en Jefe. En 1876 fue quien capitaneó las fuerzas conservadoras del Tolima; miembro de la Cámara de Representantes en 1874, Gobernador del Tolima y de Cundinamarca, Ministro de Guerra y de Gobierno, murió estando encargado del Poder ejecutivo; Ministro plenipotenciario en Inglaterra y en España; condecorado con la gran cruz de la orden del Mérito militar y con la cruz de Isabel la Católica. Escribió siendo muy joven *Resumen de la geografía histórica, política, estadística y descriptiva de la Nueva Granada*, de la cual tenía lista una segunda edición muy aumentada. Y a su regreso de Europa y el Brasil, por donde viajó desde 1860 a 1867, escribió en cuatro volúmenes la *Colección de documentos inéditos recopilados por Antonio B. Cuervo (durante su permanencia en España*

como Ministro de la República) y publicados por orden del Gobierno nacional (Administración Holguín). Bogotá, 1891. Escribió además muchos artículos en periódicos de Bogotá, entre los cuales son muy notables los que versan sobre los límites de Colombia y Centro América.

Hijo de don Luis Cuervo es en primer lugar Carlos Cuervo Márquez, quien hizo sus estudios primero al lado de su padre y luego en la universidad nacional. Cuando tenía diez y seis años fue fundador y miembro del directorio de la célebre sociedad política que se llamó la *Regeneración*, y que preparó el triunfo del partido conservador. Tomó armas en la revolución de 1876, como soldado raso, y en la campaña de Cundinamarca, Boyacá y Santander por riguroso escalafón ascendió a coronel, cuando tenía diez y siete años; en 1882 fue Diputado a la Asamblea de Cundinamarca; luego se dedicó a la agricultura y al cultivo de las ciencias naturales; el año de 1894 desempeñó la secretaría de Gobierno de Cundinamarca y estuvo al frente de la Gobernación por algún tiempo; en 1895 ascendió a general de brigada; en 1896 y 1898, miembro de la Cámara de Representantes y Presidente de ella; año de 1899, Ministro de Relaciones exteriores, arregló el intrincado y difícil asunto Cerruti y organizó la delimitación con Ve-

nezuela; en 1904 Ministro de Instrucción pública y por algunos meses encargado del Ministerio de Guerra; en 1907 Ministro plenipotenciario y Enviado extraordinario ante la Santa Sede; y en la actualidad Ministro de Instrucción pública.

En 1882 principió la edición de un tratado elemental de botánica; en 1893 publicó el libro *Prehistoria y viajes*, muy sazonado fruto de sus estudios y observaciones de exploración del territorio colombiano. Colaborador de varios periódicos políticos y científicos, nacionales y extranjeros, se distingue por la cultura de su pluma y sus atinados pensamientos.

Rufino Cuervo Márquez, doctor en Derecho; miembro de la Cámara de Representantes en 1896, 1898, 1902; director propietario de *El Correo nacional* de 1895 a 1904; escritor y hombre de letras; de 1905 a 1909, cónsul en Saint Nazaire.

Luis Cuervo Márquez, doctor en Medicina y cirugía. Sirvió en la campaña de Ayapel y la Costa en 1885 como jefe de las Ambulancias; publicó una obra sobre la *Fiebre amarilla de Cúcuta;* en 1899 fue secretario y después Encargado de negocios en la Legación de Washington; en 1903 gobernador de Santander, y miembro del Congreso y de las Asambleas constituyentes en 1906, 1908 y 1910.

Emilio Cuervo Márquez, escritor y muy literato. Sus obras principales son: *Tierras lejanas*, impresiones de sus viajes en Europa y Africa, y *Phinees*, novela de reconstrucción de vida en la Judea romana en la época de la venida de Cristo. Además ha escrito muchas novelas cortas y cuentos que, como las obras anteriores, han merecido el aplauso de escritores en España y toda la América latina. Hoy desempeña el puesto de magistrado de la Corte general de Cuentas, de la cual fue nombrado vicepresidente. Es todo un elegante de la pluma.

Luis Augusto Cuervo principió a escribir en 1906, a la edad de quince años. Siendo estudiante del Colegio del Rosario en 1908, su rector, doctor Rafael M. Carrasquilla, abrió un concurso sobre un tema de Historia patria. El Jurado calificador, del cual formaba parte don Antonio Gómez Restrepo, adjudicó el premio (hoja de oro y perlas) al estudio titulado *El doctor Arganil*, del cual era Cuervo autor. Posteriormente ha escrito sobre algunos otros asuntos históricos que corren estampados en revistas del país, tales como la del Colegio del Rosario y el *Boletín de Historia y Antigüedades*. También ha hecho artículos literarios y políticos para algunos periódicos de Venezuela, por donde ha viajado con frecuencia.

El 16 de junio de 1911 fue recibido como miembro correspondiente de la Academia nacional de Historia.

En este año verá la luz pública un libro de don Luis llamado *Bolívar íntimo*. En él se estudiará al Libertador ya como esposo de doña Teresa Rodríguez de Toro y Alaiza, ya en sus amores con su lejana prima Fanny de Villars (née de Trobriand y Aristeguieta), con Manuela Sáenz (la libertadora del Libertador), con Josefina Núñez (*señorita Pepa)*, con Manuelita Madroño, etc. Llevará el dicho libro muy interesante documentación.

Angel Cuervo: hé aquí el hermano más querido de Rufino José y quizá el más afortunado en las tareas intelectuales. Vivió siempre al lado del gran filólogo, y, como queda narrado, sirviéndole de consuelo y de colaborador en las correcciones de pruebas y en otros trabajos secundarios de Rufino José, quien lo amaba como la mitad de su alma, tanto, que escribió su vida con muy sentido cariño en *Noticia biográfica*, de donde tomamos los siguientes datos: Después de la vida de colegio, Angel entró a la carrera del comercio en casa de su hermano Luis, militó a favor de la legitimidad y luego se retiró a la casa paterna «sin odios ni quejas». Fue sumamente empresario y trabajador, según lo demuestran sus ocupaciones en las salinas de Ses-

quilé y los proyectos sobre la cría de ganado en los llanos de Casanare; en París se dedicó al comercio también y en compañía de Adams hizó sus primeros ensayos en la dramática. Compuso en esta sección de la literatura las siguientes piezas: *Los Leguleyos*, *El Diputado mártir*, *Los Hijos de Apolo*, *Su Excelencia* y *Una capellanía;* también cultivó la novela, y dio muestras de habilidad y estilo fácil con *Jamás*, con *Dick* y con *En la soledad;* colaboró en *La República*, *El Bien público*, *La América* y *El Pasatiempo* principalmente con novelas cortas y cuentos; imprimió *Conversación artística*, folleto de 118 páginas, París, 1887, convertido después en libro inédito que llevaba por título *Artes y Artistas contemporáneos; Etnografía* es una serie de cien bocetos o cuadritos sobre sucesos y tipos que se ven por los viajes, bocetos que fueron coleccionados con el nombre de *Curiosidades de la vida americana en París;* publicó artículos y estudios muy notables como *El Bobo* y *Arranques de un patriota*, y sus escritos principales son el librito llamado *Cómo se evapora un ejército* y además *Vida de Rufino Cuervo* en colaboración con Rufino José.

Las generaciones de los Cuervos ilustran el linaje humano, en verdad; pero nuestro biografiado «como muchos hombres consagrados enteramente a los pacíficos trabajos del espíritu que

se realizan desde el tranquilo retiro del gabinete, no quiso retoñar en frutos de carne y perpetuóse tan sólo en las bellas flores del entendimiento que fructificaron en inmortales libros» (1).

Este delicado pensamiento quizá fue inspirado por la confesión autobiográfica que lanzó él al hablar en la *Vida* de su padre con tales términos (2):

> Ambos (alude a don Angel) veíamos que en nosotros se extinguiría la familia que tuvo por timbre llevar el mismo apellido que nuestro padre; y aunque el pensamiento de la muerte causa algún estremecimiento hasta á los más serenos, y el fin de las cosas trae siempre consigo un no se qué de amargura, sentimos íntima satisfacción de haber podido fiar esta memoria venerada á un hijo del entendimiento que acaso dure lo que la verdad, pues por el amor de la verdad fue engendrado.

Relatar el género de vida que llevó el fecundísimo escritor es relatar la historia de sus libros: escribir, escribir, escribir. Por lo que hace a las virtudes principales, cívicas y religiosas, de que dio muestras, trabajo arduo resultaría el pretender autorizarlas con hechos

---

(1) Agustín Aragón, l. c.
(2) *Noticia biográfica*, pg. 25.

muy por menudo. En todo caso valdrán no poco las declaraciones de los íntimos que lo trataron. Escribiónos su sobrino el general Carlos Cuervo Márquez, poco há citado:

Era puntualísimo en su correspondencia, la que mantenía numerosa con los literatos y escritores de todo el mundo y en todos los idiomas. Con frecuencia se veía subir las escaleras que conducían al 4.° piso de su modesta habitación á sabios ilustres, á grandes literatos rusos y alemanes, ingleses y suecos que iban á ver á Rufino y consultarle sobre asuntos filológicos y gramaticales. Fue siempre consecuente, leal y cariñoso con sus amigos. Por nuestro popular poeta don Rafael Pombo, conservó siempre cariño casi fraternal; y nunca olvidó á sus maestros y á sus buenos condiscípulos. Entre éstos figuraban los Lleras, los hijos de su primer maestro, el doctor Lorenzo Lleras. Uno de ellos, don Luis, era un matemático profundo, era en toda la acepción de la palabra, un hombre de ciencia; era medio ciego y completamente pacífico; pero por uno de esos compromisos políticos, tan frecuentes, se vio don Luis llevado á los campamentos de la revolución de 1885. Cuando Rufino supo en Europa que su amigo y condiscípulo estaba en la revolución haciendo la dura campaña de la costa, le escribió rogándole abandonara la vida de campamento, que no era para él; le instó que se fuera para París, en donde le

tenía ya conseguida una honrosa colocación; y le envió una suma para que hiciera el viaje. Desgraciadamente don Luis Lleras no creyó poder decorosamente abandonar á sus amigos, y encontró la muerte en el campo de la Humareda. Años más tarde el hijo de otro de los Lleras es cobardemente asesinado en Venezuela. Al saberlo Rufino, se dirige á los hermanos, residentes en Bogotá y les envía una suma con la cual dice quiere contribuír á que se castigue al criminal.

Otro detalle episódico demostrará los sentimientos de su corazón, bañado en dulzuras como el de San Vicente de Paul. En el tiempo que explicó latinidad en el Colegio mayor del Rosario abrió clase privada de repaso para los niños que quisiesen aprovechar más y más. A ella principió a concurrir el niño Eusebio Díaz, que hoy es uno de los que honran el capítulo catedral de la metropolitana, y modelo de sacerdotes tan modestos como beneméritos. Tenía el chico como ocho años y vivía lejos de la casa en que daba lección el señor Cuervo, por lo cual agradeciendo el maestro los actos de valor y aplicación que realizaba el más tierno de sus discípulos con asistir a la clase nocturna, en terminándose la tarea, le acompañaba hasta la casa como el más cariñoso de los padres.

Más testimonios:

La primera de ellas (virtudes) fue aquella que es la única que puede brindar al deber una base absoluta, quiero decir la virtud de la religión y la piedad. Compañera de esta fue la benevolencia, de que brotaron á impulso unido de la caridad y el patriotismo, sus generosos legados y fundaciones pías, así como las ofrendas que presentó a la patria en días infortunados.

También fue expresión de su benevolencia el hábito, bello y al fin de sus días casi paternal, de estimular el mérito y el trabajo de los otros, tal que su talento y su corazón aliados vinieron á formar un Mecenas científico y bondadoso que patrocinaba con estímulos y aprobaciones todo esfuerzo bien dirigido y encaminado. Por eso fue prologuista tan bondadoso como autorizado de muchas obras literarias tanto en España como en América, donde su magisterio indiscutible y su proverbial bondad perfumaron y embellecieron las más áridas tareas de la literatura.

La firmeza de su voluntad fue causa de aquel ánimo largo para desechar honores; de su apartamiento completo respecto de las intrigas, ambiciones, emulaciones y codicias que germinan tan bien en los campos literarios; y de la humildad y la modestia que hicieron que jamás se mostrase casado con su parecer ni que el más tenue punto de vanidad apareciese en su trato ni en sus obras.

Eremita de la ciencia, según le llamó el señor Caro, fue uno de los sabios más laboriosos y austeros que recordará la biografía universal. Modelo de cristianas virtudes, respiró treinta años en la Metrópoli de los placeres, sin dejar de ser un cenobita laico y al mismo tiempo un modelo de cultura sencilla y bondadosa. Su laboriosidad fue de aquellas que no tienen par sino en contados ejemplares entre los hombres para quienes la lámpara solitaria es sol de sabiduría y símbolo de fama por venir. El tiempo fue para él tela preciosa, economizada é ingeniosamente adaptada, donde labró incansable la obra de su inteligencia y de su poderosa voluntad. Siendo yo uno de sus escribientes, me dijo un día, al entregarme un infolio colmado de notas: «¿Cuánto tiempo cree que he empleado en leer este tomo? Lo leí el año pasado durante los minutos que aguardaba diariamente para cambiar de abrigo al entrar de la calle».

En sus amistades fue dechado de constancia, así en aquellas juveniles y brillantes que dijimos al principio, como en las que apagó la muerte, por ejemplo la que mantuvo y cultivó solícito con el gran poeta que ha querido morirse en vida, como presintiendo que en muerte vivirá la vida de la fama.

Para su patria tuvo el ejemplo de sus virtudes, la reputación de su nombre, y la ofrenda de sus bienes, adquiridos por su ejemplar esfuerzo y amasados por la misma mano que

con su pluma honró á Colombia. Tuvo también para su patria un legado precioso y postrimero, cual fue la colaboración que ofreció á uno de vosotros, señores académicos, para crear y desarrollar la Asociación destinada á cultivar en los niños y en los jóvenes la virtud de la verdad, de esa verdad que es, ante todo, el afianzamiento de las convicciones y de los principios, y en seguida la conformidad de la vida con ellos, de suerte que se excluyan de la conducta la mentira, las contemporizaciones indebidas, la exageración, la diatriba y la lisonja. Cuando el señor Cuervo supo el proyecto de esa Asociación, lo acogió y aplaudió con más calor y alborozo que si se tratara de la mejora material más importante (1).

Era el señor Cuervo, dice Gómez Restrepo (2), en la época en que lo traté en París, un hombre no viejo, sino envejecido por la meditación y el trabajo intelectual. De mediana estatura, de complexión endeble, algo cargado de espaldas quizá por la costumbre de llevar inclinada la cabeza pensadora, de tez pálida, de barba negra, cruzada por algunos hilos blancos, de ojos expresivos, aunque amortiguados por las vigilias, de frente despejada, á la cual daba mayor amplitud la calva prematura que permitía apreciar la vasta bóveda del cráneo. No tenía las líneas co-

(1) M. F. Suárez. L. c.
(2) L. c.

rrectas ni el gallardo continente de sus hermanos; pero su rostro, de facciones algo irregulares, se animaba con un aire de benevolencia, con un destello de gracia, que le daban singular atractivo. Su voz, que era de poco volumen, cambiaba repentinamente de diapasón, cuando don Rufino quería acentuar alguna observación irónica, algún gracejo de tradicional sabor bogotano. Aunque modesto en su vida, guardaba en su casa y en su vestido un completo decoro, de acuerdo con su posición social. Cuando recibía á un huésped, lo atendía con exquisita dignidad. La sabiduría no le sirvió de pretexto para autorizar descuidos ó rarezas del hombre de sociedad. Fue en vida y en muerte un perfecto caballero.

Al retiro de su vejez fueron á buscarlo homenajes grandes y no solicitados: la cruz de la Legión de Honor, pedida para él por Gastón París, el más ilustre de los romanistas franceses; el título de doctor honorario de le Universidad de Berlín, que le fue concedido al propio tiempo que al Emperador de Alemania, como para comprobar que, individuos que han partido de opuestos puntos del horizonte, pueden encontrarse en las alturas.

Con efecto, a 3 de noviembre de 1910 esta Universidad berlinesa en una reunión solemne confirió a varios sabios eminentes algún título y a Cuervo el de *doctor en filosofía y maestro*

en artes liberales, en el centenario de su fundación. Al anunciar el fausto acontecimiento a Cuervo, el doctor H. Morf decíale:

> *Die philosophiche Fakultàd hat sich dabei selert geehrt, indem Sie diese Würde eines Dr. phil. hon. causa auch Ihnen verlehrt, den Ascoli schon vor fehn Jahren den* PRINCIPE DE' FILOLOGI SPAGNUOLI *genannt hat.*

Hé aquí algunos otros títulos honoríficos con que fue obsequiado el famoso Cuervo:

Correspondiente extranjero de la Real Academia Española, a 12 de julio de 1875; honorario de la Real Academia de Ciencias, Letras y Artes de Padua, a 30 de mayo de 1894; correspondiente de la Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador, a 4 de marzo de 1893; honorario de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Chile, a 18 de octubre de 1881; socio de *The Hispanish Society of America*, a 25 de marzo de 1908; socio de la Universidad de París, a 12 de octubre de 1910; Caballero de la Legión de Honor, a 11 de agosto de 1896; honorario de la Academia nacional de la Historia de Bogotá, a 12 de octubre de 1908; y honorario de la Academia Mejicana, en noviembre de 1878, además de fundador de la Academia colombiana.

Plácenos recordar que cuando Cuervo contestó oficialmente al Decano de la Facultad de

la Universidad de Berlín la carta latina atrás copiada, hizo refluír toda la gloria en bien de su patria y de sus compatriotas; y siempre que glorificaban su nombre, en vez de rehuír las alabanzas las dirigía a mayor gloria de Dios y de Colombia.

¿Fue amador de su patria? Muchísimo. Dijo don Miguel Mir en su discurso de recepción en la Academia:

> Quien no ama á su lengua, no ama á su patria. Quien la cultiva y enriquece su ingenio, adorna y embellece lo más grande que hay en una nación, el trasunto de su vida, el símbolo de su historia y tradiciones. . . .

Como anillo al dedo viene a continuación este desarrollo de Palacio Muñoz (1):

> Nótese que para Cuervo mirar por la lengua que hablamos equivale á trabajar provechosamente por el acercamiento y la fraternidad de los hispanoamericanos, y de estos á la madre España. . . . Verdad incuestionable, que todos los días se corrobora más y mejor. Esto es lo que se llama patriotismo de pura ley, que fue el más firme accidente de Cuervo en sus fecundos y jamás justamente apreciados trabajos filológicos y gramaticales.

Lo cual quedará más comprobado si examinaremos la muchedumbre de voces y el tono

---

(1) *Anuario de la Academia*, t. II. pag. 337.

de satisfacción que emplea para alabar a sus compatriotas en *Apuntaciones* y *Diccionario;* pongamos por caso la alusión del tomo II, página 783 del *Diccionario*, y lo que dice en el mismo tomo, página 713, tratando de *cuyo:*

> Bello extendió su censura á casos en que realmente existe el concepto de posesión ó pertenencia, en el sentido gramatical: como sagazmente lo ha puesto en claro don Marco Fidel Suárez en el Repertorio colombiano, año 10.º número 2.º, y en sus *Estudios gramaticales*, pp. 328 y sgs. trabajos que hemos tenido á la vista y estudiado con particular utilidad.

El doctor Cuervo estaba ausente de su queridísima patria, pero sólo Dios sabe qué emociones de gozo experimentaba con los triunfos diplomáticos de ella, con las noticias de su progreso, con la fama de sus escritores y con las tendencias de paz social; por eso uno de los mayores placeres de su espíritu era cartearse con sus paisanos y recibir sus visitas en París para que le pormenorizasen el desarrollo de la vida colombiana. De todo se podría dudar menos de que Colombia era para Cuervo lo que la niñeta para los ojos. Creemos no exagerar en ello porque lo cantan claro además algunos episodios de su vida. En 1898 vino la escuadra italiana al mando del almirante Candiani a las costas colombianas a intimar bloqueo y amenazando

ocupar a Cartagena, a donde había llegado con manifestaciones de paz y de amistad, si no se arreglaba, conforme a las pretensiones italianas, el asunto Cerruti. De Cartagena Candiani fue a Venezuela, y el Gobierno lo condecoró con el «Busto del Libertador». Rufino, que estaba en Europa y que también había recibido hacía algún tiempo esa condecoración, al saber lo ocurrido con Candiani, devolvió al Gobierno de Caracas la medalla y el diploma, diciendo que como colombiano no podía conservar una condecoración que había sido otorgada a quien acababa de inferir un ultraje a Colombia.

Cosa parecida hizo cuando acaeció la infausta separación de Panamá. Fue el caso que habiendo sido investido con las insignias de la Legión de Honor, la vieja María que cuidaba la casa de Rufino José, tenía empeño, como buena normanda, en que luciese el sabio las insignias, y así, colocaba la roseta roja en la solapa de la levita, pero el modestísimo Cuervo la retiraba todas las veces; la buena sirvienta la cosió fuertemente y desde entonces el anciano accedió a usarla por deferencia; pero sucedió el levantamiento de Panamá, y como que la República de Francia aprobó y patrocinó la secesión, arrancóse con indignación la insignia, y, juntamente con los títulos, la relegó al rincón de las cosas inservibles. Luego dirigió al Gobierno de Colombia

aquel muy hermoso cablegrama que todos conocen, en el que ofrecía sus haberes para la defensa de la patria, íntegra y sin mancilla. *Vincet amor patriae* (1).

Esta resolución hermosísima fue causa de que anulase estotra contenida en su primitivo testamento por la cual se fundaba el *Premio Cuervo:*

Cláusula novena. Mi albacea situará en París lo más pronto posible la cantidad de cuarenta mil francos en oro francés, para que por medio de uno de los mandatarios que designo en la cláusula décimasexta, ó de acuerdo entre ellos, ó si llegaren á faltar, por medio de persona de toda confianza, sea colocada en renta francesa del Estado y puesta en completa seguridad: la renta de estos cuarenta mil francos será dada, á medida que se vaya cobrando, á mi criada *Marie Bonté*, durante toda su vida en prenda de gratitud por su honradez y la consagración con que nos ha servido; al morir ella, ó con la mayor brevedad en caso de que ella muera antes que yo, se dará á estos cuarenta mil francos el destino que expreso en la cláusula siguiente.

Cláusula décima. Lego al Instituto de Francia, para que entre en posesión de ellos conforme á lo especificado en la cláusula prece-

(1) Virg. *Eneid* VI. 823.

dente, los cuarenta mil francos ahí mismo mencionados, á condición y con el objeto de que la renta de ellos se dé por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras cada tres años, alternativamente, una vez como premio á la mejor obra relativa á la Historia de la América española desde los tiempos prehistóricos hasta el año de mil ochocientos diez, y otra vez como premio á la mejor obra sobre la lengua castellana: premios que se darán en memoria y con el nombre de mi padre el doctor Rufino Cuervo.

Y si todo esto no bastare para conocer sus acendrados sentimientos en orden al país natal, el broche de oro que puso con el postrer testamento a las páginas de su heroísmo, encenderá los ánimos de quienes admiran en don Rufino José más al verdadero patriota que al sabio. Por eso dijo un sacerdote (1):

Más que del clarísimo talento, de la erudición portentosa de don Rufino José Cuervo, soy admirador de sus virtudes cristianas, de sus prendas de caballero, de sus condiciones de patriota. ¿De qué sirven el sutil ingenio, el copioso saber, la palabra diserta, la cláusula elegante en el tribunal del Juez Supremo? Filólogos como Cuervo no faltan en el antiguo mundo; pero un hombre célibe, de elevada posición y no despreciables bienes de

(1) R. M. Carrasquilla. *Alocución*, etc.

fortuna, alabado á porfía por varones eminentes, y que viviendo en la ciudad del placer, se conserva incontaminado, humilde y sencillo en un espectáculo que no sólo arrebata á los hombres sino que enamora á los ángeles.

Amó á Dios y por eso supo amar á sus semejantes con caridad tan encendida que llegó á realizar acciones heroicas, como las que leemos en las vidas de los santos; honró el trabajo manual con el ejemplo que supo dar por largos años, pasando cada día del bufete del sabio al obrador del menestral; tuvo la virtud de allegar caudales, de no ponerles el corazón y consagrarlos á los enfermos y á los pobres.

Quiso á su patria con férvido cariño, legó todas sus riquezas intelectuales á la ciudad natal, nos enseñó con su palabra y nos edificó con sus ejemplos. Aunque el señor Cuervo no hubiera sido sabio, le bastarían sus condiciones morales para que la nación le alzase estatuas, para que mereciera el título de gran colombiano, de grande hombre.

Relativamente a sus virtudes religiosas, dicho queda y repetiremos que rayó en lo excepcional y asombroso.

En París—dice el señor Caro—oye misa todos los días, ejercita las mismas piadosas prácticas que en Bogotá como cristiano el más observante; y adelanta sus grandes obras

científicas, según expresión confidencial suya á modo de viajero que se entretiene en cualquier cosa mientras suena el pito que anuncia la marcha del tren á su destino. El recuerdo y la protección de su madre le acompañan siempre (1).

Confiesa Menéndez y Pelayo con toda la valentía del caso, en uno de sus mejores libros, *La Ciencia española:*

Soy católico ni nuevo ni viejo, sino católico á macha martillo como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna.

Lo cual aplicado a Cuervo es el colmo de la verdad.

No comprobamos ahora más este punto porque en el capítulo que sigue tráense varios argumentos; únicamente nos permitimos copiar el documento de su última voluntad, que dice así:

2.ª Cláusula. Lego al Hospital de Caridad, ú Hospital de San Juan Dios, la casa situada en Bogotá en la esquina que forman la cuadra 7 de la calle 10, y la cuadra 6 de la carrera 5.ª, número 181, calle 10. Hago esta primera donación en memoria de mi finado hermano

(1) *La Unidad.* L. c.

don Angel Cuervo, como testimonio del entrañable cariño é identidad de sentimientos con que vivimos unidos.

3.ª Cláusula. Lego á la ciudad de Bogotá 15 acciones del Banco de Bogotá y la casa situada en la cuadra 5 de la calle 9.ª número 100. Hago este legado á fin de que la Municipalidad de Bogotá dé íntegro cada año el monto neto anual del arrendamiento de la casa y el producto anual de las 15 acciones á un obrero tipógrofo, bogotano de nacimiento, reconocidamente honrado, pobre y padre ó cabeza de familia, prefiriendo en igualdad de circunstancias al que sustente más numerosa familia. Este don no se hará nunca sino una sola vez á la misma persona. La designación la hará la ilustre Municipalidad en su sesión del 20 de Julio de cada año. Debe hacerse esta donación en nombre de mi amado hermano don Angel, á quien inspiró siempre tierna simpatía esta modesta clase de industriales.

4.ª Cláusula. Lego al Hospicio la casa situada en Bogotá en la cuadra 12 de la calle 13, con los dos almacenes anexos situados en su parte baja.

5.ª Cláusula. Lego á la República de Colombia los impresos, libros y manuscritos que existen en mi domicilio de París á condición y con el objeto de que sean colocados y conservados en la Biblioteca nacional de Bogotá para uso del público. Estos libros han de conservarse siempre juntos, y las cajas en

que sean remitidos no serán entregadas al Gobierno ó á la Bibloteca sino cuando estén listos los estantes en que han de conservarse. Los gastos que ocasione el empaque, hecho por obreros especiales y cuidadosos, será á cargo de mis bienes. A la Biblioteca nacional de París lego la colección de los periódicos colombianos y los libros referentes á América y especialmente á Colombia.

6.ª Cláusula. Lego á mi sirvienta Locadie Marie Joseph Bonté el usufructo de la casa de la cuadra 7 de la calle 10 números 173 á 179. Exonero á la usufructuaria de la obligación de prestar caución. Muerta la usufructuaria, pasará la nuda propiedad y el usufructo á mi heredero universal.

7.ª Cláusula. Lego á la misma todos los muebles y objetos cualesquiera que sean que se hallaren en mi domicilio el día de mi muerte. Es mi voluntad que á la dicha sirvienta se le pague su salario de 125 francos el día ocho de cada mes en todo el tiempo que mediare entre mi muerte y el día que entre á gozar del usufructo de la casa.

8.ª Cláusula. Deseo que mi sobrino el General Carlos Cuervo Márquez conserve los siguientes recuerdos de familia: tres bastones de carey con puño de oro que pertenecieron, los dos más gruesos á mi padre don Rufino, el más delgado á mi hermano don Antonio; los dos retratos al óleo de mis padres; el crucifijo de cobre en cruz negra que los acompañó en sus últimos momentos y el

óvalo de terciopelo morado que contiene cabellos de mi madre.

9.ª Cláusula. Nombro heredero universal de todo el remanente de mis bienes, derechos y acciones, al Hospital de San Juan de Dios. . . .

11. Cláusula. Declaro que á nadie debo cantidad alguna, porque desde mi niñez me acostumbré á pagar de contado todo lo que compro, sin dejar que se me abra cuenta, y en caso de negocios á plazos, á pagar exactamente el día de su vencimiento.

La vida de Cuervo tocaba a su fin. ¿El fin trágico de muchos hombres famosos? Entre el talento y la muerte trágica hay menos de un paso. El hombre innoble se mata, el bueno muere; pero a veces la muerte transfiere sus derechos a esa cosa que llamaríamos hado si no existiese la Providencia.

Teócrito exhaló el último suspiro en una horca; Hesíodo, el célebre poeta, fue asesinado por uno que se titulaba amigo suyo; Empédocles fue arrojado en el cráter del Vesubio; Demóstenes se suicidó por medio del veneno; Plinio pereció víctima de una erupción del Vesubio; el geómetra Arquimedes fue asesinado por un soldado romano de Siracusa; Catón se suicidó arrancándose las entrañas; Cicerón fue degollado por un oficial romano; Cuervo murió plácidamente con la conciencia tranquila y el cerebro despejado.

Leemos en *El Nuevo Tiempo* de 1.º de septiembre de 1911 una correspondencia de París en que se relata:

> En las instrucciones que dejó á la abnegada sirvienta que lo acompañó durante treinta años (el más honorable ciudadano francés con quien él había tratado, según su espiritual frase), prohibió que se hicieran invitaciones al entierro, se aceptaran coronas y se pronunciaran discursos. «Quiero aligerar mi equipaje, decía, y nada de esto se necesita para mi próximo viaje á la Mansión eterna.»
>
> Cuando su íntimo amigo y sabio facultativo doctor Juan E. Manrique (quien lo asistió con noble abnegación hasta el último instante y condujo su duelo) le proponía la intervención quirúrgica ó un tratamiento más activo para aliviar sus dolencias, Cuervo le contestaba: Inútil es, mi noble amigo, que pretendamos hacerle trampas á la muerte. El Supremo Juez me ha emplazado para presentarme ante su Tribunal, y no puedo faltar a la cita. Mis horas están contadas y no puedo perder en inútiles quites á la tumba el tiempo que necesito para prepararme y poderme presentar correctamente ante el Trono de Dios.

En la cabecera de la cama tenía tres libros en que leía los últimos días de su enfermedad: *Imitación de Cristo, Coeleste Palmetum ad ubertaten et sacras delicias excultum, etc.*, libro de su padre, a quien se lo había regalado

con dedicatoria el Ilustrísimo señor Arzobispo, Manuel José Mosquera, y el *Officium Beate Mariae Virginis, etc.* Como dato curioso, conviene saber que estaba premunido con una indulgencia plenaria para la hora de la muerte, pedida por él mismo al Padre Santo desde el año de 1878; y ya que todo esto demuestra su religiosidad edificante, séanos lícito revelar cierto documento íntimo hallado en una edición muy manoseada *De imitatione Christi*, escrito el 2 de julio de 1882 de su puño y letra, y que puede ser efecto de propósitos concebidos a raíz de algún retiro espiritual. Dicen así las resoluciones:

Ofrecer el día de rodillas.
Meditación antes de misa.
Oír ésta con toda devoción.
Hacer jaculatorias las más veces posibles.
Desconfiar absolutamente de mí y recordar los motivos que tengo para humillarme.
In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.

Sépase por último que el grande hombre mereció la licencia de leer libros prohibidos otorgada desde 1888.

La Condesa de Pardo Bazán en un sentido artículo publicado en *La Ilustración* de Barcelona, da cuenta de la muerte de Cuervo con esta forma:

Un aspecto interesante de la personalidad de este hombre de ciencia, era su religiosidad, casi su misticismo, en lo cual se revelaba bien su orígen español, el espíritu de su raza que, cuando hizo cosas grandes, las hizo impulsada por la fuerza de la fe. Cuervo oía misa todos los días; se confesaba á menudo; llevaba ceñido el cordón de los terciarios franciscanos; se empleaba en obras de caridad, y hasta se quitaba en la calle prendas de ropa para vestir á los pobres. Cuando ya se sintió gravemente enfermo y no pudo ir por sus pie á la iglesia, pidió el Viático, y él mismo preparó el altar adornándolo con vasos de flores y candelabros de plata; hecho lo cual, sacó el frac, que no se ponía hacía tiempo, se vistió de rigurosa etiqueta, y esperó á su Dios. Así, en los hombres que nacieron en otro hemisferio del mundo, reaparece España, reaparecemos en nuestros más típicos aspectos, inconfundibles, de hidalgos, ascetas espiritualistas. . . . y científicos; porque la filología, la gramática, en días lejanos, también fueron ciencias nuestras, y el mismo arranque que tuvimos para la conquista tuvimos para romper codos de bayeta y consumir aceite de lámparas. Cuervo nos pertenece, á pesar de su ardiente patriotismo bogotano, y su obra es, en suma, cosa de España.

En París a las seis de la mañana del 17 de julio de 1911, Cuervo entregó su alma a Dios; sus bienes, a los pobres; y la memoria de sus hechos, a la historia.

.... La mañana convidaba á visitar á los muertos, y yo debía visitar al más ilustre de los amigos, cuya vida fue una obra maestra, y cuya tumba acaba de cerrarse en silencio como coronamiento de su vida de labor y de silencio. No quiso pompas rituales, ni urnas cinerarias, ni oraciones fúnebres, buscó el cementerio más antiguo y melancólico, y allí, un rinconcito al lado de su hermano querido, para dormir hasta la resurrección de los hombres, que Dios ha prometido á los que en él esperan. ¡Bella muerte, incomparable vida!

El solo nombre de *Cementerio del Padre Lachaise* tiene no sé qué raro y triste encanto, y despierta en nosotros como viejos recuerdos que parecían borrados del todo....

.... Hé aquí para los que quieran venir á visitarlo, la dirección actual de don Rufino J. Cuervo: 90 División. 11 Ligne. Fase 91, números 47 de 87. Père Lachaise....

Sobre una modesta losa de piedra están grabadas estas inscripciones: Angel Cuervo. Bogotá, 1838. París, 1896. Rufino José Cuervo, Bogotá, 1844. París 17 de julio de 1911....

Duerme en paz ¡oh precioso varón! cerca de Abelardo, que como tú fue justo, y como tú fue sabio; cerca de Ney, el héroe, de Mus-

set, el poeta; de Thiers, el gran patriota; duerme en tierra extranjera mientras el mármol de la admiración nacional muestra tu eximia apostura, como ejemplo de todas las virtudes, á las generaciones colombianas (1).

---

(1) Cornelio Hispano. *El Nuevo Tiempo*, junio 5 de 1912.

IX

Elogios a Cuervo

PROYECTO DE LEY

por la cual se honra la memoria del doctor don Rufino José Cuervo.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

Artículo. La República registra en el catálogo de los esclarecidos ciudadanos que por sus talentos y servicios han dado prez y reputación a su Patria, el nombre de Rufino José Cuervo.

Artículo. Colombia honra la memoria de este hijo esclarecido, y presenta toda su vida a las generaciones actuales y futuras, como ejemplo digno de imitarse, por su purísima fe, santidad de costumbres y profunda ciencia.

Propuesto a la Honorable Cámara de Representantes por los infrascritos representan-

tes, en su sesión ordinaria de 21 de julio de 1911.

J. Evangelista Trujillo, Arcadio Charry, Germán D. Pardo, Rafael Jiménez Triana, José Joaquín Casas, Rafael Carvajal, Laureano Gómez, Felipe Ramírez, Víctor M. Salazar, Lisandro Leiva, Jesús Rozo Ospina, Miguel Navia, Miguel J. Canal, Pedro Elías Mendoza, Francisco Sorzano, M. Arango.

Secretaría de la Cámara—Julio 25 de 1911.

En la fecha se aprobó este proyecto en primer debate, por unanimidad de setenta y siete balotas blancas.

En comisión, con veinticuatro horas de término, a los Honorables Representantes Arciniegas y Caballero.

Cópiese, regístrese y repártase.

Torralbo.

◆◆

El Concejo municipal de Bogotá,

CONSIDERANDO:

1.º Que ha fallecido en París el sapientísimo humanista y filólogo don Rufino José Cuervo, preclaro hijo de la ciudad de Bogotá;

2.º Que el señor Cuervo contribuyó con sus obras magistrales, especialmente con sus *Apun-*

taciones críticas sobre el lenguaje bogotano, con su *Gramática de la lengua latina*, compuesta en asocio del celebérrimo filósofo, literato y poeta don Miguel Antonio Caro; y con su monumental Diccionario, por desgracia inconcluso, de construcción y régimen de la lengua castellana, al adelantamiento y brillo de la literatura nacional;

3.º Que en toda su fecunda vida dio ejemplo de acendrada fe católica y de altas virtudes públicas y privadas, entre las cuales es digna de gratísima memoria su amor a Colombia y a su Municipio nativo;

4.º Que en testimonio de este poderoso sentimiento hizo en su testamento valiosos legados a la República, al Hospicio y al Hospital de San Juan de Dios de esta ciudad, al cual instituyó heredero universal del remanente de sus bienes;

5.º Que el señor Cuervo figura en la lista de los colombianos ilustres que han ocupado puesto en el Cabildo de Bogotá; y

6.º Que siempre rindió culto al día clásico de Colombia, mayormente al consignar por escrito su última voluntad; pues consta en ésta haber designado la sesión municipal del 20 de julio de cada año, para beneficiar con el producto anual de parte de sus bienes a un tipógrafo de esta capital, honrado, pobre y cabeza de familia.

RESUELVE:

Deplórase el fallecimiento del eminente humanista y erudito filólogo, académico y doctor honorario de la Universidad de Berlín, don Rufino José Cuervo, gloria del mundo; tributa el más cumplido loor a su saber y a sus virtudes, y presenta su vida laboriosa e inmaculada a la imitación de la juventud bogotana.

Esta proposición será publicada en carteles y en el *Registro municipal*, y se pasará copia auténtica de ella a la familia del señor Cuervo y al señor director de la Academia colombiana.

LEY NÚMERO 1 DE 1911

(4 DE AGOSTO)

sobre honores a la memora del señor don Rufino José Cuervo.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

Artículo 1.º La nación colombiana considera como duelo público el fallecimiento del señor don Rufino José Cuervo, quien dilató en los más cultos países del orbe, con gloria y esplendor, el patrio renombre; y recomienda sus más altas virtudes y nobilísima existencia a la imitación de todos los colombianos.

Artículo 2.º La estatua de Cuervo, en mármol o bronce, se erigirá en Bogotá, ciudad de su nacimiento, en el lugar que el Gobierno designe, a fin de que se perpetúe en generaciones futuras la imagen del sabio.

Artículo 3.º Las obras inéditas de Cuervo legadas por él generosamente a la República se publicarán a costa del Tesoro nacional, a medida que la situación de éste lo vaya permitiendo. Los manuscritos de dichas obras se guardarán lo mismo después de publicados que antes de ello, de suerte que en lo humanamente posible queden garantidos contra el fuego y contra cualesquiera otras causas de destrucción o de simple daño, y se considerarán y tratarán como uno de los mayores y más preciosos tesoros de Colombia.

Artículo 4.º Los gastos que demande el cumplimiento del artículo 2.º de esta Ley se considerarán incluídos en el Presupuesto de gastos del próximo año económico.

Parágrafo. Encomiéndase al Ministerio de Instrucción pública el cumplimiento de lo ordenado en el artículo 3.º, y en el presupuesto de cada año se incluirá, a propuesta del mismo Ministerio, la partida que al efecto fuere necesaria.

Artículo 5.º Un ejemplar auténtico de esta Ley será presentado a la familia de Cuervo.

Dada en Bogotá a cuatro de agosto de mil novecientos doce.

El Presidente del Senado, HERNANDO HOLGUÍN Y CARO—El Presidente de la Cámara de Representantes, MANUEL DÁVILA FLÓREZ— El Secretario del Senado, *Carlos Tamayo*—El Secretario de la Cámara de Representantes, *José Torralbo.*

Poder Ejecutivo—Bogotá, 5 de agosto de 1911.

Publíquese y ejecútese.

(L. S.)

CARLOS E. RESTREPO.

El Ministro de Gobierno,

PEDRO M. CARREÑO.

DECRETO NUMERO 171 DE 1912

(5 DE FEBRERO)

en ejecución de la Ley 1.ª de 1911, sobre honores a la memoria del señor don Rufino José Cuervo.

El Presidente de la República de Colombia

En uso de sus facultades legales,

DECRETA

Art. 1.º Nómbrase una Junta compuesta de los señores don Marco Fidel Suárez, don Rafael Pombo, doctor Eladio C. Gutiérrez, doctor Miguel Abadía Méndez, don Emiliano Isa-

za y doctor Carlos Cuervo Márquez, la cual, de acuerdo con el Gobierno, debe proveer lo conveniente respecto de la estatua que va a erigirse en Bogotá al señor don Rufino José Cuervo.

Art. 2.° La Junta, de acuerdo con el Gobierno, designará la persona residente en París que haya de contratar en esa ciudad la ejecución de la obra, que debe encomendarse a renombrado artista, que puede ser designado por la misma Junta.

El artista a quien se encargue la ejecución de la obra debe suministrar el diseño del pedestal e indicar todos los detalles pertinentes.

Art. 3.° La Junta, una vez que elija el sitio en que la estatua haya de erigirse, enviará al encargado de contratar la ejecución de la obra, los planos, vistas fotográficas y detalles indispensables para la determinación precisa del lugar del emplazamiento, de manera que la obra en su conjunto y en sus detalles guarde la debida correlación y constituya un monumento adecuado para honrar la memoria del sabio eximio.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, a 5 de febrero de 1912.

CARLOS E. RESTREPO.

El Ministro de Obras públicas,

SIMÓN ARAÚJO.

Academia Colombiana

ACUERDO DE 3 DE AGOSTO DE 1912.

Al registrar en actas el fallecimiento del señor doctor Rufino José Cuervo, acaecido en París el 17 de julio último, que ha traído el mayor duelo a esta Corporación, la Academia Colombiana

ACUERDA:

1.º Disponer en la Capilla del Colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el cual explicó humanidades el señor don Rufino José Cuervo, la celebración de un oficio fúnebre y misa de réquiem en memoria del sabio académico que llevó ejemplar vida cristiana, a quien distinguieron singulares virtudes.

2.º Celebrar oportunamente una sesión solemne en homenaje y recuerdo de este claro varón, único que sobrevivía de los individuos fundadores de la Academia, en quien se unió el amor de la sabiduría al acendrado amor de la patria, enaltecida por él con su nombre glorioso, que señaló nuevos rumbos a la ciencia filológica y coronó con ella puntos culminantes a que no se había alcanzado y por cuya obra, a par de la de Bello y de Caro, vuelve la lengua castellana en nuestra América a su prístina hermosura y corrección.

El Director, RAFAEL MARIA CARRASQUILLA.

El Secretario, *Diego Rafael de Guzmán.*

La Academia nacional de Historia registra con profundo dolor en el acta de este día (20 de julio de 1911) el fallecimiento de su miembro honorario don Rufino J. Cuervo. La Corporación rinde un homenaje de admiración y respeto a la memoria de este eximio colombiano que deja en el seno de la patria un vacío que en largos años no se llenará, y consagra esta memoria al amor de quienes admiran y veneran la ciencia y la virtud. En señal de duelo nacional la Academia levanta la sesión de este día. Un académico designado por la Corporación hará en sesión solemne, el 12 de octubre próximo, el elogio fúnebre del ilustre filólogo e historiador.

Boletín de Historia y Antigüedades, agosto de 1911.

PROPOSICION

aprobada por la Sociedad tipográfica de Bogotá en la sesión del 28 de Julio de 1911.

La Sociedad tipográfica

CONSIDERANDO:

Que el día 17 de julio del presente año falleció en París el por muchos títulos ilustre colombiano señor don Rufino J. Cuervo;

Que el señor Cuervo fue honra y prez de Colombia, como hombre de íntegro carácter,

de caballerosidad nunca desmentida y de exquisito patriotismo;

Que su nombre figura en muy alta esfera del saber, y da así a su patria brillante aureola de distinción;

Que su obra filológica y literaria ha sido grande entre los países de habla castellana, y ha servido muy especialmente al gremio tipográfico, del cual fue siempre decidido apoyo el señor Cuervo, hasta el punto de ordenar en su testamento—ejemplar modelo de filantropía—un valioso legado para el tipógrafo bogotano más infortunado,

RESUELVE:

La Sociedad tipográfica deplora la muerte del eminente colombiano señor don Rufino J. Cuervo; y, como testimonio de gratitud para con aquel ilustre sabio, ordena ejecutar un retrato de él, a lápiz, el cual será colocado en el salón de sesiones, en lugar preferente.

Asímismo, la Sociedad recomienda a todos los que componen el gremio, guarden de modo imperecedero en sus corazones el culto por la memoria del sabio filántropo señor Cuervo, verdadero benefactor de Colombia.

Esta proposición será publicada en carteles murales y en hojas periódicas de la ciudad.

Nuestra Academia, al disponer esta mañana decoroso funeral por el alma del señor don Rufino José Cuervo, en la capilla del Colegio del Rosario, en cuyas aulas leyó humanidades el llorado sabio, y al dedicarle esta junta extraordinaria y solemne, ni agravia a los académicos que murieron antes que él, ni establece precedente para los que vayan falleciendo en lo sucesivo. Era el señor Cuervo el último sobreviviente de los individuos fundadores de nuestra Corporación. En su memoria honramos la de todos sus colegas ilustres, y al celebrarla brindamos estímulo a los que, con harto rubor de nuestra alma, hemos sido llamados a sucederles.

R. M. Carrasquilla—Alocución.

La Colectividad tipográfica ha querido, para cumplir con un deber ineludible de gratitud con quien en vida trabajó con decisión y eficacia por la vulgarización correcta del idioma de Castilla, y a su muerte lo heredan generosamente aquellos de sus miembros a quienes hagan acreedores las mayores necesidades de la vida, poner en su programa—como la nota más saliente con que solemnizar podría la posesión de sus nuevos dignatarios—la colocación en este recinto del retrato del insigne y meritorio filólogo señor don Rufino J. Cuervo....

Si se me interroga sobre los nexos del señor Cuervo con el gremio tipográfico, que motivan esta grata rememoración, habría de conduciros al interior intelectual de varios de los tipógrafos aquí presentes y mostraros el honroso lugar que allí le tienen señalado, cuando quiera que del progreso gramatical se trata, o mejor, cuando la sintaxis y la ortografía castellana sufren revoluciones ascendentes o descendentes, ora sea para admirar la galana y robusta frase de los clásicos, ora para rechazar la pedestre e insonora de los profanos. El señor Cuervo le perteneció al gremio, le pertenece y le pertenecerá mientras la noble aspiración de los tipógrafos estudiosos no desmaye en propagar estas enseñanzas y mientras sepan repeler la acomodaticia indiferencia de algunos modernos empresarios vinculada al mayor usufructo y en detrimento del idioma y del respeto que los autores se merecen.

Jesús González—Discurso—El Artista, marzo 6 de 1912.

◆◆

Presidencia de la República—Bogotá, septiembre 21 de 1912.

R. P. Fray P. Fabo—Presente.

Muy respetado señor y amigo:

El mayor elogio que puedo hacer de don Rufino J. Cuervo, se lo rindo al patriota y no al filólogo.

En 1904 redoblaba mis esfuerzos por la causa de la civilización política en Colombia, fundando el periódico *Vida Nueva*. En el primer número expuse un programa de tolerancia, de mutuo respeto entre los hombres y de necesaria y fácil convivencia para todos los partidos.

A ese alto pensamiento, que he tratado de realizar en el Gobierno, correspondió el señor Cuervo con la siguiente carta:

Neuchatel (Suiza), agosto 21 de 1904.

Señor doctor don Juan B. Montoya y Flórez—Medellín.

La *Vida Nueva* de que me envía usted el primer número representa para mí una aspiración que puedo llamar tradicional; pues mi venerado padre no tuvo en toda su vida otro pensamiento que el de apaciguar los odios de partidos, y lograr que la acción de todos dentro de la órbita legal, estableciese una verdadera república, como lo es este pueblo feliz en que estoy ahora. ¡Quiera el cielo que después de tantas ruinas, nos ajuiciemos y vivamos como seres racionales!

Sincero amigo y ferviente admirador,

R. J. CUERVO.

Así, permita S. R. que tribute este homenaje al insigne y cristianísimo colaborador de mis ideas.

De usted atento, seguro servidor y amigo,

C. E. Restrepo.

Don Rufino J. Cuervo per virtu e scienza filologica come aquila vola.

Monsignore Ragonesi.

Bogotá, settembre 23 di 1912.

◆◆

Este ilustre colombiano, gloria auténtica, no sólo de la República que con orgullo legítimo lo cuenta en el número de sus hijos, sino de toda la América latina, era el hombre que podía llamarse sin ambages casi perfecto, porque tenía todas las condiciones de los santos. Testigos, cuantos lo trataron y por ello le rindieron no sólo el tributo de la admiración sino el del cariño más entusiasta y sincero.

Era un católico completo, fervoroso como pocos, tan piadoso, que comulgaba diariamente, y completaba la aureola de la vida cristiana con la práctica de la caridad como miembro que era de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

La Sociedad—Bogotá, julio 20 de 1911.

◆◆

Con el título de amigos debemos invocar, al hablar del señor Cuervo, el de maestro y el de hermano en la milicia seráfica. El nos hizo amar la hermosa lengua de Virgilio, inmortal

como la iglesia que la enseña y cultiva; él, siempre pronto a comunicar sus luces y sus ideales literarios a las inteligencias juveniles, nos mostró el prodigioso venero—la ciencia germánica—de donde sacaba el oro purísimo de sus enseñanzas gramaticales, abrillantado por su genio filológico; él, en fin, nos hizo aspirar ese aroma deleitoso que despide en torno suyo el que explora, como Hervás y Panduro, el infinito y hermoso campo del lenguaje, regándole con el rocío de la oración y de la gracia.

Precedióno el señor Cuervo en el ingreso a la casa del humano serafín. Le vimos y admiramos su bondad y su fervor en el templo terciario, cuando rezaba la corona franciscana.

El filólogo y pensador colombiano, menos afortunado que el sabio germánico, no tuvo la gloria de concluír su *Diccionario*, más útil para los países de lengua castellana que la *Gramática* de Bopp para los de lengua alemana. En cambio, el señor Cuervo recogió abundante cosecha en la santa viña, hasta poder exhalar el suspiro de Simeón; vivió en su retiro de París como un cristiano de los primeros tiempos, unido con Jesús, a quien recibía diariamente en el divino banquete; derramó con dulzura y constancia los dones de su ardiente caridad, y dio a la metrópoli francesa, víctima de la demagogia y de la corrup-

ción, y a su propia patria, sublime ejemplo de fe y de piedad y de un alma en quien se hermanó el saber profundo con la humildad y con la pureza del corazón. Fiel en París, como lo había sido en Bogotá, a la bandera seráfica, conservó la pobreza de espíritu, recomendada por los divinos labios como heraldo de eterno galardón.

Colombia, más que agradecida por la herencia que el señor Cuervo dejó para sus institutos de caridad, repetirá con orgullo su nombre inmaculado, conservará sus obras con religioso respeto, y será, sobre todo, depositaria y pregonera de su gloria.

Gabriel Rosas—La Iglesia, 15 julio 1911.

MORT DE RUFINO JOSÉ CUERVO.

L'Amérique espagnole vient de perdre en don Rufino José Cuervo, colombien, sa personalité litteraire la plus éminente. M. Cuervo était un fin lettré et un grand savant, reconnu par tous les philologues contemporains comme la première autorité en matière de langue castillane. Installé à Paris depuis près de trente ans, il a honoré la France en y faisant imprimer—plutot qu'en Allemagne—ses remarcables travaux. Le principal de tous est son *Dictionnaire de la langue castillane*, dont il n'a

publié que deux volumes (922 et 1348 pages, jusqu'à la lettre E), mais qui reste un livre fondamental, un modèle d'érudition, de sagacité et de goût. C'est peut être le travail lexicographique le plus parfait qui ait été publiè en aucune langue.

Le Soir—Bruxelles—Revista hispanoamericana de Bruselas.

No soy yo quien puede hablar dignamente de Rufino José Cuervo, porque el cariño no reemplaza a la ciencia; y el elogio de un sabio no se hace solamente con palabras de afecto y gratitud, sino con el análisis profundo de su genio y de sus obras. Varias veces al trazar estas líneas el recuerdo del generoso amigo ha humedecido mis ojos; y las dificultades de la tarea me han hecho ver con intensa claridad, que si él pudo abrirme los tesoros de su benevolencia, no estaba en su mano el franquearme las llaves de su ciencia filológica, porque ese santuario no se abre por mágico conjuro, sino por medio de una severa disciplina, por la aplicación de métodos de incomparable delicadeza y precisión.

Antonio Gómez Restrepo—Discurso en elogio de Cuervo.

Terminaré este desairado artículo repitiendo una vez más con Caro, que el señor Cuervo, aunque pese a su desmesurada modestia, «es lumbrera de la filología, no sólo en América sino en Europa». No puede decirse más en elogio de este compatriota.

Item más: si don Rufino tuviera la arrogancia de Quinto Ennio, benemérito a su vez de la lengua latina, sí que podría escribir para su epitafio, con títulos tan saneados a la inmortalidad:

Nemo me lachrymys decoret neque funera fletu.

Faxit Cur? Volito vivus per ora virum.

Nadie me llore, ya que permanezco vivo en boca de todos.

Obdulio Palacio Muñoz—Alpha, Medellín, marzo de 1908.

Así Rufino José Cuervo fue, como dije al principio, un hombre íntegro y cabal, un sabio y a la vez un ejemplar de virtudes, una estatua modelada por la bondad y el saber en el mármol de la fama; y personificando del modo más exacto y más feliz las buenas cualidades que más distinguen nuestro genio nacional, destelló en el centro de la civilización universal luz para las letras y la ciencia y honra para su patria.

Marco Fidel Suárez—Elogio, etc.

M. Cuervo, est—avec Pereda—le type le plus complet de vieux Castillan que j'aie connu. Oui, ce savant timide, qu'on rencontrait chargé de bouquins par les rues, était bien le vrai Castillan du XVI siècle, cordial et grave, avec son caractère généreux et indomptable, sa fière indépendance, la susceptibilité de son *pundonor* et son ascetisme mystique. L'impétuosité de sa nature avait été matée par un long travail sur soi-même. Ce qui dominait chez lui dans les dernières années, c'était la douceur, une douceur à la Saint Francois de Sales, conquête glorieuse de la volonté. Cette douceur n'était jamais faiblesse ou lâcheté. Il savait pardonner, ne jugeait personne, ne médisait jamais; mais il savait résister aussi, et la rectitude de sa conscience était inflexible; le mal restait toujours pour lui le mal; il n'avait pas cette indulgence sceptique que donne le commerce du monde, mais qui ne va guère sans un flechissement du sens moral. Fréquenter un tel homme était un bienfait....

Voilà un peu ce que fut don Rufino José Cuervo. Je souhaite qu'à mon témoignage viennent s'en joindre beaucoup d'autres, pour que soit conservée intacte la figure morale de cet insigne homme de bien, comme le moulage nous conserve ses traits, ce masque admirable de moine à la Zurbaran, dont j'ai vénéré

pieusement, à genoux près de son lit de mort, le rayonnement surnaturel.

Boris de Tannenberg—Bulletin hispanique. Bordeaux. Tomo XIII, número 4.°

No lo conocí personalmente, pero el olor de su fama, trasponiendo anchurosos espacios, llegó hasta mi hogar; y desde luego lo amé y lo admiré.

Y su fama no era de esas que publican los interesados histriones, sino fama de ilustración, de genio, de virtudes cristianas: fama esquiva al aplauso que resuena en las plazas y en las calles, pero que vive con elocuencia tácita, en las almas nobles y generosas.

Ocultaba su sabiduría en la modestia, su ingenio en el candor, sus virtudes en la humildad.

Su memoria florece para bien del género humano, y sobre su tumba, como sobre la de Gerson, puede escribirse la más elocuente de las alabanzas:

Sursum corda.

Marco Antonio Saluzzo—Caracas, 21 de febrero de 1912.

Rufino José Cuervo vient de mourir. L'éminent colombien vivait parmi nous depuis de longues années et a publié, en France, les écrits qui sont les plus illustres. Linguiste consommé, auteur de travaux de syntaxe et de lexicographie espagnoles qui marquen sa place au premier rang des maîtres de la science du langage. Cuervo ne faisait aucune montre de ses belles aptitudes et de son acquit. Cantonné dans une retraite que seuls de rares amis osaient troubler, il fuyait toutes les occasions de se produire et semblait craindre les distinctions honorifiques. Il a reçu quelques unes, mais presque à son insu et contre son gré. Gaston Paris, qui appréciait la sûreté de sa méthode et son érudition si précise, le fit décorer de la Legion d'honneur, et l'an dernier, l'Université de Berlín lui décernait un diplôme de docteur «honoris causa».

Sa santé délicate l'arretait souvent dans son travail, passionnément aimé; il supportait cette épreuve avec une stoïque résignation. Courtois, il se mettait, avec une générosité sans pareille, à la disposition de quiconque venait le consulter. Cuervo était né à Bogotá en 1844. Il est mort à Paris. Ses obsèques ont eu lieu le 20 juillet, à l'église de Saint François-Xavier.

Le Temps. París.

Los hombres y las obras deben discutirse para aquilatar su mérito, y si hay alguien que resista las contingencias de un debate contradictorio, ese alguien es, precisamente, don Rufino J. Cuervo. Sólo las medianías no se discuten, porque no resistirían la discusión.

Guillermo Camacho—La Crónica, Bogotá, septiembre 4 de 1912.

Rufino J. Cuervo ha muerto. ¡Cayó el coloso de la filología castellana, y cayó para siempre! Su muerte, que habrá sido sentida por cuantos de cerca le trataron y de lejos supieron aquilatar su obra y sus méritos excepcionales, deja un gran vacío en el interesante campo de la investigación lingüística, pero deja tras sí un reguero de luz potente y brillante que iluminará la senda de los que cultiven su rama, y alentará los espíritus de los investigadores con el éxito de sus conquistas. Fue bueno y leal, sencillo y humilde como lo son los grandes, como lo son los sabios; inconsciente de su gran valer, «con modestia desconcertante, con pudor intelectual raro», vivía la vida tranquila, modesta y austera de aquel que, si no reñido con la sociedad, parecía rebelde a las múltiples exigencias de la misma, por lo que deslizábase su vida en morada sencilla, como «perdido entre ediciones raras, manuscritos, incunables, revistas

de todas las lenguas, viejos mueblos oscurecidos, severos infolios latinos o germanos, leyendo en los momentos de reposo antiguos textos, que anotaba, coleccionando papeletas que fueron después inagotable fuente de saber gramatical», pulsando la literatura española, que logró conocer en toda su extensión y con singular dominio, por lo que hubo de adjudicársele, merecidamente, el título de hablista eximio, a lo que contribuyó, no poco, su profundo conocimiento de todas las lenguas romances, no en el sentir filológico, como consigna el erudito escritor señor García Calderón en su libro *Profesores de idealismo*, sino dominando completamente cuanto en el terreno de la ciencia del lenguaje se refiere a la fonética, morfología y sintaxis de esos idiomas, señalando con admirable pericia la razón de por qué se podía emplear tal giro, tal verbo, tal régimen, tal idiotismo, así como los autores que los han usado, el sentido de ellos y los escritores que se han señalado por defender el opuesto.

Lo conocimos el 20 de noviembre de 1908, momentos después de haber estrechado, por última vez, la mano amiga del inolvidable Piñeyro, en una tarde desapacible y de llovizna en la que acompañado de nuestro discípulo el doctor Homero Serís, no quisimos abandonar la capital parisiense sin cambiar impresio-

nes con el hombre más grande en saber y de autoridad más justificada de cuantos han cultivado con éxito la lengua castellana. Fue para nosotros aquel rato delicioso, de goce espiritual, oyendo de sus labios enseñanzas elevadas, que jamás olvidaremos. Su caballerosidad provervial allí se exteriorizó y su simpatía de latino quedó bien apreciada. Mucho hablamos de nuestras comunes aficiones, y al referirnos a los asuntos relacionados con su especialidad pudimos advertir de nuevo lo extremada de su modestia, por lo que fue difícil hacerle hablar de su vida y de sus producciones; de esas obras maravillosas arrancadas a la mente en medio de las fugaces exhalaciones del genio, concebidas y realizadas en aquel apartado lugar de la calle de Siam núm. 18, viviendo entre libros y notas que aparecen a la vista del observador como en manifiesto desorden, frente a una balumba de papeles que contenían datos interesantes que surgen oportunamente con la seguridad que da el frescor de una memoria potente y fiel.

Juan M. Dihigo—Rufino J. Cuervo. Estudio crítico. Habana. 1911.

Saltáronle encima algunos puristas y gramáticos, airados contra el bogotano que demostraba saber más que ellos de nuestra habla castiza; y, al mismo tiempo, aprovecháronse plenamente de los ejemplos por Cuervo reunidos, notándose—dice con gracia el francés más enterado de nuestros asuntos—que sus lucubraciones muy bien documentadas en las cuatro primeras letras del alfabeto, decaen al faltarles el tesoro de citas por Cuervo reunidas.

La Condesa de Pardo Bazán—La Ilustración. Barcelona.

Era el tipo perfecto del hombre, para el cual las cosas espirituales son las esenciales, y a ellas dedicó su vida íntegra, con admirable desinterés. Su vida toda es el más alto ejemplo de laboriosidad y de virtud. Hombre de letras si los hubo, trabajó rudamente por varios años hasta conseguirse esa independencia material que es la más segura salvaguardia de la dignidad y del decoro personal, y en largos años de trabajo intenso y continuo, elevó verdaderos monumentos que serán gloria eterna de las letras castellanas.

Los que pudimos verlo en su departamento de la rue de Siam, no olvidaremos nunca aquella figura de tan rara nobleza. En aque-

lla verdadera «ciudad de los libros» daba él la impresión del sabio perfecto. Y ese coloso de la inteligencia conservaba un corazón de niño; imposible recordar sin honda emoción la afabilidad cariñosa de su acogida; su modestia admirable, casi exagerada, tanto más hermosa cuanto que tenía derecho a todas las pretensiones; su bondad inmensa, venida de lo íntimo de su corazón. . . . No sólo era un sabio, era también una altísima figura moral; su corazón sano y robusto estaba a la altura de su poderoso cerebro.

E. S.

El Tiempo, Bogotá, 19 de julio de 1911.

Los sabios tienen la obligación de enseñar a los obtusos e ignorantes. Acórranme en este trance, por si de riesgo fuere (una cuestión gramatical), el reverendo padre Fita, Menéndez Pelayo, y mi glorioso amigo don Rufino José Cuervo, autor de *un algo* inmenso que hasta ahora no ha hecho sino él, o sea el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, tan altamente puesto por la Academia española.

Gonzalo Picón Febres—Párrafo de una refutación en un libro inédito—Mérida (Venezuela), 21 de mayo de 1912.

¿Qué persona que tenga bien puesto su corazón de iberoamericano no se sentirá orgullosa y satisfecha al conocer la vida de Rufino J. Cuervo? No entendió el gran lexicógrafo, el ponderoso historiador, el diserto filólogo y el profundo lingüista, tantos así fueron sus títulos, de patriotismo *escalera;* y a tiempo que todos o casi todos medraban y se corrompían, él, el sabio, el altruista, no vaciló y siempre se mantuvo en el sendero de su deber de recto y laborioso ciudadano. Copia de ciencia, asiduidad en el trabajo, desprendimiento en los propósitos, grandeza en las miras, todo lo reunió. Fue astro de justicia como historiador y como sabio, modelo de virtudes republicanas, ejemplo de probidad acrisolada y de carácter firme. Varón era de sentimientos arraigados de caballerosidad, modesto de veras, enemigo del yo egoísta, indiferante y frío; para él el patriotismo era trabajo, sacrificio y hasta martirio. Con hombres así nuestra civilización sería siempre respetada, y si los hijos de la América latina nos complacemos en las obras de nuestros grandes hombres y los imitamos en sus altas acciones, por sus pasos contados, llegará el día en que en estas repúblicas la república no sea un sarcasmo, ni la democracia una mentira.

Agustín Aragón—Revista positiva, Méjico, número 140.

A RUFINO JOSE CUERVO, EN LA INMORTALIDAD.

Coronar la alta cumbre,
El linde hollar de la virtud humana,
Difundirse en la lumbre....
Tal del genio la gloria soberana
Que al mal humilla en su altivez insana.

¿Qué es el hombre? Pigmeo
O atleta; ya en su seno el mal anida,
O ya, héroe giganteo,
Levántase del bien a la manida
Y se nutre del néctar de la vida.

Es lucha la existencia:
En hosca oscuridad se hunde la mente
Y en fango la conciencia:
Luz y tinieblas riñen rudamente
Y el bien y el mal, en lucha prepotente.

El alma vencedora
En el fulgor de la verdad se inflama
Y luces atesora;
Angel entonces, su poder reclama
Sobre la bestia, y su victoria aclama.

Tú, ángel en forma humana,
Escalaste del bien la excelsa altura;
Tú de la fe cristiana
Alimentada tu conciencia pura,
Presentiste la célica ventura.

Tu nombre está esculpido
En caracteres de fulgor y gloria
Que vencen al olvido;
Inmaculado vivirá en la historia,
Ornado del laurel de la victoria.

¡Oh! dejar en el suelo
Huellas de luz y fama merecida;
Dar al dolor consuelo;
Curar del infortunio la honda herida....
¡Eso es podar el árbol de la vida!

Al huérfano y la viuda
Diste hogar, diste pan y diste abrigo:
Con elocuencia muda
Ellos bendecirán al noble amigo;
Su dicha eterna partirán contigo.

¿Quién tu suerte no envidia?
No sentiste la aleve mordedura
De la sutil perfidia:
Subir supiste a tan serena altura,
Que hasta ti no llegó su larva impura.

A ti, a par sabio y santo,
Te tributo el humildísimo homenaje
De mi inacorde canto;
De gratitud y admiración en gaje,
Te brindo de mi amor el hospedaje.

¡Que Colombia merezca
A tu alma de patriota una mirada:
No dejes que perezca!
Un hijo de su madre más se apiada
Cuanto más abatida y desgraciada.

Enrique Alvarez Bonilla.

El Hogar católico, Bogotá, número 43.

Don Rufino José Cuervo fue uno de los primeros filólogos de su siglo; pero, con ser tan grande como tal, como hombre valía mucho más. Nadie que le trató puede olvidar su bondad ingénita, su cortesanía, su buen humor, su caballerosidad intachable. Fue de los muy pocos que pasan por este mundo haciendo bien y no dejando tras de sí ningún rencor ni malevolencia. ¡Dichoso él!

Miguel Mir—Madrid, 23 febrero de 1912.

Don Rufino José Cuervo (q. d. p.), varón insigne, literato benemérito, escritor infatigable, hombre a todas luces digno de elogio por su literaria laboriosidad. Su Diccionario pone a la vista el gran caudal de noticiosa erudición que con la paciencia del estudio había atesorado: de suerte que pocos son hoy los lite-

ratos que puedan aspirar a la honra de emparejar con él en orden a lo trabajoso del estudio.

Juan Mir, S. J.—Colegio de Jesús—Tortosa, febrero 24 de 1912.

Murió «después de dejar en libros inmortales luminosa huella de su paso por el mundo», el gran filólogo hispanoamericano don Rufino José Cuervo. Un niño inocente y un sabio profundo; un pensador enamorado del progreso y un fervoroso cristiano: todo esto junto y unificado; todo esto armonizado a maravilla en un alma amabilísima, casi adorable. . . .

De la ejemplarísima muerte de este sabio modesto, en quien el saber y la bondad siempre corrieron a las parejas, ha dado cuenta Boris de Tannenberg, con pormenores muy interesantes, que sacan las lágrimas a los ojos, en un artículo publicado en el *Bulletin hispanique*, de Burdeos. Sintiéndose morir el insigne filólogo, él mismo preparó el altar en su casa y vistióse de gala como para asistir a una grande recepción; éralo en efecto, la de Dios sacramentado. . . . No por mera casualidad, sino quizá providencialmente, y en esto debe meditarse despacio, han sido americanos y no españoles, los dos más famosos gramáticos de la lengua castellana: Bello y Cuervo; como para

advertir a las naciones hispanoamericanas con cuanto esmero deben cultivar nuestro común idioma. . . .

Descanse en paz mi respetado amigo y amado maestro don Rufino José Cuervo, y sean aceptos a su alma buenísima, que ya gozará de dicha inmortal entre los justos, estos renglones dictados por la admiración y por el cariño.

Francisco Rodríguez Marín—Unión Iberoamericana. Madrid. Enero 31 de 1912.

La disparation de ce grand savant porte un coup très sensible à nos études, qui pouvaient attendre de sa belle activité de nombreux et précieux enrichissements. . . .

. . . . *Le Bulletin hispanique*, qui doit à la mémoire de Cuervo une très profonde reconnaissance pour la collaboration dont il l'a si souvent honoré, ne pouvait se contenter de cette brève notice rédigée au lendemain de sa mort; ses directeurs ont pensé qu'ils répondraient au désir de tous, de ceux qui l'ont connu et de ceux qui n'ont pas eu ce privilège, en demandant à M. Boris de Tannenberg de vouloir bien résumer les souvenirs que lui a laissé son commerce intime avec cet homme exquis. M. de Tannenberg a fort aimablement répondu à notre demande en écrivant pour

le *Bulletín* un «Cuervo intime», qui complète et précise la silhouette publiée precédémment dans le tome III de ce recueil et où avaient été parqués déjà quelques-uns des traits les plus saillants de ce beau et noble caractère.

Alfred Morel-Fatio—Bulletin hispanique. Tom. XIII, número 4.º

Don Rufino José Cuervo era un verdadero sabio, y la cualidad personal que más le distinguía era la modestia. No sólo no se enfadó por los descuidos que le anoté en *El castellano en Venezuela*, sino que me tendió mano de amigo, me remitió sus publicaciones, y subsanó aquellos en la última edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano;* todo lo cual es testimonio de un carácter entero, noble y honrado.

Julio Calcaño—Caracas, abril 6 de 1912.

La Colombie et l'Amérique latine pleureront ce fils si digne et dont elles peuvent se sentir fières, car il n'a pas honoré sa patrie seulement par des oeuvres de haut mérite, mais par un caractère d'une fermeté, d'une droiture et d'une grandeur d'âme vraiment admirable.

Le Figaro—París.

Don Rufino J. Cuervo egyike volt azokuak a kivételes embereknek, akikröl semmi rosszat sem lehet mondani. E'lete olyan volt, mint a jó emberé, halála pedig olyan, mint a szenté. Bár èletét egészen a tu dományoknak szentelte, szíve mèg sem zárkòzott el azemberi nyomorúság elöl

E kìváló nyelvèsz a méh szorgalmàval gyüjtögette az adatokat a kasztiliái nyelv teljes szótàra c. müvéhez. Hogy nem sikerült azt befejeznie ez mit sem von le az ö èrdeméböl. Az ilyen vàllalathoz nem elèg egyember èlete.

Mindezeket tekintetbe véve èn a legnagyobb tisztelettel hajtom meg Zàszlómat Colombia e jó ès tu dós emberének emléke elött. Az ö èlete követendö pèldája, az ö müködèse tiszteletre méltó dicsösège nemesak Colombiànak, hanem az egész tudomànyos vilàgnak.

Körosi Albin—Budapest, 1912, május 22.

Puede decirse que este sabio vivió exclusivamente para su obra. Austero, bondadoso, consagraba el tiempo que le dejaban libre sus deberes al cumplimiento de sus prácticas religiosas. Su mano estuvo siempre dispuesta a remediar la miseria, como su corazón abierto a todos los nobles sentimientos. Murió en su retiro de París, con la serenidad dulce del

que siente haber cumplido con su deber, con los ojos y la esperanza puestos en el cielo, donde él veía al Supremo Juez de los mundos, donde habrá encontrado la recompensa de su vida. . . .

El Cojo ilustrado, número 494. Año XXI. Caracas.

Don Rufino, el casto don Rufino, que no tuvo más amor que el de las letras, en quienes adoraba como en dulces princesas, incapaces de toda alevosía, aguarda la pluma de un Saavedra Fajardo, de un Melo, o de un Fray Luis de León para que escriban su elogio en cristalina prosa castellana.

Atenas—Caracas, número 44, tomo II.

HOMENAJE

A la memoria del ilustre colombiano doctor Rufino José Cuervo.

(Recitado en la sesión solemne de la Sociedad tipográfica de Bogotá por el miembro honorario señor Julián Páez).

Pudiéramos los hombres decir al sol:—«¡Detente,
no mueras todavía, no acabes tu jornada!»
cual cuenta la leyenda del bíblico Josué,
¡A cuántos hombres-soles que llegan ya al poniente,
y aun brotan de su alma cenital llamarada,
hubiérales gritado la humanidad con fe:
—«¡No mueras todavía, no acabes tu jornada!»

Así gritado hubiera la amada patria mía
en los momentos últimos de Cuervo el inmortal:
—«¡Prosigue, oh sol, brillando, no mueras todavía;
tus glorias son mis glorias; de tu radiante día
alumbre mis tinieblas el rayo cenital!»

Filólogo profundo: incendiaron tu labio,
como el ascua al profeta, los secretos del Verbo;
a la Babel, contigo, tornó la humanidad;
en lengua multiforme le hablaste como sabio;
mostraste de la ciencia el colosal acervo;
alzaste un monumento a la santa verdad,
y allí inscribiste un nombre: Rufino José Cuervo.

Al lado de este nombre otro nombre inscribiste:
el mío, el de tu patria: gracias, hijo, te doy.
La nacional grandeza a perecer resiste,
que por los buenos hijos toda nación existe,
y por mis hijos buenos aun gloriosa soy.

Así la patria mía su dolorida nota
a la tumba hoy envía del sabio y del patriota:
París, la luminosa patria del pensamiento,
la hermosa, la valiente cuna de toda idea
que ennoblezca la raza, que dé fuerza y aliento

al corazón que siente, al cerebro que crea,
dinamo en donde encuentra el mundo su energía,
la libertad sus sueños, la ciencia eterno día,
fue el lugar escogido por el patriota y sabio
para cerrar sus ojos, enmudecer su labio.

Magnífico sepulcro para los hombres-astros,
la tumba sin tinieblas está en la ciudad luz;
el panteón recoge de esos hombres los rastros:
y evita que los cubra polvoriento capuz. . . .

Morir, y seguir siendo de los hombres ejemplo;
dejar la propia historia para la posteridad,
cual libro de enseñanza. . . .Esto es entrar al templo
augusto, noble, santo, de la inmortalidad.

Si el sol brillando sigue, si del cenit envía
su vivífico rayo, cual de inmenso fanal,
gritemos hoy en coro:—«¡No llores, patria mía,
que Cuervo aun no ha muerto; tu hijo es inmortal!»

El Artista, número 209. Bogotá, enero 5 de 1912.

Murió la gloria de Colombia ¡Se apagó un astro en el cielo de la raza latina! Voló a las alturas del seno de Dios el alma del sabio más virtuoso de América.

La fama esplendorosa de Rufino José Cuervo, que resuena hoy, asordadora, en el sentido clamor de las naciones y en las magníficas alabanzas de la prensa universal, no va a regocijar y enorgullecer, sino a henchir de sorpresa y confusión las mortales cenizas de aquel varón santo, de aquel corazón sencillo, a quien Francisco de Asís hubiera llamado el «hermano humildad».

Todos tributan encomios a la ciencia, a la laboriosidad, al talento y al patriotismo de quien fue como la más gigantesca, oculta y silenciosa encina de los Andes. Nosotros queremos decir sólo unas palabras sobre algo más provechoso para la enseñanza de la juventud latinoamericana: sobre los secretos orígenes de la excelsitud de Cuervo, secretos que eran causa de que en aquel hombre acaeciese lo contrario de lo que suele acontecer a todas las grandezas humanas que, vistas de cerca, se aplebeyan a los ojos de quien las contempla: Cuervo, como las azules montañas lejanas, a medida que uno se acercaba a él, crecía en estatura y solidez. . . . Privilegio de la virtud sencilla, de la ciencia que se desconoce a sí misma, como ignora el cristal su propia transparencia.

Dos eran los secretos de la grandeza, de la ciencia, que llegó a ser sabiduría y de la placidez y bondad infantil del gran colombiano: su castidad angélica y su caridad heroica, hijas ambas de su amor divino. Por más que Cuervo se ingeniase para velarlo, sábese que cotidiana y largamente encendía su alma en la sublime hoguera de la oración y de la contemplación cristiana; y que cada mañana su corazón se sustentaba con el blanco y purísimo pan de la Eucaristía. Pan que, asimilado por el hombre, hace de él un ser invencible

para cumplir la misión divina de sufrir, aprender y amar; y sábese también que en París, en ese emporio universal de la lujuria y el egoísmo, hubo días en que Rufino José Cuervo, al oír las voces suplicantes de mendigos hambrientos y desarrapados, entrase con ellos en un zaguán, cuya puerta entornaba en seguida, y saliese luego, con la solapa levantada para ocultar, más que el pecho desnudo, la generosidad silenciosa, que también le dejaba la bolsa vacía.

Cuervo fue condecorado por el Gobierno francés en los tiempos en que éste veía aún en el lábaro de la redención cristiana el ápice de la gloria, y cuando todavía no se jactaba de haber «apagado las luces del cielo», con la Cruz de la Legión de honor. . . . Quien hubiera sorprendido a Cuervo por la mañana o por la noche, allá en lo íntimo de su estancia, en vano hubiera buscado, con ojos llenos de curiosidad, los vivos colores de la suprema insignia francesa. . . . pero sí habría visto el pecho del sabio condecorado, a lo divino, con el bendito escapulario de la única Mujer y Reina que es a la par Virgen y Madre, que tiene a sus pies, como un lauro blanco, la luna, y que ciñe por corona una aureola de estrellas. . . . Permitidme pediros que retrocedáis un paso, para que os figuréis a Rufino José Cuervo, a ese hombre-angel, a ese anciano-niño,

más blanco de virtudes que de canas, a ese mago que se gloriaba de ser ignorante, cuando volvía presuroso a casa, la faz inquieta, medio desnudo de ropas interiores, con la solapa en alto, en toda la apariencia de un loco. . . . por la caridad; y decidme si en vista de tan humilde y tan conmovedora alteza, habrá quien no pague a la memoria de aquel corazón sabio, de aquella mente santa, el tributo, no de un mísero aplauso, no de una fútil alabanza, sino de una furtiva y ardiente lágrima. . . . Este es el único tributo que os recibirá aquel varón a quien toda grandeza humana le recordaba, cada día, estas palabras de la *Imitación de Cristo*, que son las más ciertas, las más profundas, las más sabias que jamás ha expresado lengua humana: «No eres mejor porque te alaben ni más vil porque te desprecien; lo que eres ante Dios, eso eres, y nada puede añadirte ni quitarte la boca de los hombres».

E. W. Fernández—El Derecho, Tunja, agosto 14 de 1911.

Mi inolvidable y bondadoso amigo Rufino José Cuervo es uno de los pocos hombres de gran talento a cuyo pedestal de gloria no se atreve la baba de los maldicientes envidiosos.

El laurel que lo corona no se marchitará mientras el habla castellana tenga cultivadores entusiastas y honrados.

Ricardo Palma—Lima, 6 de marzo de 1912.

Duerme su paz eterna el varón privilegiado, gloria de su siglo y orgullo de su raza; y que viva su nombre para siempre con el verbo de Castilla, que a manera de hilo de oro se desenvuelve por los siglos, desde las remotas crónicas y gestas, en los balbuceos de la lengua, pasando por Cervantes, Granada y Jovellanos, Unamuno, Martínez Ruiz y Ganivet, hasta que se rompa en boca del último superviviente de la raza o en la pluma vigilante de algún cronista futuro.

Manuel A. Bonilla—Bogotá. *El Nuevo Tiempo literario*, número 3,145.

La muerte del señor Cuervo deja un hondo vacío en las letras castellanas. Sus sesudos libros, que demuestran una contracción de todos momentos al único fin de depurar el idioma, dan igualmente el testimonio de su claro ingenio, sus vastos conocimientos y sus atinados juicios. Sólo concediendo todas esas dotes puede concebirse la producción de esa obra

colosal titulada *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana.*

Habiéndome interesado mucho este excelso colombiano al estudiar sus obras, tuve luego el agrado de saber por uno de sus íntimos amigos, que al igual fue también mío, toda la serenidad, nobleza y alta distinción de su carácter y trato. Refería enternecido nuestro malogrado Gutiérrez Coll todas las bondades que cabían en aquella inmensa alma; contábame con qué deferencia lo trataba él; y cómo descendía hasta acariciar y bendecir a sus hijos, que a su vez se unían a la cariñosa justicia del padre. Fortuna fue, pues, de él haberle precedido en la muerte, porque de otra manera hubiera pasado de seguro por un gran dolor.

Así, yo que principié por admirar al escritor, terminé por querer al noble caballero que abrigaba tantas prendas.

P. Arismendi Brito—Caracas, abril 12 de 1912.

Yo fui un gran admirador de don Rufino José Cuervo, quien por muchos años me honró con su amistad, y esto hizo mayor la pena mía al saber su desaparición.

Tengo para mí que al morir Cuervo las letras castellanas sufrieron una de las más grandes pérdidas que han podido tener en un gran

número de años. Celebro, pues, que tenga usted el propósito de honrar la memoria de Cuervo, que bien merece todo honor.

Joaquín D. Casasús—Méjico, agosto 6 de 1912.

RUFINO J. CUERVO.

Guardián del templo de la lengua, muro
De contención contra la escoria vana,
La dicción para él, fue soberana
Del pasado, el presente y el futuro.

Buscando al habla el eslabón más puro,
Cinceló, con paciencia sobrehumana,
A la par que la lengua castellana,
Su propia estatua, en su retrete oscuro.

Sabio sublime, pensador austero,
Su propio ser al de la lengua unía,
Y fue en el cielo de Colón, lucero.

Y en frase amarga de velado ultraje
Cuando ya inerme, entre laurel dormía,
Hasta la envidia le rindió homenaje.

Diego Uribe.

La Tribuna, Bogotá, septiembre 7 de 1912.

Rufino José Cuervo, como filólogo profundo, tiene un monumento elevado por su propio genio en esa obra de gran aliento que tituló *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana.*

Ha dado tanto lustre a Colombia, en el campo fecundo de las letras, que esa tierra privilegiada de héroes admirables y grandes literatos, debe elevar al culto de la gratitud nacional la memoria de tan ilustre ciudadano.

Camilo Destruge—Guayaquil, febrero 25 de 1912.

Nuestra pluma es demasiado débil para que se atreva a juzgar con verdadero acierto los relevantes méritos de nuestro querido compatriota, cuya sabiduría en lenguas antiguas y modernas ha sido maravillosa, y cuyos conocimientos de las literaturas del mundo son reconocidos en todos los países en donde se habla castellano; proclamado en ellas como miembro de las más sabias sociedades científicas, no solamente de España y América, sino también de Francia y Alemania.

Basta leer su testamento para comprender el cariño que tenía a su ciudad natal, a cuyos pobres dejó su fortuna y a la Biblioteca nacional los preciosos manuscritos que no había alcanzado a publicar, por falta de medios pecuniarios para hacerlo. No dudamos que el

Gobierno de Colombia comprenderá lo que valen esos manuscritos y tomará empeño en hacerlos publicar.

Pero si don Rufino José Cuervo era sabio, ante los ojos de Dios tenía los más altos méritos como perfecto cristiano. Lo poco que le sobraba de sus modestas rentas lo dedicaba íntegro a los pobres, a quienes visitaba en París personalmente; el tiempo que no gastaba en sus estudios, la caridad y sus ejercicios de piedad, lo empleaba en escribir a sus amigos, felicitándolos cuando eran felices, y cuando eran desgraciados, consolándolos con frases que tocaban el corazón.

En una de las últimas cartas que recibió de don Rufino José la que esto escribe, se leen estas líneas, que constituyen como una despedida del mundo: «. . . . De todo corazón ruego a Dios fortifique en usted la santa esperanza, que en el día de hoy se aviva con la dulce promesa de la resurrección. Corre el tiempo con tanta rapidez que la separación no es larga, y como Nuestro Señor nos otorgue imitar a los que nos han precedido, el gozo del encuentro compensará superabundantemente las lágrimas que hemos derramado. . . .»

Soledad Acosta de Samper—El Hogar católico. Bogotá, número 43.

Su nombre se pronuncia con respeto no sólo en toda la América sino en los países europeos, que han sabido apreciar los profundos conocimientos filológicos que lo colocaron en cima tan prominente.

I. E. Arciniegas—El Nuevo Tiempo, 18 de julio de 1911.

◆◆

I made the personal acquaintance of Mr. Cuervo in Paris, although we had before frequently corresponded by letter on literary matters. It is a pleasure for me to recollect that his vast knowledge was united with the refined accomplishments of a real gentleman.

Futurity will, no doubt, spread his fame, but I now wish to express my sincere feeling of esteem and admiration towards him.

W. Imadeth—London, 12 january 1912.

◆◆

Las letras castellanas están de luto. Cuervo, el ilustre filólogo, el más distinguido quizá de cuantos en el siglo XIX se consagraron al estudio de la lengua de Cervantes, ha desaparecido del mundo de los vivos.

Como es natural, todos quienes amamos el bellísimo idioma castellano hemos sentido necesariamente un dolor hondo y una pena inmensa; y, sin embargo, no puede decirse, no,

que Cuervo ha muerto; él vive y vivirá siempre en sus obras, y su nombre habrá de pasar a las generaciones venideras sin que jamás se extinga, sin que jamás se pierda.

Los hombres orgullosos de sus hechos, los conquistadores de pueblos, han procurado siempre que se erijan monumentos en honor suyo, que puedan servir como un recuerdo de su labor, como un pregón de su fama, y, sin embargo, el soplo de los años, rudo e inclemente, echa por tierra tales monumentos y los convierte en ruinas.

Otros hombres también han procurado formarse monumentos que en todos los tiempos perduren y en todas las edades, y han logrado que hoy, como entonces, se les admire hasta sentir sobrecogimiento al ver la grandeza de sus obras, que por sí mismas constituyen un monumento imperecedero.

Y para las conquistas realizadas por estos hombres no han sido necesarios grandes cortejos de guerreros; no han sido necesarios campos enormes para el ejercicio de sus facultades; su ingenio y su pluma han constituído sus ejércitos; a veces el obscuro calabozo de una cárcel ha sido suficiente para formar y levantar y pulir un pedestal de gloria que llegara hasta los cielos. Cervantes no hubo menester más para inmortalizar su nombre con el Quijote, ya que tampoco ha sido indispensa-

ble una serie numerosa de obras para que esos genios alcancen honor y fama. El nombre de Alighieri perdurará siempre unido a su *Divina Comedia*, el de Taso a su *Jerusalén libertada*, el de Shakespeare a su *Hamlet*, como el de Homero, aquel ilustre ciego de los tiempos heroicos, unificó su nombre con la *Ilíada*.

Cuervo fue uno de estos seres privilegiados; Cuervo, que teniendo a su alcance honores, títulos y riquezas, que pudieron permitirle vivir en la molicie, prefirió consagrar sus vigilias, consagrar sus esfuerzos de toda la vida al estudio de la lengua que hablaba, con el fin de purificarla de errores y de tornar la armonía a los sonidos de aquellas palabras cuya mala pronunciación las hacía defectuosas; y en esta obra paciente labró el monumento de su gloria.

Alberto María Carreño—Memorias y Revista de la Sociedad científica de Antonio Alzate. Diciembre de 1911. Méjico.

Rufino José Cuervo pasa a la posteridad sin una mácula. Su espíritu blanco pudo a la hora de la muerte bendecir a la patria, como un pontífice de manos espiritualizadas que no tenían ni sombra del cieno ni huella de sangre. Ningún colombiano de los nacidos en el siglo XIX ha llevado a los altares de la patria ofren-

da más alta y más pura que la que depositó en ellos el insigne filólogo. Su nombre, conocido de los sabios y de las Academias de Europa, prolongó la gloria de su país y la de la estirpe española.

Max Grillo—El Liberal, julio 19 de 1911.

Ante su tumba descubriéndome y rezando la oración de los difuntos, coloco mi corona de violetas inmarchitables, consagrándola al que fue tímido como ellas, y como ellas, sabio; a la tierra santa donde reposa para siempre la más pura gloria de la patria; al que habiendo sido tan parco en la alabanza y tan discreto en el decir, un día, como óleo aromático, derramó generosamente el elogio sobre mi pobre cabeza bastándole una palabra para endulzar una de tantas horas amargas.

Cornelio Hispano –El Nuevo Tiempo, 5 de junio de 1912.

El punto de vista desde el cual esta Revista, por su especialísimo carácter, quiere contemplar la vida del preclaro varón de quien venimos tratando es otro, es su alteza de miras como benefactor, como filántropo, acto póstumo que es el monumento que mejor hon-

ra su memoria, monumento que el tiempo destructor no quebrantará fácilmente, y que será rótulo grabado, no en deleznable mármol, sino en el corazón grato de cada favorecido, y en todo ánimo generoso, sensible por lo mismo a cada nuevo esfuerzo que apriete los lazos del humano linaje. El acto a que aludimos es la donación testamentaria que distribuye la cuantiosa fortuna del señor Cuervo en diversas porciones destinadas al alivio de infortunios en que por desgracia no paramos atención los más. Sabemos que una de ellas se encamina al servicio, tan deficiente en estos momentos, del Hospital de San Juan de Dios de esta capital; otra a mandas benéficas....

....Una tercera, y no citaremos más porque en ella culmina con todo esplendor la bien meditada determinación del donante, va no sólo a regocijar un hogar quizá, sino a promover en los obreros para quienes se destina, honorable estímulo en perfeccionar su arte, y a premiar su labor silenciosa pero fecunda, y no estimada en todo su valor por los mismos que de él derivan provecho pecuniario, o nombradía, o satisfacción de llevar a otras inteligencias sus ideas, a otros corazones sus sentimientos. Esto, en que muestra la experiencia que nadie se detiene a pensar, debió de impresionar la sensible naturaleza del señor Cuervo; a él, que no desaprovechaba ocasión de

ejercitar la beneficencia, debió de inclinarlo a un acto saludable al olvidado tipógrafo, al discípulo de Gutenberg, al auxiliar del pensador que encomienda al impreso la idea, esa idea, ese *quid divinum* del universo, que aplicado será hecho y origen de nuevas ideas progresivas, fuerza esencial y única de la especie humana.

J. Olaya Laverde—Revista médica de Bogotá.

La vida de don Rufino José Cuervo fue toda ella un verdadero monumento de apoteosis a la virtud, al bien, al trabajo. Infatigable laborador, todos los momentos de sus largos años aparecen consagrados a obras de bondad y de sabiduría. Espíritu privilegiado y mentalidad excepcional, fueron los del señor Cuervo. Conocedor como el más de la íntima estructura del idioma castellano, a su estudio y desarrollo dedicóse apasionada, febrilmente en la última mitad de su existencia, y la filología tuvo en el distinguido autor de las *Apuntaciones críticas* un fervoroso sacerdote. . . .

Con la muerte del señor Cuervo han hecho pérdida irreparable Colombia, Sudamérica, y no sólo ellas, todos los países donde fuerte y vigoroso vive el idioma de Cervantes, y a cuyo engrandecimiento y desarrollo dedicó el

extinto lo mejor de sus preciosas facultades, con la religiosidad de un culto.

Para la tumba del eximio patriota van las más preciadas flores de nuestro recuerdo y el más sincero homenaje de admiración y respeto.

Gaceta republicana—Bogotá, 18 de julio de 1911.

Los admirables trabajos del americano Cuervo son quizá la más valiosa contribución de los americanos a nuestro idioma.

Antonio Balbín de Unquera—Andrés Bello. Su época y sus obras. Madrid. Cap. XII.

Cuervo, de estilo clásico y sencillo, erudición y saber extraordinarios, lógica concluyente, penetración atinada, lleva la convicción al entendimiento, destruye los argumentos del enemigo y afianza la verdad. Es el apreciable río de limpias aguas que fertiliza sus riberas, tiñe de cambiantes los cuarzos y las guijas que le forman lecho, y va dejando olvidadas en los recodos las hojas y las ramas secas desprendidas del árbol de la verdad, el deber y la justicia.

P. Sarmiento, S. J.—La Familia cristiana. Medellín, julio de 1911.

Es católico de profundas convicciones y fe viva, y caballero de costumbres severísimas (cosa que sorprende tanto más, que se trata de quien ha permanecido célibe); adórnale notable modestia, signo característico del verdadero mérito; no le punza el ajeno bien; hállase presto a dispensar sinceros elogios dondequiera que los cree merecidos, y su pluma y su labio jamás ocasionaron detrimento. En suma, don Rufino José Cuervo, prez de Colombia, es un modelo dignísimo de imitación.

Alfonso Delgado—La Miscelánea, de Nueva York. Abril, 1908.

Unas pocas veces con razón, y muchísimas sin ella, nos han ofrecido las Leyes, los periódicos y los discursos, como dechados dignos de imitación, las vidas de ciertos hombres, especialmente en la América española. Ahora sí que puede decírsele a la juventud, sin reato de conciencia y a boca llena, mostrándole la vida del gran colombiano: imitadla, si queréis ser buenos, y seguidla, si queréis ser sabios.

Tomando por derrotero a Cervantes, podríamos decir de Cuervo, que fue máximo en el ingenio, solo en la caballerosidad, extremo en la hermosura de su raro talento y de sus peregrinas virtudes, fénix por el numen revelado

en sus atrevidos vuelos intelectuales, perfecto cristiano en el amor al prójimo, erudito sin tasa, sabio sin presunción, piadoso sin asomo de altanería, y, finalmente, de lo más eximio en lo que fue honrar a su patria y a la especie humana, y con muy pocos parecidos en lo que fue servirlas abnegada y gloriosamente a ambas.

¡Goce de Dios este excepcional colombiano!

Luis Eduardo Villegas—Anuario, tomo II.

◆◆

No puede usted imaginarse con cuanto pesar deploro no haber tenido un momento de concentración y reposo, para escribir algo, que fuese lo más digno que yo supiera hacer, en honor de aquel hombre insigne, honra de la intelectualidad de raza española, que se llamó Rufino José Cuervo. Fue el único filólogo prócer que en nuestros días alcanzó en Europa un nombre y un prestigio, que en otro orden de conocimientos, aunque en campo más extenso, sólo pudo alcanzar el gran Menéndez Pelayo. Cuervo y el autor de las *Ideas estéticas* hé aquí los únicos escritores en lengua castellana, universalmente conocidos en Europa y en América. Los dos fueron también glorias católicas, y Cuervo además pasó incontaminado por este mundo. Maestro austero del

recto pensar y del recto vivir. Como mi maestro Milá y Fontanáls, fue una cumbre de la inteligencia, que como las alturas de la tierra se arropan sólo con el blanco ropaje de la pureza.

A. Rubió y Lluch—Barcelona, agosto de 1912.

Indice

Págs.

Anteportada. 5
Portada. 7
Estatua a Cuervo—Cuartillas del *Diccionario*. Cuándo y cómo escribió el *Diccionario*. Cerveza y lexicografía—¿Por qué no acabó de publicarlo?—Se publicará. *Muestra de un Diccionario*—El Diccionario de la Real Academia y el de Cuervo—Magisterio de Cuervo—Diferencias entre la *Gramática* y el *Diccionario*—Por qué se llama de construcción y régimen—No es diccionario general—Aspecto semasiológico—La etimología—Fuentes del *Diccionario*—Monografías de *adentro* y *bogar*—Otra vez el neologismo—Correcciones e incorrecciones—Publíquese el Diccionario—Sol. 9

VII

Págs.

Calculistas y literatos—Cuervo, literato y crítico—*Nueva traducción de Virgilio* por Caro—Otra vez Cuervo y Caro—Méritos de la crítica de Cuervo—Vindica Cuervo a Virgilio—Dificultad de traducir en verso—Literatura e historia—Cuervo, historiador—*Vida de don Rufino Cuervo*—Veracidad y utilidad de esta obra. Prólogo biográfico a un libro de Angel Cuervo—La Academia nacional de Historia. 95

VIII

Biografía de Cuervo—Rasgos generales—Nacimiento—Ascendientes distinguidos—Su padre—Los primeros años de Rufino José—Sus hermanos—Cuervo, en la intimidad—Sus virtudes—Cuervo, patriota. Argumentos de su patriotismo—Su catolicidad—Títulos honoríficos—Su testamento—Ultima enfermedad y su muerte. 137

IX

Elogios a Cuervo. 187

Fin del tomo II

Cuervo, Rufino José 310117

Author Fabo, Pedro

Title Rufino José Cuervo y la lengua castellana. Vol.2.

LS
C9655
.Yf

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

BINDING LIST BEFORE